

Lidia Seifúlina

Virineya

Nacer aldeana y morir bolchevique



**ediciones
mnemosyne**

LIDIA SEIFÚLINA

VIRINEYA

NACER ALDEANA Y MORIR BOLCHEVIQUE



1ª Edición, febrero de 2023

Imagen de la cubierta:

Mujeres campesinas durante la cosecha (1910-1916)

Traducción:

Editorial Progreso



De la cubierta, las notas y la edición, Ediciones Mnemosyne.
Nuestro trabajo puede ser reproducido, compartido y difundido libremente mientras se den los créditos apropiados y sin fines comerciales.

Ediciones Mnemosyne

www.ediciones-mnemosyne.es

info@ediciones-mnemosyne.es



Lidia Seifulina

NOTA EDITORIAL

Lidia Nikoláyevna Seifúlina no es una autora muy conocida para el público castellanoparlante del siglo XXI. No obstante, durante el primer tercio del siglo XX varias de sus obras fueron traducidas y editadas en nuestro idioma, en un contexto de efervescente interés por la literatura de la joven Rusia soviética. Es, entre otros, el caso de VIRINEYA, quizá la obra más icónica de nuestra autora.

Hija de un sacerdote ortodoxo, Seifúlina es también un producto del campo ruso. Nacida en Varlamovo, una pequeña aldea no lejos de la actual Kazajistán, tuvo desde temprano diversas inquietudes culturales. Maestra, actriz y bibliotecaria, se unió brevemente a los socialistas-revolucionarios al final de la Gran Guerra, aunque ya en 1919 se pasó a los bolcheviques.

A partir de 1920 comienza, también, su actividad literaria, reflejando en ella su conocimiento de la psicología del mujik y los efectos que produjeron en el campo los acontecimientos revolucionarios, cuyo epicentro eran los lejanos centros urbanos. Además, en VIRINEYA refleja Seifúlina, sin atisbo de estilo panfletario, la transformación que sufren las mujeres campesinas con el advenimiento de la guerra y la Revolución.

De nuestra autora se ha dicho que no tiene el típico nervio marxista, quizá algo tosco, de los primeros literatos bolcheviques; esto, que sin negarlo dejamos al criterio del lector, puede ser interpretado de otra manera: Seifúlina logra desprenderse de esa misma tosquedad, de ese maniqueísmo, y retratar realísticamente la vida y la mentalidad de una sencilla aldeana que muere convertida en bolchevique, sin aspavientos panfletarios ni grandes disertaciones doctrinarias. ¿Acaso no es su historia un retrato verosímil de la confusión revolucionaria que debió reinar en tantas aldeas rusas? ¿No es incluso el ritmo de la novela, que parece acelerarse al final, fiel reflejo de la ruptura del letargo campesino que debió implicar la buena nueva revolucionaria?

* * *

Nuestra edición de VIRINEYA se publica de acuerdo a la versión publicada por la soviética Editorial Progreso en 1976, cuya traducción corre a cargo de L. Abollado y A. Azzati. Los pocos cambios que hemos incorporado son meramente de estilo, modernizando algunas expresiones hoy en desuso. Hemos tenido en cuenta, también, la primera edición castellana, a cargo de Antonio de Guzmán y publicada por la Editorial Jassón –sin año–seguramente a finales de la década de los 20 del siglo pasado. De esta misma edición tomamos las traducciones de los dos cuentos que completan este volumen, LA VIEJA y el breve INFANCIA DORADA.

VIRINEYA

I

En el cuadragésimo noveno año de vida, Saveli Magara fue llamado por Dios. Lo notó de improviso por un zarpazo en el corazón.

La mujer de Saveli se despertó en la impresionante hora de la medianoche, miró alrededor y exclamó sobrecogida:

—¿Qué te ocurre, Saveli? ¿Se te han removido los adentros o qué? Tienes la cara talmente denegrada. Misma yo me he despertado como si me hubieran dado un codazo. Abro los ojos, veo luz a estas horas en la isba y que no estás en la cama. ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? Junto al icono tienes agua bendita...

Saveli la miró con severidad por debajo de las cejas fruncidas; sus ojos grises parecían más oscuros. Sacudió su ancha barba rojiza y emitió tal suspiro que sus grandes y fuertes hombros se agitaron. La interrumpió con voz sorda:

—¡No me molestes! He visto una aparición. Se me ha presentado un santo, sólo que no sé cómo se llama ni qué es ante Dios, si mártir o reverendo... Estaba aquí, junto a la mesa, y me llamaba enfadado: «¡Saveli Astáfiev Magara!»». Era canijo y retaco, de trazas corrientes, pero había que oírle la voz. Parecida a la del *zemski*.¹ Al principio, medio adormilado, no eché de ver que venía en nombre de Dios. Se habrá presentado por algún asunto de los nuestros, pensé. Y renegaba para mis barbas: así te quedas baldado, ¿qué tendrá que hacer aquí el *zemski*? Pero algo me decía desde dentro que no era él. Noté que se me helaban las tripas, sentí un gran frío dentro de mí y se me puso la carne de gallina.

No tanto las palabras como su abundancia dejaron atónita a la vieja. De ordinario, Magara hablaba poco, tenía pesada la lengua. Y, de sopetón, aquella locuacidad.

¹ Jefe del *zemstvo*, asamblea local en la Rusia zarista.

—¡Ay, madre mía! ¡Santo, santo Dios! ¡Señor de los Cielos, Dios bendito...! Pero, oye, ¿y si en vez de ser un santo ha sido una tentación de Strepeshija-mordovka?² Tú no tienes méritos ante el Señor, siempre has rezado poco. ¿Por qué tenía que molestarse un santo en venir a verte? Más vale que reces una buena oración. Anda, repite: «Que resucite el Señor y se dispersen...».

Saveli la hizo callar irritado:

—¡No muevas tu puerca lengua! Calla, que vas a despertar al joven matrimonio con tus voces y esto ha de quedar en secreto. Si te lo he dicho es porque todos mis pecados son tuyos también. El santo me ha hablado en nombre de Dios y me ha ordenado rezar con fervor y celo. El dedo del Señor me ha señalado. Por eso sentí ese frío. La visión se me ha aparecido tres veces.

Gimió la vieja, se echó sobre los hombros la blusita y se cubrió la cabeza con un pañolón mientras se persignaba con gesto atemorizado:

—Madre de Dios... Padre nuestro, santo, santo...

—Quita, no me molestes. No te entrometas con tu carne de mujer, no corrompas mis oraciones. Quiero rezar solo.

Se puso en pie, inclinó su pesado cuerpo, cayó de rodillas y hasta el alba se le vio golpear el suelo con la frente.

Desde aquella noche sintió alterado el corazón. Ya antes lo notaba como un gran peso. Raramente tenía la mirada alegre y no sabía lo que era reír. En los breves momentos de alborozo emitía un «ihuum!» sordo. Tres veces al año se convertía en un tonel de vino y entonces la violencia se adueñaba de él: rompía, pulverizaba cualquier cosa que se le pusiera a mano, golpeaba a la mujer y a los hijos sin misericordia. A la hija mayor le había reventado de un trompazo el tímpano de un oído, y así quedó sorda y asustada para siempre. A veces parecía bobalicona. Pasada la racha, Magara volvía a vivir con decoro y sobriedad. Era estimado como propietario serio e industrial. Mas desde aquella noche cambió en redondo. Confió la hacienda al marido de la hija menor: el joven matrimonio vivía en la casa de los suegros. Mirando a otra parte, le dijo al yerno en tono autoritario y severo:

² Personaje de la mitología del pueblo mordvino.

—Desde ahora no me molestes con los asuntos de la casa. Haz lo que te dé la gana. Si quieres tener más, allá tú, trabaja y ahorra; y si no quieres o te faltan redaños, lo puedes malbaratar todo. Yo tengo ahora otro mandato que cumplir. Debo rezar y ayunar. No me empujes al pecado con tus preguntas.

Las hijas que vivían en otras aldeas fueron avisadas y se presentaron apresuradamente con los maridos. Se llenó la isba de mujeres, tantas que no se podía respirar. Discutían, lloraban, clamaban. Saveli dio una patada en el suelo, gritó enfurecido y se fue de la isba. Se construyó una choza fuera de la aldea. En invierno rezaba allí; en verano, sobre una roca al pie del monte. Como tenía ordenado, alguien de la familia le llevaba una frugal comida.

La gente de Baja Akgyrovka se asombró en un primer momento, pero luego comenzó a venerar a Magara. Quedaba bien ante Dios —Saveli rezaba por sus paisanos— y sentíase halagada ante los demás. Era el primer santo aparecido en la población mordvino-rusa de la Baja Akgyrovka. En la comarca ya había habido otros hombres movidos por Dios. Mas eran en su mayor parte adeptos de la vieja fe, terribles en sus creencias. Vivían estas gentes en aquella misma Akgyrovka, pero en la montaña. La Baja Akgyrovka cumplía, como está mandado, los ritos de bautizos, nupcias y funerales, practicaba también la confesión, pero con tibieza. Sin celo. Pertenece a la parroquia de Kuráguino, y la iglesia estaba a quince verstas, separada por un río sin puente. No había construido la Baja Akgyrovka iglesia propia, y aquella otra de la montaña, la de los viejos creyentes, era poco menos que inaccesible. Unas veces el río cerraba el paso, otras eran las faenas del campo que no daban respiro. Y así, pasaba el tiempo sin que la gente acudiera a la iglesia. El pope de Kuráguino, desde el ambón, había avergonzado con severas palabras de prédica a las mujeres de Akgyrovka ante todos los feligreses: dijo que iban a la iglesia para la plegaria de purificación no a los cuarenta días después del parto, como estaba dispuesto, sino en vísperas de otro parto.

En resumidas cuentas: la Baja Akgyrovka estaba en falta tocante a religión. Y, de golpe y porrazo, se veía con su propio beato. La fama del devoto llegaba ya a las comarcas vecinas.

Magara era cada año más versado en la plegaria. Al tercer año, cuando hasta en la roca aparecieron huellas de las rodillas de Saveli, Dios volvió a presentársele en visiones de todo género. Magara comenzó a profetizar. Un día de fiesta llegó a la aldea y declaró a los viejos, en la calle:

—¡Tiembra el cielo! Vosotros no lo veis, pero me ha sido revelado a mí. Hay demasiada gente en la tierra: respiran y hacen temblar el cielo. He tenido una visión: era un gentío, unos iban en carros no se sabe hacia dónde; otros, a pie, en procesión, con las mujeres, los niños, los enseres. Y el zar blanco, ruso, nuestro zar, sentado en el trono, amenazaba dando patadas en el suelo. Yo os digo que habrá guerra para que el pueblo merme.

Pasaron dos veranos; al tercero, los de Akgyrovka recordaron la profecía de Magara.

El sol se puso entre rojas llamaradas anunciando viento para el día siguiente. Pero la oscuridad de la noche descendió apacible sobre la tierra. Del río subía un frescor que llevaba a la aldea el humo de las hogueras encendidas por los vecinos de las orillas y que preparaban al aire libre su cena de verano. En los corrales olía a leche recién ordeñada, a heno fresco y a brea de las ruedas. La gente se preparaba con calma para el reposo nocturno. En los corrales y las isbas se extinguían, en transiciones graduales, los ruidos del agitado día que, por último, se perdían en la serenidad de la noche. De improviso, alzando el pesado polvo crepuscular de la calle y provocando el furioso ladrar de los perros, llegó al galope un mujik de largas piernas que cabalgaba un pequeño caballo espumeante. Agitaba un palo con un jirón de tela roja. Desde el corral lo vio la mujer del *stárosta*³, que entró en la isba gritando al marido:

—¡Corre! Ha llegado un correo del distrito a caballo, con un trapo rojo en la mano. Vendrá por los reclutas, de seguro. Dios mío, así, de pronto...

Toda la noche rebulló la gente en el llano y en la montaña, donde vivían los viejos creyentes. Llevaron faroles a la isba del *stárosta*, en Baja Akgyrovka. Era desvalido e inquieto el oscilar de las débiles luces en la densa oscuridad de la noche de julio.

³ Representante electo de la comunidad rural en la Rusia zarista.

Parpadeaban en las ventanas las lámparas y los candeleros, inusitados en las noches estivales; en las isbas, antes de lo habitual, temblaron las llamas de los hornos encendidos por las mujeres. La aldea restalló con múltiples clamores. Los gritos agudos de las mujeres, el áspero plañido de las viejas, el llanto encanado de los niños asustados por la confusión, de las exclamaciones sordas de los viejos y las enérgicas maldiciones de los jóvenes.

Los habitantes de la montaña acudieron a la oficina del ingeniero del ferrocarril en construcción. Este conversó con alguien por un alambre y a través de un tubo fijado a la pared. Les explicó:

—Alemania las pagará todas juntas. ¡Y muy pronto!

En el llano, la gente no tenía a quién preguntar. La escuela estaba cerrada, con las contraventanas claveteadas; el maestro se había ido para todo el verano.

El *stárosta* removía el baúl, sazonando con crudos reniegos la desgana y lenta búsqueda de su medalla de servicio.

Con voz aguda y quejumbrosa, entrecortada por sollozos, la mujer del *stárosta* preguntaba al estrábico correo:

—Pero, ¿con quién es la guerra? ¿Mandarán lejos a los reclutas?

El bizco contestaba de modo ambiguo, rascándose la sudada espalda:

—Con la Germania, me parece, pero no lo he entendido bien. No estaba el horno para bollos. El cabo me ha empujado por la escalera para que saliese sin más. Ya ves lo que pasa: mañana deben presentarse nuestros reclutas en la ciudad antes del mediodía y desde aquí hay doscientas verstas hasta la ciudad. Ni antes de la noche llegarán, conque eso del mediodía... Aunque ordenaran llevarlos en la diligencia. ¡Y con nuestros carros! Y en la temporada de trabajo van repletos.

—No llegarán, no. Mañana al mediodía pueden estar, todo lo más, en el distrito.

—Bueno, quedemos en eso. Pero sin falta, ¿eh?

—¿Cuándo se ha visto que llamen a los soldados al servicio del zar sin dar tiempo para despedirlos?

Comenzó a recitar con voz dolida:

—¡Hijo mío, Míténka! Parido y cuidado por mí. ¿A dónde te llevan en el negror de la noche? ¿A quién pedirás que cuide de tu joven mujer y de tu hijo, inocente criatura, de las hermanas y los hermanos, del padre y de mí, tu madre dolorosa...?

Un breve y apasionado sollozo interrumpió el largo y ritual plañido de la vieja. Nastasia golpeaba con la cabeza el pecho de Mitri al tiempo que le clavaba los dedos en los abatidos hombros. El marido movía cómicamente la cabeza, como si le molestara el cuello de la camisa. Trataba de liberarse del abrazo de la mujer y la reprendía con voz deliberadamente severa:

—¡Déjame! ¡Qué griterío! Ya me estáis cantando el responso. Pon la mesa, anda. ¿No ves que se apaga el horno? Venga, preparad lo que hace al caso.

El *stárostá*, inclinado sobre el baúl, se enderezó, fijó en su hijo una mirada angustiada y masculló:

—¡Basta, mujeres! ¡Ea, sacad el vodka! Teníamos en casa. Se despide con cantos y fiestas al que va a servir al zar, y aquí todo son ayes...

Mas en esta ocasión no hubo ni canciones ni francachelas. Los hombres se iban sin bravatas, sin la exaltante embriaguez del vodka. En la aldea no había tasca oficial, y las reservas de las taberneras donde se expedía ilegalmente no bastaron para todos, no infundieron a los hombres ánimos guerreros. Tampoco salieron bien las empanadas dulces: los hornos fueron encendidos tarde; las mujeres, entre amargos lloros, se descuidaron.

Con el despuntar del sol salieron los carruajes de los cortiles. La gente se echó a la calle. Apareció en la aldea Magara. Vestía una larga camisa de lino y unos viejos y sucios pantalones. Mientras acompañaba a los carros sacudía con aire de enfado su rojiza pelambreira enturbiada por las canas. Por el camino, largamente, se extendía el llanto espasmódico de las mujeres. El viejo Fedot caminaba al lado de Magara apoyándose en el garrote y decía a los que iban en los carros próximos:

—¡La guerra no durará, ya veréis! No hemos oído decir nada. De las viejas guerras se hablaba siempre mucho antes. No se llamaba a los soldados con tantas prisas. Será para meter a la gente en cintura y que obedezca al zar. No lloréis, mujeres, que a la vuelta de nada tendréis aquí a vuestros hombres.

Magara, por el contrario, anunciaba con voz sonora, que se oía remotamente en la columna de carros:

—¡La guerra será larga! Es demasiado numeroso el pueblo cristiano en los dominios rusos y no hay tierra para todos. La guerra no terminará hasta que el zar acabe con los que sobran.

II

La profecía de Magara fue cierta también esta vez. Llegó la segunda labranza y los hombres sanos siguieron penando por el zar. En los campos trabajaban sólo mujeres y ancianos; si había algún joven era por malformación corporal o bien algún jornalero llegado de no se sabe dónde. Tal o cual rico trataba de eximirse del servicio, pero también acababan por llevárselo. No sería para mandarlo al frente, pero de todos modos quedaba separado de casa.

Las mujeres de Akgyrovka miraban con envidia a la partera Mokeija. En primavera había vuelto a casa su hijo. De estatura media, mejillas hondas, estrecho de hombros, tosía a menudo hasta el ahogo. Aun así, era un hombre que se preocupaba de la casa. Con los brazos y las piernas enteras. Escuchimizo, pero sin lesiones visibles. La pequeña y gordezuela Fiokla, vecina de Mokeija, se pasaba la mano por los gruesos y húmedos labios, y con voz meliflua le decía a la partera, apoyándose en el seto:

—Mil años que vivas, mil años que debes dar gracias a Dios, vecina. Tu hijo ha venido sano y, por lo que se ve, no lo reclamarán. Y eso que se han llevado a todos. No quedan más que los vejestorios. Tu hijo aún está para bregar. ¡Y vaya moza que se ha traído sin pasar por la iglesia! Se nota que aún le quedan arres-tos. ¡Ay, aquí no se ve a ningún joven: o son viejos o rapazuélos! Para ver a un joven hay que esperar a que pasen esos sementales, los ingenieros del ferrocarril, o prisioneros, los austríacos, unos enclenques. No ha quedado ni uno de nuestros mocetones. ¡Ni uno! En otras aldeas tienen, al menos, algún herido, que nosotros ni eso. ¿Es verdad que Vasili se ha puesto a trabajar en la vía? ¿O sólo ha ido para hoy?

Mokeija respondía con desgana recogiendo del seto unos viejos pantalones tendidos:

—Sólo para hoy. Ha ido a llevar un papel al despacho.

Se apresuraba a entrar en la isba. Sabía que la vecina acabaría por hablar de Virka, su nuera, y lo temía. No le gustaba escuchar los juicios de los demás.

El agua corría torrencialmente por los barrancos de la estepa. No se podía ir a caballo por los caminos. Pero había senderos, aunque inseguros, por las colinas. Sedujo a Vasili una buena recompensa. El ingeniero de la construcción le había enviado con una carta al jefe del sector, a ocho verstas de allí. Le prometió diez rublos. En el bolsillo de los señores el dinero rebulle, pugna por escapar. No es el dinero premioso de los mujiks. Sería fácil que, a los diez rublos, aún añadiese algo el ingeniero. Desde que comenzó la construcción de la vía, toda la comarca sacaba provecho. Pero Vasili tardaba ya mucho. Y el ingeniero debía tener prisa. Venía ya en persona a la casa. Mokeija lo vio desde la ventana y salió de la isba a su encuentro. Le saludó con una inclinación profunda y le preguntó con voz afectada:

—¿Se toma usted esa molestia por mi hijo? ¡Santísimo Dios! Ya se ve que tiene prisa. Si no, por estos barrizales de las calles ni la gente del pueblo tiene ganas de ir. Pues mire, lo peor es que no ha vuelto todavía. ¡No lo tome a mal!

El ingeniero emitió un «ihuum!» de sorpresa y ladeó, fastidiado, la gorra de uniforme.

La vieja trató de calmarlo endulzando aún más la voz:

—Volverá pronto, de un momento a otro. Es vivaracho, no le gusta remolonear. Y tiene buenas piernas. No tardará en estar aquí, verá.

El ingeniero se mordía el negro bigote.

—No diría yo que tenga buenas piernas —dijo, tras una pausa, enfadado—. Habrá dormido hasta la mañana, porque si hubiera salido al amanecer, como me prometió, estaría ya de vuelta.

—Nada de eso, señor. No ha salido tarde. Palabra. Se ha levantado antes de que cantara el gallo. No se iba a quedar en la cama después de comprometerse con un hombre de bien.

Y con voz más sincera y más seca, ruda, añadió:

—Por sí mismo tendrá prisa en volver: estará muerto de frío y hambre.

Además de la respuesta del jefe del sector, Vasili también debía traer tabaco. El ingeniero sentía gran deseo de fumar y no tenía ni cigarrillos ni tabaco de pipa. En aquel agujero de aldea no se podía comprar nada. Por eso interrumpió a la vieja con más brusquedad de lo que hubiera querido:

—En cuanto llegue que venga a verme.

Se detuvo. Había entrado en el corral una mujer. Degeneraba el pueblo. La belleza femenina se trocaba en menuda y engañosa. Todo dependía del vestido, del cuidado que en sí ponía la mujer. Pero ésta aparecía con aire de dignidad, pese a las prendas que llevaba, descoloridas y estrechas, al uso de la ciudad.

Los miró a él y a la vieja con indiferencia. La mirada de aquellos ojos grandes, pero no redondos, con cálidas y doradas pupilas, hizo palpar extrañamente el corazón del ingeniero. Como si, desde hiciera mucho, sus ojos tuvieran la nostalgia de encontrar una mirada semejante. De golpe lo impresionaron y quedaron largamente en su memoria, junto a una asombrosa y oprimente alegría, aquel cutis ligeramente bronceado, el leve arrebol de las mejillas, los labios también de apagado color, como si nunca hubieran sido besados, el diseño austero y preciso de las cejas y los cabellos lisos de un tinte castaño con reflejos de llama sofocada.

Al ingeniero no le obedecían las piernas. Estaba confuso. Dijo indeciso, casi tímidamente:

—Preferiría esperarlo aquí, la verdad. Probablemente no tardará en llegar.

La vieja contestó más bien disgustada:

—Pues como quiera. Pronto anochecerá, así es que no puede tardar.

Volvió a salir de la isba aquella mujer. Llevaba un cubo lleno de basuras. Al pasar dijo con tono hostil:

—Apártese, señor, se me puede caer.

La vieja propuso:

—Bueno, entre usted en la isba. No es mucho lo que puedo ofrecerle, pero más vale que estar aquí de pie. Pase, pase usted.

Él comprendía que hubiera sido mejor marcharse, pero siguió a la vieja, como desprovisto de voluntad. Preguntó bajando la voz, inseguro:

—Es su hija, ¿no?

La vieja plegó los labios. Contestó secamente:

—La mujer de mi hijo.

Y, no pudiendo contener ya la amargura maligna, añadió:

—No se han casado por la iglesia. La tenemos así. De Antip, el viejo creyente, ya habrá oído hablar. Es sobrina suya. De una casa como aquélla y puso los ojos en nuestra pobreza. Se fugó con Vasili. Tres años han vivido así, contra la ley, en la ciudad. Hace sólo un par de semanas que volvieron. Han traído su vergüenza a la casa de la madre. Puede ser que ahora cumplan la ley; mas, ahora, la gente nos mira mal. Nunca había habido en nuestra casa esa vergüenza. ¡De ella, de Virka, se dicen tantas cosas en el pueblo! Ya habrá oído usted algo. La buena fama se recata; la mala se desata.

Se detuvo:

—Bueno, entre, entre. Siéntese ahí.

Sacudió con el delantal un taburete ante la mesa, en el lugar de honor. Pasó la mano rugosa por la limpia mesa de madera. Recorrió con triste mirada toda la angosta y baja isba. Limpia, sí, pero inadecuada para un señor, pese a todo. Se apartó a un rincón, suspirando. El ingeniero se sentó. Hubiera querido seguir preguntando, pero no se atrevía. Musitó manidas frases sobre la primavera, se informó de las faenas del campo usando términos impropios e incomprensibles.

Le estaba molestando a la vista una cama de madera cubierta con una manta hecha de retales no muy limpia. ¿Es posible que duerma en ella la de las cejas severas? Y no sola. Volvió a sentir inquietud cuando ella entró en la isba. Creyó necesario explicar:

—Quisiera esperar aquí la contestación. ¿No les molesto?

Ella puso una sonrisa torcida, desabrida:

—No desgastará el taburete. ¿Y qué molestia puede ser para nosotras?

Cogió de la repisa una burda media de lana, se sentó con calma junto a la ventana y se puso a hacer calceta. La vieja no se decidía a trabajar delante de aquella visita inusitada. Siguió sentada, con las manos cohibidas por la inactividad y cruzadas sobre las rodillas.

El ingeniero tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Aquel silencio era terriblemente molesto y coercitivo. Carraspeó y preguntó a la joven con voz insegura.

—Es usted forastera, ¿verdad? No sé cómo se llama usted.

Ella lo miró de soslayo y se rio. Iluminado por el brillo de los blancos dientes, por la claridad de su sonrisa, su rostro apareció más joven y sencillo. Por el del ingeniero pasó como un reflejo de admiración entre abobada y gozosa.

—Me llamo Virineya, un nombre que se usa entre los creyentes de la vieja fe. Nosotros tenemos nuestros santos. El señor se interesa demasiado por mí. Hable con la madre. Ella ha vivido más que yo y tiene más conversación. Y mejor sería que se fuera a su casa, a su limpio aposento, en vez de respirar en este chamizo nuestro olor de gente baja. Ya le llevaremos lo que traiga Vasili.

Y con una nueva sonrisa, levemente maliciosa, añadió:

—Se lo llevaré yo.

—Sí, sí, por favor. Retribuiré la molestia. Está visto que tendría que esperar mucho y vivo lejos, en el monte. Pero si usted puede... Su marido, seguramente, volverá cansado, así que usted o alguien que pueda venir a traerme la respuesta...

Procuraba hablar con dignidad y calma, pero sus ojos delataban, a la vez, agitación y agravio. Tuvo que esforzarse al pronunciar la palabra «marido». Virineya lo percibió. Miró de reojo a la vieja y dijo al ingeniero:

—Se la llevará quien sea. Sabemos que no será en balde, que pagará... ¡Ah, espere!

Había visto por la ventana a Vasili.

—¡Ahí está! Viene arrastrando las piernas. Le daremos ahora lo que traiga.

Fue hacia la puerta. Al pasar junto a él lo miró y dijo secamente:

—Por una caminata como ésta tendrá que aumentar algo, aunque Vasili no traiga nada. Otro no hubiera ido ni por veinticinco rublos. Ha tenido que ir por la orilla escurridiza y por el agua helada...

El ingeniero se apresuró a sacar la cartera, pero como Virka salía ya de la isba puso en manos de la vieja quince rublos. Mo-

keija se echó para atrás, casi asustada. Balbuceó con voz halagadora:

—Estaremos siempre a lo que mande, lo sabremos merecer... Muchas gracias, señor. Si hace falta llámenos.

Continuaba haciendo reverencias, mientras el corazón la empujaba hacia el hijo. ¿Por qué no se iría el ingeniero ya?

Entró el hijo con la cara azulada, transido de frío. Se dejó caer en el poyo del horno. Tuvo un largo acceso de tos convulsa.

—Estoy helado. Virka, dale al señor ese paquete —decía entre toses—. Y ese otro... Están un poco mojados, he resbalado y me he metido en el agua.

Se retorció en un nuevo acceso de tos. Expectoró con esfuerzo echándose el escupitajo en la mano. El ingeniero evitaba mirarlo. Sólo al verle entrar había observado, con inconsciente sensación de tranquilidad, la delgadez y la insignificancia de Vasili. Cuando le había hecho el encargo, no había reparado en su persona. Sólo ahora la veía. Tomó con una sonrisa el paquete mojado de manos de Virineya:

—No tiene importancia, realmente, con un camino como ése. Es tabaco, lo pondré a secar. Y la carta también podré leerla. Está un poco borrosa, pero nada más, afortunadamente. Gracias, gracias.

Virineya levantó las cejas:

—¿Y por tabaco ha enviado a un hombre por ese camino?

Movió la cabeza:

—¡Los señores no tienen espera! Hay que darles lo que quieren, aunque los demás revienten... Si no, se amustian, como si fuera una necesidad de verdad... Así que por tabaco. ¿Y el dinero? ¿A quién lo ha dado?

La vieja gritó enfadada:

—¡Ha pagado ya! Tengo yo el dinero. Las gracias deberías darle por su bondad.

—¿Por su bondad? Vasili se tendrá que meter otra vez en la cama, y ya veremos cuándo sale. Está muerto de frío.

El ingeniero se irritó:

—Bueno, eso no es mi culpa. Hasta la vista. Gracias otra vez.

Salió rápidamente de la isba. Pensó, de Virineya:

«Sabe lo que se hace... Y es interesada...»

Pero aquella noche soñó con ella. Fue tanta su agitación que se le pasó el sueño. Permaneció hasta el amanecer bajo el colgajo de la puerta escuchando las inquietas voces de la primavera naciente. El ingeniero era un hombre laborioso y severo consigo mismo. Practicaba inalterablemente la gimnasia, llevaba una vida sobria. Las mujeres le ocupaban poco. Lo imprescindible. Tenía en la ciudad una relación limpia y razonable. En la aldea, cuidando de la salud, evitaba a las predispuestas mujeres de los soldados ausentes. Esperaba un permiso. Se entregaba al trabajo con toda el alma y todas sus fuerzas. Juzgaba la ambición un buen estimulante y había comenzado bien la carrera. Sólo había trabajado en otra obra y había sido nombrado ya jefe de aquel tramo de la vía. Ahora, la construcción del ferrocarril sería ultimada en breve. La guerra había restado medios y brazos. De todos modos, no se tardaría en concluir el tendido. Pero era inútil que tuviera prisa por volver a la ciudad. La obra, declarada urgente, le eximía del servicio militar. Hasta ahora había considerado las locuras amorosas como disolución y lujuria. Alguna vez había sentido repentinos fogonazos a la vista de una mujer que respondiera a su gusto. Mas los ahogaba rápidamente. En aquellas ocasiones no se había producido el actual arrebatado de nostalgia. Estaba en su trigésima primavera, y antes ya del encuentro con Virineya, había soñado con tener una mujer suya, como nunca deseada. Incluso la última carta a aquella mujer de la ciudad le había salido insólitamente sentimental. Efecto de la soledad y del ambiente.

La estepa virgen, poderosamente feraz, yacía en el abrazo de los cerros estremecidos por las explosiones de dinamita. La tierra primaveral respiraba con extasiada languidez en espera de ser fecundada. Las bestias y los hombres, todas las criaturas vivían en sabia fidelidad a la ley primordial de la existencia: nacer y vivir para engendrar. Hacer fructificar a la tierra y a la propia especie. En el cuerpo joven y sano, la sangre hervía con un deseo que no era el de la fatal concupiscencia de la ciudad. Se encrespaba un anhelo imperioso de pasión exclusiva que fundiese en una pieza el cuerpo y el espíritu: la pasión creadora de la vida. Con el instinto que el hombre heredó del animal, había adivinado en Virineya la misma ansiedad. Aunque no se

lo decía con palabras ni hubiera podido definir lo que sentía. Sencillamente: verla cuanto antes y respirar junto a ella. Bajó de la terracilla y se dirigió hacia el pueblo. Estuvo rondando largo rato la isba de Virineya. Era ya una hora avanzada, casi al amanecer. Se habían retirado ya hasta los mozalbetes que, beneficiándose de la ausencia de los mayores, llamados a filas, habían comenzado a temprana edad los devaneos. Sólo los ladridos de los perros turbaban el silencio sordo de las calles. Finalmente, los primeros albos, blancos y fríos, disiparon, con la serenidad del día de trabajo, la embriaguez nocturna. Regresó rápidamente a su casa. No sabía que si hubiera llegado un poco antes a aquella isba hubiese visto a Virineya junto al seto. Ella había tardado mucho en acostarse. Primero estuvo arreglando largamente los almohadones; luego se levantó varias veces a mirar por las ventanas, veladas por la oscuridad de la noche primaveral; anduvo por la isba, como si no pudiera serenarse.

La vieja, que dormía sobre la bóveda del horno, murmuraba irritada:

—¿Qué haces ahí, yendo de un lado a otro? Las almas pecadoras no duermen, bien se sabe. Vas a despertar a Vasili. Te estarías quieta si hubieras ido tú por las barrancas. Y otra, con más vergüenza, también pensaría en mis viejos huesos. ¡Mis huesos quieren descansar! Con tus pasos y ruidos no me dejas cerrar los ojos. Has nacido descarriada y en todo tienes que ser distinta de los demás. ¿O es que te llama la calle? Vete, mujer, vete. Ya se sabe: esposa no bendecida, a todos tiene ofrecida.

Virineya le contestó ahogadamente:

—¡No murmures, abuela! Si me remueves las entrañas será peor para ti. Me iré, pero para siempre.

—¡Ay, que miedo! Como si te hubieran traído los padrinos y fueras la nuera deseada. Tú, que eres una perra, te metiste por debajo del portal. Y puede ser que no fuera éste el primero.

Virineya calló. Se metió silenciosamente en la cama. Pero los recuerdos no daban reposo a la vieja. Aquella licenciada no había traído a la casa ni riqueza ni honores. Sólo pecados y agravios. Antip no olvidaría nunca que le habían embreado⁴ la puer-

⁴ Existía la costumbre de embrear la casa de las mujeres *impuras*.

ta por culpa de su sobrina. Era demasiada mujer para Vasili y, además, le recogía todo lo que ganaba. Vasili, mal que bien, era carpintero, pintor, estufista. Un solo hijo le había dejado Dios con vida a la vieja. Tres murieron casi al mismo tiempo del mal de garganta. El cuarto lo devoró un puerco mientras ella estaba ocupada en las faenas del campo. Uno solo pudo arrancar a la muerte codiciosa, salvar de la ira de Dios. Como un tumor había anidado en el corazón de la madre. Nadie, ni ella misma, podía rozarlo con desamor. Cuando Vasili se cansó de ser campesino y se fue a la ciudad, ella se lo perdonó sin una queja. Nunca le reprochó que no hubiera sabido ganar más que para unas botas de moda, un chaleco y una cadenilla de reloj dorada. Había vivido sola en la mísera isba y cuando él volvió de la ciudad por primera vez no quiso saber nada, le bastó la alegría de verlo vivo. Nunca le reprochó su endeblez ni le regañó por la pobreza del salario. Ella le procuraba lo necesario asistiendo a los partos, acudiendo a los funerales como plañidera y haciendo conjuros contra el dolor de muelas. Así iban viviendo y encontrando el pan de cada día. ¡Dios bendito y piadoso fuera loado!

Mas desde que Virka se había cruzado en el camino de Vasili no hubo sosiego. Por culpa de Virka la vieja había cometido un pecado irredimible. Virka no le dijo que llevaban tres años enredados sin el sacramento matrimonial. Y, entre la alegría por el retorno del hijo, le dio la bendición alzando sobre ella el santo icono, como a esposa honrada y legítima. Ahora, el agravio roía su corazón. Una comadre había contado por toda la aldea:

—Mokeija, la partera, ha recibido a la puta del hijo bendiciéndola con el icono. Es para morirse de risa. ¡Que pruebe ahora a quitarle la señal de la cruz!

Si al menos fuera dócil y humilde en su pecado... Pero no se sometía a nadie. Vasili se había consumido con ella. Y aunque hubiera sido robusto le hubiese agotado aquella fogosidad. Despertaba la cólera divina y la ira de Dios caía sobre su familia. Nadie la había visto persignarse nunca. ¡Cuántas veces la había reconvenido la vieja y había tratado de infundirle santo temor! Pero respondía siempre con una sonrisilla, como divertida:

—Vuestro Dios ortodoxo no acepta mi manera de santiguarme, la manera de la antigua fe.

La vieja oía el pesado respirar entre sueños del hijo. Imaginó a la mujer sana acostada al lado de él y sintió que el odio le hería en el corazón. ¡No, no podía ser honesta! Se echaba de ver en el acto que era una perdida. Sana, pero sin la plenitud tranquila de las casadas. Parecía una moza de buen ver, con aquel cuerpo estirado y la cara tersa, sin ajar.

La vieja se removió inquieta. Volvió a la carga con voz chillante de rabia:

—Al vientre impuro Dios no da fruto. Es el cuarto año que estás con Vasili. No sé cuánto ni con quién has estado antes, pero en este tiempo no has parido y sigues yerma...

Virineya saltó de la cama. Vasili gimió:

—¿Dónde vas, Virka? ¿Por qué no te estás quieta? ¡Duerme!

Se retorció en otro ataque de tos.

Ella se arrancó a gritar en un tono inesperadamente desgarrado para su voz siempre contenida:

—¡Calla, vieja! ¡Más vale no traer hijos al mundo que parir uno como el tuyo! ¡Asco me da aguantar a tu Vasili! ¡No sé cómo puedo soportar su aliento podre ni sus manos pegajosas en mis carnes por la noche! Sólo de recordarlo de día se me pasan las ganas de comer.

Parecía que la tos ahogaba a Vasili. Gimió de nuevo:

—¡Vi-i-rka!

Y calló. Virineya continuó con honda pena y vehemencia, ensartando rápidamente las palabras:

—Tú, abuela, estás ya casi al final del calvario que nos toca vivir a las mujeres. Sabes que, para nosotras, las alegrías son más cortas que el pico de una gallina. Yo, que soy joven, lo he aprendido ya. Por eso no contesto siempre a tus ofensas. Me das lástima. Pero tú no me compadeces. Escúchame: ¿por qué pecado engendraste a ese podrido? Yo soy bien parecida, soy fuerte, pero al cuarto año de vivir con él sigo vacía, como si me hubiera echado a perder. Hay otras, feas y enclenques, que dan rama de su tronco. ¡Y yo, si tanto tiempo estoy con él, no es por divertirme, sino por dar mi rama verde! En la ciudad, el médico me dijo que los tísicos también pueden tener hijos y de Vasili que, aparte de tísico, es que le falta el vigor de hombre. «No tendrá hijos con él», me dijo. Me eché a llorar, abuela, yo, que tengo el

corazón duro para las lágrimas. ¡Qué más da que viviéramos en la miseria, con el pan contado! ¡Para mi hijo lo habría ganado yo! ¡Las venas me habría secado por él! Otras mujeres, en la ciudad, envidiaban mi vientre vacío, pero yo soy de cepa campesina y sé que hasta las perras se alegran de lamer, de cuidar a sus cachorros. ¡Y sigo sola, sola! Doblo el espinazo, me retuerzo y quiebro trabajando por esa carroña, por un hombre al que no quiero. ¿Dónde tendría yo los ojos? ¿Y tú, de qué puedes presumir? ¿Es que, al menos, vale para el trabajo? ¡Quita ya! En vez de respirar tizna la isba con su aliento...

Se interrumpió como si se hubiera atragantado de palabras. Vasili murmuraba roncamente:

—Basta, basta... Baja la voz. He oído ya tus reproches y puedo oírlos aún... No grites tanto, no está bien. Y tú, madre, no le pongas el dedo en la llaga. Ella es buena contigo, madre. Tampoco ahora hablaba con mala intención... ¡Acuéstate, Virka! ¡Duerme! Si no quieres conmigo, acuéstate en el banco. Todo está dicho ya, ten un poco más de paciencia.

La voz humilde y suplicante de Vasili era peor que un cuchillo para el corazón de la madre. ¡Se achicaba ante aquella desvergonzada! Bajó del horno con apresuramiento lastimoso gritando:

—¡Tú, tú viniste por la noche a arrimarte a Vasili! ¿Quién te lo mandaba? Como una sierpe viniste y ahora lo calumnias. ¿Por qué no miraste a tiempo, mala pécora? ¡Te saco los ojos desvergonzados si dices una palabra más! ¡Mientes, mientes! ¡Por tu indecencia, por tus pecados no quiere Dios que nazca un hijo de tus entrañas!

Se acercaba la vieja, templándole de ira impotente la cabeza, revueltos los grises y escasos cabellos; alargaba las manos huesudas hacia Virka. Virineya no le veía la cara, pero le atrapó una mano y rechazó a la vieja sin dureza. Incluso hubiera querido decir una palabra de paz, pero Vasili, desde la cama, increpó a la anciana:

—¿Por qué te entrometes tú entre marido y mujer? ¿Qué quieres? Tus tiempos han acabado. ¡Vete, vete! ¡No permitiré que toques un pelo de Virka!

Con un nuevo ímpetu de rabia, Virka gritó violenta:

—¡Calla tú, podre! «No permitiré que toques un pelo de Virka.» ¡Como si tuvieras fuerza para eso! ¡Revientas con sólo mover un dedo! No puedo soportarte más, basta. ¡Se acabó mi paciencia! Vine porque quise y tres años te he sido fiel. ¡Mira que dar ahora la cara por mí! ¡Quédate en la cama y suelta la última boqueada! No sirves para nada, ni al zar podrías servir en la guerra...

—¡Virineya!

—¿Qué pasa con Virineya? ¡Veinte años soy Virineya! Y sé cómo me llamo. Me enredé contigo por mi voluntad, sin pope, sin bendición, sin incienso, sin jurar que sólo con un hombre, contigo, sería mujer. ¡Y lo he sido! Los he rechazado a todos, a los mejores, a los más sanos. Y todo por cumplir mi palabra. Quise ser tu mujer y he vivido como tu mujer. ¡Basta, ha terminado la servidumbre! No puedo más. ¡Acaba de pudrirte solo! Yo estoy sana y no me puedes llevar a la tumba contigo. Que la madre cuide lo que trajo al mundo. A mí se me han pasado las ganas. A los veinte años no he tenido una hora de gozo. ¡No quiero morir de asco en esta isba con la vieja y el viejo podrido! ¡Me voy!

Y salió al cortil dando un portazo.

Un ímpetu repentino hizo saltar a Vasili de la cama. Se precipitó en pos de Virka.

—¡Virka... Virineya!

Gemía, rogaba. Su cuerpo vencido, marcado por la muerte, era todo un temblor. Ella rechinaba los dientes, agitaba tristemente las manos.

—¿Para qué vienes a buscarme? ¡Quieres consumir la vida! Deberías pensar en tu última hora y piensas en mí. ¡Anda, entra en la isba, desmedrado! Voy yo ahora también.

Volvió a la isba. Se acostó en el banco de la mesa. Lloriqueaba la vieja, como un niño, allá arriba del horno, pero se calmó al poco, quizás dormida. Virineya se levantó y dijo a Vasili silabeando:

—No me sigas; no voy a escaparme. Me da pinchazos el corazón, quiero respirar aire fresco. Volveré. ¿Me oyes? Si vienes detrás de mí, me marcharé. Palabra que lo hago. ¡Y no volverás a verme!

Salió. Vasili no podía tranquilizarse. Entró varias veces en el zaguán, y abría la puerta, temerosa, sigilosamente, como un ladrón. Escuchaba conteniendo la respiración, sin atreverse a bajar al corral. Virka no era como las otras mujeres: sabía cumplir su palabra. Haría como había dicho. Escalofríos febriles atenazaban el cuerpo de Vasili. Sus movimientos eran ya inseguros y penosos. Tuvo que acostarse. Se echó encima una vieja pelliza del padre y se encogió gimiendo bajo ella. Su respiración era frecuente y afanosa. A la misma Virineya, a la propia realidad... todo lo olvidó. Se agitaba entre visiones rápidas de un delirio tormentoso.

Virineya estaba junto al seto. Un viento húmedo y alegre venía de los campos. Llegaba un rumor alocado del río, rejuvenecido en el frenesí primaveral, y de la hervorosa agua, que bajaba por las barrancas de la estepa. El cielo era intensamente oscuro, como si, atemorizado, quisiera esconderse de aquel rumor. También la calle estaba oscura y silenciosa. En los corrales se percibía el sordo rumor del ganado. Los extraños e incomprensibles ruidos de la noche en la isba eran como sombras confusas y silenciosas. El cojo Fedka había terminado de tocar el acordeón; las muchachas se cansaron de cantar. Se extinguió el chapoteo que producían en el fango de las calles los pasos de los jóvenes todavía no llamados a filas: había concluido el alboroto juvenil de todas las noches. En aquella hora secreta y dulce, alguna pareja amorosa buscaría el amparo de la oscuridad para festejar los felices instantes sustraídos a los días monótonos, semejantes unos a otros, días entregados a las fatigas de la tierra y a los quehaceres de la casa.

Virka había entregado a un engaño su hora feliz. No por formar un hogar ni por la embriaguez gozosa de la pasión. No. No había conocido la alegría con Vasili. Aquello fue una equivocación. La vieja había avivado el mal oculto. ¡Ni una hora más! Por la mañana diría adiós a la madre hostil, al enclenque repugnante, a la triste isba. Había llegado por la noche y se iría ante la mirada de todos, en pleno día. A la ciudad o a trabajar en la vía, a jornal. La aldea estaba perdida para ella, que no había sido esposa legítima: tendría, pues, que buscar otro camino. Una mujer de la calle, sin apoyo ajeno. Bueno, al menos sería libre.

Aquel señor moreno, el ingeniero, se la comía hoy con los ojos. A lo mejor, sin enredarse con él, la tomaba a trabajar. Ya se vería. Con tal de que Vasili la dejara en paz esta noche. No podría resistir hasta la mañana, si no.

Frunció las severas cejas, plegó los labios con dureza y entró en la isba. Roto por la fiebre, Vasili no la oyó entrar.

III

Vasili no se levantó de la cama por la mañana. Yacía inmóvil con la cara borrosa y los labios bañados de saliva. Quizá durmiera, abriendo a menudo los ojos, quizá sufriera en silencio. ¿Estaría agonizando? Virineya miró su cara grisácea y cubierta de viscoso sudor, las manos abandonadas. «No es ésta su hora —se dijo—. No pierde el aliento. Descansa de la tos. Se levantará y seguirá tirando aún.»

Puso mucho cuidado en arreglar por última vez la isba. La vieja la miraba de reajo. No injuriaba ni hablaba ya. Luego se detuvo un poco junto a la cama del hijo y, suspirando tristemente, lo asperjó con agua bendita. Con un murmullo apagado invocaba a Dios y los santos:

—Virgen de Kazán, protectora nuestra. San Nicolás misericordioso, grato al Señor. San Basilio de Jiva, ángel custodio. San Pantaleón, que todo lo curas. Padre nuestro todopoderoso.

No decía la gracia que solicitaba. Dios no tenía necesidad de palabras cotidianas, sino de otras, austeras y misteriosas, que ella no conocía; las que sabía eran cotidianas y no llegarían hasta el Señor. En su balbucear impotente no sabía más que murmurar aquella letanía afligida y desesperada. Le temblaba la cabeza, y la congoja doblaba como una rueda su fatigada espalda. Virineya la miró, contrajo los labios como punzada por un dolor y dijo desdeñosa:

—Dios, Dios... ¡Pues no hace rato que murió! ¿Cuántos años estás rogándole así? Más valdría que descansaras.

Y salió dando un portazo.

La vieja exhaló un ay y miró atemorizada hacia el oscuro icono; le temblaban las piernas y apenas pudo llegar hasta el banco. Aquella maldita podía traerles una desgracia.

—¡Dios misericordioso, no escuches esas palabras! ¡Madre, protectora nuestra!

Virineya salió de la isba con la cabeza descubierta y se encaminó deprisa, casi huyendo de aquella odiada casa. Sombrío el rostro y bulléndole malas ideas en la cabeza. La vieja había encendido en ella la llama de una nueva ofensa: el inveterado rencor contra Dios. Su padre había buscado a Dios ansiosamente; peregrinó por el mundo en busca de la tierra de los justos. Todas sus fuerzas las gastó por Dios. En todas las encrucijadas, en todos los caminos, en todas las fragosidades buscó los lugares santos. Confió sus hijos al cuidado de gentes duras. Y Dios lo recompensó mandándole una muerte cruel en tierras de perdición de la lejana Siberia. Con la aflicción por el marido, la madre también se trastornó. Trabajaba derrengándose en las casas de sus parientes para sacar adelante a los hijos, pero luego encontraba horas para largas y extenuadoras plegarias. Y se extinguió a causa de aquellos rezos, de los ayunos, de las genuflexiones. Virka, en cambio, con la misma pasión con que sus padres sirvieran a Dios se rebeló contra él. Por eso no pudo adaptarse a la vida en la casa de su tío. Sabía trabajar. Era robusta de cuerpo, pero tenía el corazón indómito, agitado. No se sometía a las ideas de los demás. Y ahora corría respirando con rabia, sin ver nada alrededor. Entre el apresuramiento y la ira casi pasó de largo ante la isba de Anisia. Esta Anisia, alegre mujer de un soldado, siempre había sido cariñosa con Virka. Quizá porque las otras mujeres, más comedidas, también a ella la miraban, al encontrarla en el pozo, de manera tan punzante como a Virka. En la aldea se murmuraba que, después de haberse ido el marido, Anisia tenía enredos. Ella contestaba a las murmuraciones con risas insolentes. A Virka le agradaba aquella risa fácil. Estaba harta de no oír más que sermones en casa. Se había acordado de ella con la esperanza de que le permitiera pasar en su isba un par de días. Luego, ya se vería.

Anisia estaba en casa. Preparaba el fermento para el *kvas*.⁵ Trabajaba sin esa irritación oculta, sin el refunfunar habitual de las campesinas. Era como una moza despreocupada. Y cantaba ahora a voz en grito una tonadilla de las que se entonaban en las despedidas de los soldados.

⁵ Bebida rusa fermentada.

Virineya sonrió.

—¡Vaya, qué alegre estás! De buena mañana cantas ya. Se conoce que no tienes penas. ¡Buenos días!

—Lo mismo te digo. Eres la que menos esperaba ver. ¡La de veces que te he dicho que vinieras! Había dejado ya de esperarte. ¿Alegre, dices? Pues como la mujer de un soldado. He dado de comer a los chiquillos, les he largado algún coscorrón para que vayan aprendiendo y, ¡hala!, a la calle. ¿Por qué no voy a cantar? Me pasan un subsidio por el marido, a los suegros los ha llamado Dios para que dejaran en paz a la joven nuera. Para trabajar en el campo he tomado a un prisionero que es un sol. Y yo, aquí me tienes, preparando el *kvas*. ¿Por qué no voy a cantar?

Le reían los ojos, no grandes, pero relucientes. De media estatura, robusta, encendida de color, se movía desenvuelta y vivaz. Virka sonrió otra vez. Su sonrisa era más clara y dilatada.

—Vengo a pedirte un favor. Déjame que pase dos o tres días contigo. He dejado a Vasili.

—¿De veras? No has podido más, ¿verdad? Yo me asombraba mirándote. Bueno, puedes quedarte aquí lo que quieras. Me ayudarás en la casa. Y para vivir puedes ganarte un jornal.

—Dicen que toman mujeres para trabajar en la vía.

—¡Ah, sí! Y para esos constructores también se puede... ¿Has dejado para siempre a Vasili o aún cambiarás de idea?

—Para siempre.

Anisia movió la cabeza envuelta en un pañuelo de colores.

—¡Qué revuelta la de las mujeres en estos años! Yo misma, por ejemplo, soy otra. Quiero a mi marido, pienso en él sin despegó. Cuando se fue lloré a lágrima viva y, ahora, ya ves, me divierto sin él. Si vuelve puede que me mate. Y con razón, lo sé. Pero no quiero perder mi juventud. Dicen que, antes, las mujeres esperaban hasta diez años a los maridos sin pecar. Nosotras no valemos para eso. También pensaba yo en ti: es honrada, aunque no se ha casado por la iglesia. ¿Qué quieres? Se ve que en estos tiempos las mujeres hemos nacido corretonas. Bueno, viviremos mientras el sol nos caliente, ¿no? Anda, recógete el faldón y lávame los pucheros. Yo voy a comprarle semillas a la mordviana antes que se le acaben. Prenden muy bien.

Y se marchó.

Virineya no tenía prisa por trabajar en las obras. En la isba vecina de la de Anisia, la dueña atendía a las faenas con el suegro y los chiquillos, sin querer tomar un jornalero por miedo al pecado. Y era mucho el trabajo. Quiso levantar una carga pesada y se dobló. La suegra, ciega desde hacía un año, fue a ver a Anisia la mañana siguiente. Rezó ante el icono, saludó a la dueña de la casa y preguntó:

—¿Vive aquí, como dicen, la hereje, la querida de Vasili Mokeijin?

Anisia contestó con voz cantarina:

—Aquí, abuela, aquí. ¿Has venido a hacer de casamentera de parte de Vasili? Es pronto, la Cuaresma no ha terminado aún. Por más que él en la Cuaresma está sabroso. Ella lo ha probado y ha tenido que dejarlo.

—¡Qué cosas dices, malhablada! Nadie vendrá ahora con esas intenciones. En estos tiempos, las mozas sin tocarse quedan solteras o se contentan con los viudos viejos. ¿Quién la querrá a ella, después de su pecado? Virka, acércate, si estás aquí.

—Estoy aquí, abuela. ¿Qué quieres?

—Ven a trabajar a nuestra casa. Te pagaremos con lana o cualquier otra cosa. ¿Sabes lo de mi nuera?

Virineya se ajustó el pañuelo a la cabeza y dijo seria:

—Estoy dispuesta, por el tiempo que haga falta. Me da igual ganarme el sustento donde sea. Pero acuérdate, abuela, de no hablarme más de mi pecado con Vasili. Podría perder el respeto a tus años y agarrar la horquilla del horno. Estoy cansada ya de vuestras habladurías.

La vieja asintió con la cabeza, alzó las manos:

—No te pongas así, mujer. Si no te gusta, me callo. No eres mi hija ni mi nuera. ¿Qué más me da a mí lo que hagas? Tú sabes trabajar y eso es lo que has de hacer. No se encuentra a nadie en la aldea que se quiera colocar. Tú no tienes otra salida. ¡Anda, vamos!

Virineya trabajó una semana entera y ajustaron que se quedaría otra. La dueña se reponía lentamente, aunque la suegra subió al monte y pidió a Magara que rezara por ella. Mokeija, la

madre de Vasili, en su calidad de partera, fue a curarle el vientre y a decir exorcismos. El suegro había prometido ir al hospital del ferrocarril, a buscar un enfermero, pero el camino seguía impracticable.

Cuatro veces, al anochecer, fue Vasili a suplicar a Virineya que volviera con él. Respiraba penosamente y su paso era inseguro, pero andaba. Habíase repuesto del enfriamiento. No había sonado aún su hora. Virineya y él discutían acaloradamente en el cobertizo del corral, pero cada vez Vasili volvía solo, con la cabeza hundida, como un perro apaleado. Cuando lo vio llegar por cuarta vez, Virka le gritó desde la puerta:

—¿Otra vez aquí, asqueroso? En el anochecido, a escondidas vienes, pero la gente te ve. Vergüenza te debería dar de pegarte así a mis faldas. ¡Vete! No tenemos nada que decirnos. El ovillo está ovillado y el hilo, roto. ¡No lo anudarás con lloriqueos!

Pero Vasili no se iba. Se arrimó a la valla encorvado, pequeño, enteco, más consumido aún. Sofocaba la tos insistente y sorda, y esperaba. Salió un viejo a cerrar el granero y lo vio.

—Vete a casa —le dijo con voz severa—. ¿A qué vienen esas fatigas? ¡Con las mujeres que hay! Lo que faltan son hombres. No te rebajes así.

Virka lo oyó desde el zaguán y salió con un leño en la mano:

—¡Vete o acabo contigo! ¡Estoy de ti hasta la coronilla! ¡Si de noche me acuerdo de ti, pegajoso, salto de la cama! ¡Te vas o te mato, aunque me pierda! ¡Te ahogas, apestoso, y no me dejas respirar! ¡Vete!

Se fue.

Cuando la Mokeija se presentó a curar a la dueña, al principio ni miró a Virka, como si ésta no estuviera allí, aunque por sus quehaceres debía ir y venir cerca de ella. Sólo cuando ya se iba la detuvo en el corral:

—Sí que te has ido, sí, pero nos has dejado el olor recalentado de tus faldas. Los perros del pueblo acuden a él.

Virka hizo una mueca y gritó apartándose de la vieja:

—¡Quema incienso y se irán! Si no, también tu hijo continuará siguiéndome peor que un perro.

Mokeija la detuvo con voz imperiosa y sorda:

—¡Espera! Tengo que decirte algo.

Virineya se detuvo y le preguntó mirándola por encima del hombro:

—¿Qué tienes que decirme? Me da igual, digas lo que digas. Ni siquiera te guardo rencor. Ya tienes bastante castigo con tu hijo. ¿Qué quieres?

La vieja estiró los labios y dijo bajando la voz:

—El ingeniero aquel moreno vino a preguntar por ti. Dijo que le hacía falta alguien que lavara o fregara, no me acuerdo. Ya se ve qué lugar quiere que le limpies.

—Bueno, ¿y qué?

—¡Pues ningún qué! Ve, si le quieres fregar. ¿O es que ya estás enredados? ¿Lo haces por dinero o por gusto?

Virka sonrió:

—Tú no ganarás ni perderás nada, de cualquier modo. Vete para casa, abuela. No puedes ofenderme, no me hieren tus palabras. Me das pena. Tu hijo se me ha hecho odioso, pero ahora, ya ves, por ti le tengo lástima. Él mismo sufre y te hace sufrir a ti. Si vivierais en paz, me alegraría, palabra. Adiós, abuela.

Desapareció en el zaguán.

A la vieja le estallaba el corazón de rabia. Casi no pudo salir a la calle. ¡Cómo hablaba Virka! ¡Parecía una mujer honrada! Y ella, una anciana, había tenido que aguantar delante de ella, como una chiquilla obediente, y oírla. Señor, ¿qué pecado es el mío para que me envíes este agravio en mis últimos años de vida?

Aquella noche lloró largamente.

IV

Mal había hecho la vieja en mencionarle al ingeniero. Aquel día no le había entrado demasiado por los ojos como para recordarlo a menudo. Pese a todo, allá detrás de sus cavilaciones más claras, subrepticamente, sí que pensaba en él. Quizá porque, fuera del odioso Vasili, nadie le había mostrado afecto. La propia Anisia si se interesaba era por curiosidad: se había hablado tanto de Virka que era natural el deseo de conocerla mejor. En tanto, aquel señor, desde la primera mirada, le había mostrado ternura, más aún, hasta parecía desearla. Y no la había olvidado. La necesidad de ternura fue lo que un día la empujó en brazos de Vasili... Interrumpió con rabia sus pensamientos:

—¡Así se hundan todos en el pantano, rijosos! Cuando una trabaja no piensa en el hombre. Viviré sola. Basta con el que he conocido, que no lo aparto de mí ni a empellones.

La dueña enferma comenzaba a levantarse, aunque con esfuerzo. Poco a poco volvía a tomar las riendas de la casa. La familia aquella tenía un buen pasar, hubiera podido mantener a Virka, pero la dueña, como mujer del campo, era tacaña. No daba a ganar un trozo de pan si no era por imperiosa necesidad. Casi aún sin aliento se llegaba al horno:

—Aparta, Virka, lo haré yo...

Virineya la comprendió. Ella hubiera hecho lo mismo. Le dirigió una mirada cariñosa y aprobatoria:

—¿Ya levantas cabeza? Me alegro. Si mañana por la mañana estás mejor, me iré. No tengo ya nada que hacer aquí.

A la mañana siguiente volvió a la isba de Anisia. Encontró a Anisia tristonza, pálida, adelgazada, con los ojos apagados. Por la tarde, cuando ordeñaban las vacas, le dijo a Virka:

—Tengo no sé qué en el corazón. ¡Hace tanto que no me llega carta del marido! O lo han malherido o ha muerto. Puede ser que esté prisionero.

Virineya insinuó con cautela:

—¿No será que le han escrito de ti?

—¿Que me he enredado con el austriaco? Entonces me habría maldecido, seguro que escribiendo a los parientes para que me lo dijeran. No, no, siento que algo malo le pasa. Hace muchos días que estoy desganada, todo me cansa.

—¿Y qué más te da lo que le pase, Anisia? ¿No te has portado mal con él?

—¿Que me he portado mal? ¿Es que le he traído a su casa un hijo de otro? A eso no llegare nunca. Dos me he quitado de encima y si fuera por causa de un tercero la angustia que tengo ahora, haría lo mismo. Tu Mokeija es, de todas las parteras, la de mejor mano para eso. No es por ahí. Él también sabe lo que es tener la sangre joven. No habrá vivido sin mujer todo este tiempo. ¡Qué no me vuelva con una mala enfermedad es menester! ¡Cuántas en el pueblo han sido contagiadas por los maridos! Lo que hará conmigo ya lo sé: me tundirá a golpes, pero volveremos a vivir juntos. Y si me mata sin pensar, luego se arrepentirá. Sé trabajar, soy fuerte. ¿Que me he portado mal con él? ¡Eh, tú, quieta, no des coces! Quieta, vaquilla, quieta...

Acabó de ordeñar la vaca, le hizo la señal de la cruz y dijo:

—Quiero pedirle a Magara que rece por mi Silanti. A lo mejor puede predecirme algo. Mientras voy, tú cuida de la casa. Dicen que Magara ha compuesto una oración que se manda a los soldados. Los soldados tienen mucha fe en ella, les protege de las balas. Los del pueblo se la ponen en el corazón, debajo de la camisa. Cuando mataron a Mitri, el hijo mayor del *stárosta*, Vasili Teriojin se la descosió de la camisa y escribió a los padres de Mitri que se la quedaba para que lo protegiera a él.

Virineya suspiró:

—¡Qué gente ésta, la del pueblo! Si lo mataron quiere decir que la plegaria no podía salvarlo. No sirve para nada, pues.

—Tú, Virka, no hables de las cosas de Dios. No le vale de nada a los que han cambiado de fe. Tu dejaste a los tuyos, los viejos creyentes, y ahora hablas mal de nuestra religión ortodoxa.

Eso no me gusta. Yo no te obligo a rezar, así es que déjame tú en paz.

—¿Por qué te pones así? No me asustes, que no tengo miedo, ¿sabes? No te gustará, pero tú misma has dicho que lo mataron a pesar del papel con la oración.

—Y eso, ¿qué? Dios lo quiso y no hizo caso de la oración. La muerte de Mitri estaba escrita, pero la oración protege a otros. Cópíamela, tú sabes escribir bien.

—¡No lo haré!

—¡Ah, canalla, hereje! Bien, no importa. Ya encontraré alguien que me la escriba. Cuida de la casa, que ya oscurece. Le llevaré algo a Magara y le pediré que rece.

En la gente de la aldea había arraigado honda fe en Magara. Cuando los caminos estaban transitables llegaban a visitarle hasta de apartadas comarcas. Le llevaban buenas ofrendas, pero él no las quería. Magara rezaba a Dios desinteresadamente. Las ofrendas quedaban en la roca y desaparecían. En Akgyrovka habían visto a una mujer, de las refugiadas, con un pañuelo donado. Pero la gente continuaba llevando ofrendas. Anisia también preparó todo un hatillo de comestibles y ovillos de lana.

—Que cuides de la casa, ¿eh? Mi austríaco llegará tarde. Me ha pedido permiso para ver a sus compañeros en las barracas. Si vuelven los chiquillos les das algo de cenar y que se acuesten.

—Ya sé lo que he de hacer. Pero acuérdate que por esos insultos un día se me puede ir la mano y te caliento. No me vengas a mí con esas. Bueno, ya sé que no eres una mala persona y, por hoy, pase. Vete. Me quedará en casa, no tengo a dónde ir.

La tierra, liberada de la espesa cubierta de nieve, se distendía en dulce languidez. El cielo crepuscular era ligero y se apagaba en colores tenues. Parecía dolerse, sin rencor, desesperanzado, de que no a él, sino a la tierra le fuera concedida esta hora de fecundidad, la hora del gozo y la amargura, de las breves alegrías terrestres. Este cielo apocado y afable, el descenso cuidadoso y apacible de la oscuridad, el gruír de las peregrinas y audaces grullas infundían en el corazón una alegría nostálgica.

Virineya miraba desde el huerto las grullas pasar allá arriba, oía los rumores indistintos de los corrales vecinos, aspiraba

codiciosamente los olores embriagadores de la tierra y el viento. Estaba pálida, plenos de tristeza sus ojos, pero no quería moverse, no quería ahuyentar aquella dulce y ligera melancolía.

El ingeniero habíase acercado al seto. Ella tembló cuando la llamó él en voz queda:

—Virineya...

Tras breve pausa añadió:

—...Avímovna...⁶

Durante todas aquellas semanas le había obsesionado el recuerdo de ella. Se informó minuciosamente de su pasado. Creía que lo que le contaban le quitaría las ganas de pensar en ella. Fue al revés, se inflamó aún más. No sabía dónde vivía ahora y, cuando llegó a saberlo, las piernas mismas lo llevaron hacia ella.

Virineya se había recuperado de la impresión:

—¡Qué susto me ha dado el señor! ¿De dónde ha salido?

Su rostro no había perdido la serenidad. Hablaba sin enfado, cansada.

—¿Ha preguntado usted por mí? Me dijo la vieja que había pasado usted por allí.

—Sí, ignoraba que se había ido usted.

—Me lo voy a creer. En la aldea se sabe todo, y usted, según me han dicho, ha hecho muchas preguntas sobre mi persona. Puede ser que no supiera en qué isba vivía ahora, pero de mis asuntos con Vasili está al cabo de la calle. Lo que ha hecho mal es en preguntar a la vieja.

—Palabra, Virineya Avímovna...

—¿Por qué me trata con tanta cortesía? Los huesos de mi padre se van a remover en la tumba de asombro. Me suena a raro y hasta me da vergüenza. La gente del pueblo no tratamos así más que a las viejas...

—Tenía un gran deseo de verla, Virineya. Ya sabe usted que, a veces, vemos a una persona por primera vez y parece que la conocíamos de siempre y nos sentimos atraídos por ella. Entonces usted me habló con tanto resentimiento. Y poco...

Hablaba lentamente, pensando: «No es así, no es así como deberías hablar con ella».

⁶ Patronímico de Virinéia.

En aquella hora embebida de recogimiento crepuscular no se sentía poseído por el deseo borrascoso. No quería sino estar allí, a pocos pasos de ella, mirarla con ojos sumisos y pensar: «maravillosa, querida».

Virineya cruzó su mirada con la de él y se sonrojó levemente.

Dijo a media voz:

—No está bien que se haya parado ahí. Ya se habla bastante de mí.

Él se turbó:

—¿Por qué? ¿No podemos ni hablar? Así, en paz, como dos personas que se conocen. No, no se vaya. Bueno, podemos ir allá, fuera de la aldea.

Virineya rio con risa profunda, nacida en el pecho. Movi6 la cabeza:

—¡No podía idear nada mejor! Bien, a mí ya no me importa nada, quédese ahí y hable. Las murmuraciones no me dan ni frío ni calor. Estoy acostumbrada. Las mujeres no me quieren porque soy bien parecida. Como si tuviese necesidad de todos sus hombres y ellas no quisieran cederme ni uno solo.

Hablaba de su belleza con calma y sencillez. Sin vanidad ni coquetería: con sinceridad. Él se conmovió enamorado: «Querida mía». Ella, mirando a otro lado con los ojos quietos de aquella hora apacible, continuaba:

—Lo mismo me pasaba en la ciudad. Aprendí a cocinar, a lavar, a planchar como les gusta a los señores, pero no podía durar mucho en ninguna casa. No era porque no tuviera documentos de identidad. Eso les beneficiaba a ellos, porque me pagaban menos. Era siempre por la envidia de las mujeres. Apenas la señora echaba de ver que el marido o cualquier amigo de ella daba vueltas a mi alrededor, como ahora hace usted, se ponía a dar bufidos. Y yo no soy de esas que los aguantan sin devolverlos. Claro, no tardaban en despedirme. Recuerdo una señora la mar de rara...

Virineya se rio:

—Era gente que aparentaba, pero que tenía poco dinero. Los dos, marido y mujer, trabajaban, eran instruidos. Escribían y escribían para, ¿cómo se dice...?, olvido las palabras de la ciudad. ¡Ah, sí! La redacción, sí. Me daban libros para leer, los que

hacían en aquella redacción. Unos libros aburridos que hablaban de la gente pobre... Los cogía, pero rara vez leía algo. Me trataban como a una más: «señores o campesinos, todos son personas», me decían. Delicados, atentos. Demasiado delicados, a mí hasta me molestaba. Pero no estaba mal: comía como ellos y nunca me decían una palabra más alta que otra. Eso sí, empecé a notar que el marido, cuando ella no estaba en casa, venía demasiado a la cocina. Que si esto, que si aquello, sin explicarse claro, como usted hace ahora. Yo pensaba: «vas a ver cómo se pone la señora si se entera». También Vasili comenzó a recelar, porque le había visto varias veces en la cocina. No crea, la señora no estaba mal, para el gusto de la ciudad: los lentes en la nariz cogidos con un cordoncillo, algunos ricitos. Para nuestro gusto era demasiado seca y cargante. El marido la trataba cariñosamente, pero se ve que tenía ganas de algo más sabroso, de más alegría. Ella acabó por darse cuenta. No se puso rabiosa ni dejó que se le notara nada. Sólo vino a la cocina y me dijo: «Virineya, razonemos un poco juntas». Y empezó que si por aquí, que si por allá, que si entre la pequeña burguesía había mujeres que se agarraban a los mandos, pero que ella no era de esas; que si yo quería, que me quedara con él, que ella misma se iría. Le contesté: «A mí no me hace ninguna falta su marido, y si lo duda despídame. Tengo mi marido, por poco que valga. Aunque tampoco el de usted es mejor. Forma pareja con Vasili, pero es instruido». Y ella dale que dale: «No, a santo de qué voy a despedirla, razonemos, razonemos». Y así, hasta veinte veces. Hubiera preferido que me pegara. Lo eché a rodar todo, y al día siguiente me fui de buena mañana, sin que se dieran cuenta. Esos celos son peor que los insultos.

Se rieron los dos. Virineya concluyó alegremente:

—Con aquel «razonemos» me sacó de quicio. Echaba de menos la aldea. Aquí todo es más sencillo. Te apartan a empellones, sin decirte palabra. Le dije a Vasili: «Volvamos a casa. Padecer por padecer, mejor es entre los nuestros». Cuando aquí me ofenden las mujeres, pienso en aquellas instruidas y siento menos resquemor. Éstas son malas, pero sin falsedad. En la ciudad no te echan nada en cara, pero saben decir cosas que duelen más que los reproches.

—Pero, ¿no se aburre aquí? Estaría ya acostumbrada a la ciudad...

—¡Ca! Si una no tiene penas vive bien en todas partes y si las tiene lo pasa mal allá donde vaya. Además de eso, es que no tenemos tiempo de aburrirnos. Cuando era una chiquilla aún leí muchos libros, ahora se me han pasado las ganas de leer. Me basta mirar alrededor, así: luego me voy a dormir. Los días de fiesta aún duermo más.

—Puedo mandarle libros, si quiere. Tengo algunos muy interesantes... Novelas, cuentos.

—¡Uy, cómo me gustaban las novelas! Las leía a escondidas del tío. Con lo que trabajaba y siempre tenía tiempo para leer. En verano, los días de fiesta me escondía en la estepa con algún libro.

—Se los envío, mañana le traigo uno yo mismo.

Sonriendo, Virineya hizo un ademán negativo:

—No lo haga. Ni verlos quiero ahora. Tanto leer y leer y acabé uniéndome a un tísico. ¿De qué se ríe? Es verdad lo que digo. ¡Son tan finos todos en los libros! ¡Y se habla tanto de amor! En la aldea la gente no es así. Los jóvenes no se gastan muchas palabras con las muchachas y, luego, con la mujer ya no abren la boca. A la vaca podrá decirle «lucero», o podrá dirigir alguna palabra cariñosa al caballo. A la mujer, ni pensarlo. La ha tomado para que trabaje, para que le dé hijos, no para hacerle carantoñas. Y en el trabajo se tiene tiento con las caballerías; con la mujer, ninguno. Sean ricos o pobres, el trato a la mujer es el mismo. Hasta es mejor con un pobre, porque no hace trabajar tanto en el campo. Así es que en los libros leía una cosa y alrededor veía otra. Por eso no quería tener relaciones con ningún muchacho de la aldea. A menudo escapaba a la calle, me gustaba entonces la algazara, pero espantaba a todos. No me atraían, no se parecían a los de los libros. Vasili, por el contrario, vestía como se viste en la ciudad y sus modales eran también aprendidos en la ciudad. Me mareó con sus maneras afables y sus palabras cariñosas. No tenía nada de campesino. Por todo eso me pegué a él.

—¿Y ahora no lo quiere ya? Virineya se estremeció. Miró los ojos acariciadores del ingeniero y contestó secamente:

—He hablado demasiado... Estoy siempre callada, pero cuando destrabo la lengua... ¿Y usted, venía a decirme algo?

Escondió la mirada y plegó los labios con firmeza.

El ingeniero había interrumpido una conversación fácil. Se habría golpeado por haber cometido aquel error; no sabía cómo corregirlo, cómo prolongar el diálogo.

—Sí, verá usted... ¿No conoce a alguien que me pudiera lavar y planchar la ropa?

—Pues yo misma puedo hacerlo. Aprendí bien en la ciudad. Pero el precio será alto.

Y otra vez, como persona interesada, fijó el precio. Muy por encima de los precios locales. Pero él no se opuso. Le dolía sólo que la otra Virineya —querida, conmovedora en sus sencillas palabras— se hubiera ocultado. Había reaparecido la campesina cachazuda. Contestó con una voz triste, inadecuada para las palabras:

—Bueno, aceptado. ¿Cuándo puedo enviarle la ropa?

—¿Dónde va a enviarla? Usted tiene cocina, ¿no? Y, además, el baño en el patio. Lo sé. Es la casa de Silanti. Lavaré en el baño. Iré el lunes de la semana de la Pasión, por la mañana. Estos días he de trabajar para Anisia. ¿Tiene jabón y azulete o los compro yo?

La sangre le rebulló alegremente en el corazón y en las sienas: iría a su casa. Ella misma lo había propuesto, ella misma lo quería. Estaría el día entero en la barraca del baño, fuera del corral. Quizá también para ella el lavar no fuera más que un pretexto. Quizá se sintiera atraída y se resistiera a confesarlo. Estaba emocionado, no comprendía lo que ella le preguntaba y respondió apresuradamente:

—Sí, sí... Tome, por favor... ¿Le bastará?

Ella vio que le daba demasiado, pero dijo con calma:

—Bastará, seguramente.

Tomó el dinero y se retiró sin volver ya la cabeza.

V

Dios era cada vez más comunicativo con Magara. De aquellos coloquios nacían luego las profecías al pueblo. También sus rezos cobraban eficacia, Magara se fortalecía en ellos. Sentía reblandecerse el corazón y el respirar más fácil.

Mas en primavera volvió a notar pesadez en el pecho. Sus manos empezaron a echar de menos el habitual trabajo del campesino. La plegaria era enturbiada por el importuno pensar en la siembra, en los animales, en el gobierno de la casa dejado al yerno. Una noche, por más que puso empeño, no pudo abstraerse en el rezo. La nostalgia era tan fuerte que le anublaba la cabeza. Y al amanecer, de rodillas en la roca, Magara imploró:

—¡Libérame, Señor, de las cosas terrestres! Libérame para siempre. En el paraíso, con tus santos, pondré más celo por tu gloria. Libérame del peso de la sangre, de las venas mortales, de los duros huesos humanos. ¡Mándame mi última hora! Desde allí ayudaré al pueblo, en tanto que aquí abajo no puedo resistir. ¡Seño-o-or!

La última palabra fue un ronco grito que le salió del pecho. Y diríase que, en respuesta a él, en la turbia bruma del amanecer, algo más allá de la roca, apareció un anciano de venerable aspecto. Era el mismo que despertara la primera vez a Magara. Seguía éste sin saber cómo llamarle, no lo había vuelto a ver desde entonces y quedó inmóvil, expectante. El anciano le habló, mas no con la voz fuerte de aquella ocasión, sino con ternura. El viento llevaba a Magara las palabras con los aromas de la tierra primaveral:

—Saveli, siervo de Dios, tu última hora llegará pronto. Espérala.

Henchido de un gozo que le oprimía dolorosamente el corazón, Magara pegó el rostro a la roca aún fría de la gelidez nocturna. Y cuando se repuso, el anciano había desaparecido. Imploró:

—¡Oh, protector mío! ¿Cuál es tu nombre y tu dignidad ante Dios? Déjame mirar una vez más tu semblante sencillo. Mártir por amor de Dios... ¿Cuándo, qué día, a qué hora tomará mi alma Dios?

Mas no volvió a ver la imagen ni oyó respuesta alguna. Y decidió prepararse para la muerte anunciada. Aquel mismo día volvió inesperadamente a su casa. La vieja y la hija limpiaban la isba. Se enjugó la vieja las manos en el delantal y miró al marido. Atezado por el viento, vestido de harapos, sucio. No se parecía a los santos eremitas de los iconos.

—¿Quieres aliviarte en el baño? —le preguntó tímida mente—. ¿Lo encendemos?

Magara movió la cabeza como sacudiéndose una mosca.

—Saca del baúl la mortaja que me habéis preparado y tiéndela en el corral.

Y se marchó sin añadir palabra. La vieja suspiró tristemente y rompió a llorar. Toda la comarca creía en la santidad de Magara. Ella no se atrevía a decir nada, pero pensaba: «No es que sea un santo, es que le ha entrado algún mal». Conocía bien a su marido: ¿cómo podía ser un santo un hombre como él? Se estaba matando con aquel desvarío. No se enfadaba y hasta sentía honda compasión por él. Y esta compasión la envejecía rápidamente. Andaba encorvada, con los ojos empañados y la cara como empolvada por ceniza gris. Pero cumplió al instante lo que el marido le había ordenado. Mientras tendía la camisa y los pantalones de lino llegó Mokeija.

—Buenos días, Grigórievna. Así es que Saveli se dispone a morir.

—No lo sé. Hago lo que me ha pedido.

—Lo ha dicho, Grigórievna, lo ha dicho. Ha estado en nuestra calle. Le será revelado el día en que morirá. He venido para deciros que me llaméis cuando sea la hora. Quiero que también mis manos cuiden de nuestro gran rezador. La gente de ahora está enviada y pocos presienten cuándo les llegará la muerte.

Muchos se mueren de repente y no a su hora. Deja que las ropas se aireen bien. Que nuestro sol las caliente, que el viento de la tierra las empape. En las últimas vestiduras se llevará el espíritu de la tierra y mejor intercederá en su nombre ante Dios. ¡Ay! Tenlo presente y llámame enseguida. El padre Saveli está atravesando el río a nado...

—¿A dónde va?

—Quiere hacerlo todo según las santas costumbres. No como la gente antojadiza de hoy. Va a buscar al pope, va a la iglesia, para ayunar allí.

Magara retornó cruzando el río en vísperas del Domingo de Ramos. Era ya anochecido cuando llamó a la ventana:

—¡Eh, Mijailo, abre!

El yerno reconoció la voz y quedó maravillado:

—¿Te vienes a vivir con nosotros?

Después de rezar delante del icono, Magara le dijo:

—Anuncia mañana al pueblo que ha llegado la hora de mi muerte. Tengo hecho el ataúd.

El yerno se rascó el pecho y la cabeza y le preguntó:

—¿Dónde esperarás la muerte, en la choza o en la roca?

—Aquí, en la isba, como todos los cristianos. Aquí he nacido y aquí quiero morir.

El yerno pensaba sin moverse del sitio. Bostezó largamente y comentó:

—Es verdad, con tus oraciones ante Dios te has merecido la muerte del justo. Bueno, voy a dormir un poco más. Aún queda mucho hasta la mañana. Estoy que no me tengo de cansancio.

—Vete. Yo esperaré la mañana fuera.

Cuando salió, el yerno llamó a la vieja:

—¿Duermes? ¿Has oído? No quiere quedarse en la isba, ha perdido la costumbre de estar entre la gente. ¿Despierto a mi mujer?

—No, no. Ya os despertaré cuando amanezca. ¡Ay, todos somos ovejas de Dios! A todos nos espera el mismo fin... Y él, ¡cuántos años que no trabajaba la tierra! Puede ser de verdad que haya llegado su hora. Le asistiremos como se debe. Tú vete a la cama.

—¡Virka, Vi-irka! ¿Dónde te has metido?

—¡No grites así, mujer! ¿Qué quieres? Estaba descansando un poco en el cobertizo.

—Ya tendrás tiempo de dormir. Vamos a ver a Magara.

—¿Pero se está muriendo ya?

—¡Sí, sí! Lo sabía hace mucho tiempo. Vamos, que si acuden todos no podremos verlo.

—Pues, yo, Anisia, pensaba que mentía. Está fuerte, me decía, no hay quien lo tumbe.

—¡Hala, hala! ¡Para de hablar y vamos! La gente ya va hacia allí, llegaremos tarde.

Por la calle, corriendo, Anisia estaba fuera de sí:

—¡A mí, que no se me escapa nada, tenía que escapárseme esto! ¡Con las ganas que tengo de ver cómo se muere y no vamos a poder verlo! Ha pensado bien eso de morirse un día de fiesta. Puede ir todo el pueblo.

De todas partes aflucía la gente hacia la isba de Magara. Llegaba en oleadas multicolores, agradables a la vista. En la calle, alrededor de la casa, en el corral y dentro de la isba sonaba un bordoneo ininterrumpido de voces, un poco más sordo dentro, algo más alto fuera, como alegre plegaria de la vida.

El sol risueño, la tibieza del día primaveral, el revoloteo de los variopintos pañuelos y vestidos de las mujeres, las sedosas ramas de sauce⁷ meciéndose en los brazos de la gente joven, todo contribuía a crear una hervorosa alegría. Y a menudo estallaba en la multitud una risa juvenil y rigurosa o un grito femenino de fingido temor, que ahogaban el zipizape de los que se apretujaban junto a la isba y el lamento de las viejas plañideras.

Virineya y Anisia se abrieron paso respondiendo con tal o cual palabrota bien sazónada y con risillas contenidas a los pelizcos de los hombres.

Aunque las ventanas de la isba estaban abiertas de par en par, allí olía intensa y pesadamente a incienso y hierbas, a la

⁷ El Domingo de Ramos, en Rusia, es costumbre acudir a la iglesia con ramas de sauce florido. | Nota del Traductor.

grasa y la brea que abrillantaban el calzado de los días festivos. Era sofocante, irrespirable aquella atmósfera viciada por los olores mezclados, por el humo de los incensarios que balanceaba el viejo Egor mientras salmodiaba con voz pastosa y sostenida. En el altarcillo de la isba temblaban las tristes lucecillas de unas velas. En un banco situado al pie de las ventanas estaba el féretro abierto. Las tablas cuidadosamente cepilladas conservaban el olor de la madera fresca.

Sobre otros dos bancos unidos y cubiertos con un limpio lienzo, recostado en un almohadón de hierbas aromáticas, vestido de lino blanco, con blandas zapatillas negras de muerto yacía Magara. Sus grandes manos nudosas destacaban cruzadas sobre el pecho en extrema quietud. Dos viejas vestidas de negro se inclinaban en rítmicas y profundas reverencias a los pies de Magara.

Recitaba Egor con voz monótona:

—Llámame, Señor, libera mi alma, ten piedad de mí.

La gente entraba, salía, se reía, se movía reemplazándose. Este ir y venir vivo molestaba a Magara, que entreabría los ojos y exclamaba con voz sorda:

—Absuelve ahora a tu siervo...

Egor se reanimaba para suplicar en tono más alto:

—Júzgame, Señor, conforme a mis méritos y la inocencia que había en mí.

Magara le interrumpía de nuevo con voz sorda:

—¡Señor, acoge el alma mía!

Las velas se consumían. La voz de Egor era cada vez más apagada y somnolienta. Magara sentíase fatigado por todas aquellas miradas vivas, indiferentes, compasivas, secretamente irónicas. Vio que hasta sus parientes abandonaban la isba. Sólo su mujer seguía en la cabecera, con la cara casi cubierta por el pañuelo negro. Suplicó con vehemencia:

—Absuelve, Señor a tu siervo, suspende su aliento. Ten piedad de él, Señor.

Virineya dio un tirón de la falda de Anisia:

—Vamos para casa. Ése no se muere por ahora.

Anisia levantó un hombro con enfado, pero la siguió gustosamente. Cuando volvieron otra vez al lecho de muerte de Ma-

gara, el sol estaba ya lejos del mediodía. Seis veces habían sido cambiadas las velas en el altarcillo. La gente había descansado y volvía a llenar la isba. Pero Magara seguía vivo en aquel túmulo. Sentía el hálito más fresco del día en extinción y movía inquieto la cabeza en la almohada. Retuvo largamente el aliento en el pecho, pero hubo de expulsarlo con fuerza y rompió a toser. Una vieja enlutada se inclinó sobre él:

—¿Estás padeciendo las ansias de la muerte o no, padre? Para mí que estás más vivo que muerto. La gente se cansa de esperar. ¿Cómo te sientes por dentro? ¿Vas a tardar mucho aún?

Magara la miró de reojo. No le contestó; sólo movió enojado las cejas. Egor interrumpió su monótono recitar de salmos, volvió hacia Magara su pequeño cuerpo, le dirigió una larga mirada por debajo de sus blancas cejas y le aconsejó piadosamente:

—Cierra bien los ojos. No repares en la gente. Piensa en lo tuyo y procura retener la respiración todo lo que puedas. Aprieta con fuerza los dientes.

Un muchacho de ojos alegres lanzó un bufido y dijo poniendo la mirada en la sonrosada Anisia:

—¿Cómo va a retener el aliento si está vivo? Si no le sale por la boca le saldrá por otra parte.

La risa corrió entre la gente. Mokejija era toda ella un ay. Egor pasó la mirada por la multitud y dijo en tono severo:

—Habría que tirar de aquí a esos mocosos. Son gente mala. Con ellos aquí no podrá entregar el alma a Dios, sufriendo.

Siguió con voz más gangosa:

—Aspérjame con el hisopo, y purifícame y lava mis pecados...

Pero al poco se volvió otra vez hacia Magara:

—Quédate ahí un rato sin salmos, Saveli. Estoy rendido. Voy a estirar un poco las piernas. ¿No te importa?

Magara movió las manos entumecidas y murmuró:

—Vete... Ya falta poco, hace mucho que padezco.

Virka cruzó la mirada con la de aquel joven de ojos alegres y no pudo contener la risa. Le brillaron los dientes y una alegría irreverente puso destellos de oro en sus ojos irisados. Dijo en voz más alta de lo que hubiera querido:

—También tú, abuelo Saveli, deberías darte un paseo. ¿No te duele la espalda?

Se alzaron voces en todas partes:

—¡Cierra la boca, puta!

—¡Tírala de la isba, tío Yákov!

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué descaro!

—¡Pues no hay para tanto! Ella será lo que se quiera, pero tiene razón: si no se muere, mejor será que se levante.

—Di la verdad, buen hombre: ¿te mueres o has cambiado de parecer?

—Saveli, reza con ánimo. La gente se impacienta.

—¡Anda, Saveli! ¡Enfádate y muérete de una vez! ¡Que no se diga!

Mokeija gritó con voz fuerte, impropia de su edad:

—¡Virka ha arremolinado a la gente! ¡Esa maldita ramera! ¡Hasta la santa hora de la muerte corrompe! ¡Sacadla de aquí, ancianos!

Pero las risas y los murmullos iban en aumento. Les hizo eco desde la calle la voz de un chiquillo:

—¡Vasili! ¡Ése no se muere aún! ¡Sal a jugar a la calle!

La mujer de Magara se encogió toda la vergüenza. Con manos temblorosas se arreglaba el pañuelo de la cabeza para taparse la cara.

«¡Qué vergüenza, qué vergüenza! ¡Se ha engañado y ha engañado a los demás! ¿Qué pasará ahora? ¿Qué harán con él si no se muere?»

Le daba pena el marido, pero la ira le rebullía en el corazón. Si había querido ser un santo, que lo fuera de verdad y no un hazmerreír. Y lloraba cubriéndose la cara con el delantal.

Egor volvió a la isba y le preguntó aliviado:

—¿Qué, ha muerto? Entre tantas voces no entiendo qué pasa.

Magara se incorporó sobre los bancos, miró a todos con grandes ojos entristecidos, se dejó caer de nuevo y se estiró. Cesaron las risas. La gente retuvo la respiración y compuso un gesto más adusto. Hubo un largo silencio en la isba. Lo interrumpió el propio Magara. Volvió a suspirar roncamente. Se incorporó otra vez y se sentó. Sus ojos, encendidos por una

enorme tensión apasionada, terribles de ardor, se fijaron en el icono. Eran ojos que rezaban y exigían. De nuevo, entre los que estaban detrás, serpeó alguna palabra. Magara volvió a oír risas sofocadas. Entonces se alzó en toda su elevada talla, respiró a pleno pulmón y articuló confusamente:

—El Señor renuncia a llamarme. Lo prometió y no lo cumple...

Su mirada volvió a recorrer las filas de la gente. Parecía enloquecido, buscaba indulgencia o compasión. Pero al no encontrar sino miradas rientes o sarcásticas dio una patada a su lecho de muerte y bramó con rabia:

—¿Qué estáis ahí mirando? ¿Habíais venido a oler carroña? ¡Pues no me muerdo! ¡Fuera todos de la isba! ¡Ya os lo digo, la madre que os parió! ¡No me muerdo!

Le salió de lo hondo de la garganta un taco soez, descomunal, seguido de una retahíla de palabras obscenas. Tenía los ojos encarnados, henchidos de cólera. Agitaba sus recios puños. En el corral chilló asustada la hija alelada de Magara. Hacia ella salió de la isba otra abobada dando alaridos. La siguieron todas las mujeres entre ayes, chillidos y voces. Luego se fueron los hombres, entre risotadas y palabrotas a tono con las de Magara. Los ancianos se iban, musitando reconvenções, pero con la mirada chispeante de oculta sorna. La isba se vació rápidamente.

Entrecortadamente, casi sofocándose por el aflujo de palabras coléricas e indecorosas, rugía Magara:

—¡Al diablo Dios y su madre!

Arrancó de los bancos el lienzo, hizo de él una pelota y lo tiró con rabia a un rincón. Apagó con un fuerte soplo las candelas y velas del icono.

Afuera, aún alborotaba la gente.

—¡Lo que es blasfemar, vaya si sabe!

—Con tanto rezo, el cuerpo le pedía desquite.

—¡Dios mío! ¿Cómo podrá ahora redimirse? ¿Qué hará para que el Señor le absuelva tan gran pecado?

El yerno de Magara, encarnado, sudoroso, con los ojos fuera de las órbitas, trataba de persuadir a la gente:

—Marchaos, cristianos. En nombre de Dios os lo pido. ¡Es tanta vergüenza para nosotros! ¡Qué afrenta! ¡Ya podía haber probado, él solo, si iba a morir o no! Y luego que llamara a la gente, si estaba seguro. Vosotros, ancianos, por amor de Cristo, idos también. Venid mañana, si queréis, a avergonzarnos. Ya lo veis, está fuera de sí. Al menos, vosotros no tenéis nada que temer. Os ha engañado, y eso es todo. Por seguro que a nosotros nos descalabra.

Silbaban los jóvenes, algunos bailaban delante de la isba. Se oían gritos:

—¿Cuándo nos llamarás otra vez, Magara? ¿Cuándo hemos de volver? Prepararemos el arroz con pasas y las hojuelas para el convite funerario...

—¡Pero ojo con engañarnos otra vez, que si lo haces te metemos nosotros mismos en el ataúd, para que aprendas!

*Nuestro Magara morir quería
Pero luego lo pensó mejor.
Y harto de rezar todo el día
Hasta a su madre mentó.*

Magara dio un puñetazo en el alféizar que hizo temblar los cristales de la ventana abierta.

—¡Si no os vais no queda uno con vida, canallas!

Alargó el cuello dispuesto a saltar como una fiera. Agitó los brazos. Sacó por la ventana la cara congestionada, con los ojos inyectados en sangre. El gentío se echó hacia atrás.

La oscuridad bonancible y perfumada envolvía ya la calle, los corrales, los campos y collados vecinos. Las mujeres llamaban inquietas a los maridos y chiquillos. La gente se dispersaba entre risas e invectivas. Magara se sentó pesadamente en un banco. Abandonó la cabeza sobre las manos mientras respiraba fatigosamente.

Se entreabrió con leve crujido la puerta y entró Grigórievna. Su viejo corazón temblaba en el pecho como una paloma. El miedo paralizaba su lengua, pero una inmensa piedad la empujaba hacia el marido. Él dijo con esfuerzo, muy cansado:

—Dame otro vestido... Y... espera. Dile a Dashka que ponga el samovar.

Pero, en vez de tomar el té, se bebió ávidamente tres picheles de agua fría. Preguntó fosco:

—¿Dónde están los yernos y las mujeres?

—Uno se ha ido y los demás duermen en los carros, fuera. Tienen miedo de entrar en la isba...

—Está bien, que duerman allí.

—¿Y tú cómo estás, Saveli?

Agregó con voz débil, otra vez asustada:

—¿Te vuelves al monte?

Él no contestó. Con pasos fuertes y sonoros de los pies descalzos se acercó a la cama de la vieja. La cama de madera crujió dolorosamente bajo su pesado cuerpo. La vieja suspiraba mientras se arreglaba una yacija en el banco junto a las ventanas. Pero Magara la llamó con voz alta y clara:

—Acuéstate conmigo.

Y frizando los sesenta años, desenfrenado como lo fuera en la juventud, sin proferir una palabra, sobó y resobó toda la noche, poseyéndolo bestialmente, el cuerpo senil de la mujer. Al apuntar el alba prorrumpía en sollozos sin lágrimas ni palabras, como sordo y atormentado ulular.

—¡Saveli... Saveli! Sé humilde, Dios se compadecerá. Es tu soberbia la que te recome.

—¡Calla!

Saltó de la cama y quedó en medio de la isba: grande, velludo, deforme.

—¡Calla! ¡No tienes tú cabeza para comprenderme! ¡Calla! ¡Viviré en el pecado! ¡En la calentura de la carne, en la indecencia, en la blasfemia! ¡Estrangularé, mataré con estas manos! ¡Viviré en el pecado mortal! Si no me quiere Dios en olor de santidad, me presentaré ante Él como un gran pecador. Y en el juicio final no tendré miedo, lo acusaré.

Siguió echando pestes hasta que salió el sol. Por la mañana abandonó la isba y ya no se supo de él hasta la Pascua. Al segundo día de la fiesta apareció en la aldea borracho y altercador. Desde aquel día fue el primero de la comarca en la lujuria, el vino y las pendencias.

VI

Era el tercer año que medían por aquí y por allá la estepa. El segundo año que dinamitaban las montañas. Pasaban carros cargados de tierra, arena, maderos, hierro. Cavaban, rellenaban, se afanaban en torno a la vía férrea. Pero aún faltaban tres años para que funcionara, en el supuesto de que funcionara.

Mientras tanto servía para que los señores constructores se emboscaran allí. Estaba claro que no tenían prisa. Por de pronto, lo único construido eran buenas casas para los ingenieros. Para la chusma que trabajaba, los refugiados, habían levantado miserables barracas de tablonés y chozas de tierra. Para los escribientes y contables compraron casas en todas las aldeas y las habilitaron como oficinas. Bien decía Matvéi Fadéyev:

—¡Estaciones y mediciones y puro engaño para los mujiks!

Al principio estaba contento: los campesinos hacían pagar a los constructores precios inverosímiles por los productos y tenían buenas ganancias. Por entonces no era sólo Matvéi el contento. Pero ahora no sólo él, que había vuelto de la guerra manco y, por ello, amargado y sensible a todo abuso, sino también los demás, viejos y jóvenes, comenzaban a mostrar su descontento. El dinero de los ingenieros —llamaban ingenieros a todos los que estuvieran por encima de los capataces— no engolosinaba ya. El mal dinero se gasta mal.

En los sectores de la vía, la gente llegada de la ciudad instaló fondas y tabernas con gramófono y bebidas, con guisos pican-tes, novedad atractiva para el mujik. Tras estos guisos y bebidas entraban las ganas de una mujer también picante. Pelanduscas llegadas de todas partes pululaban por aquellos lugares. El dine-ro fácil traía estos gustos. Los mujiks, incluso entre los más circunspectos y machuchos, sintieron cosquilleos. Les seducía el progreso llegado de la ciudad. Mientras tanto, por la comarca hacía estragos una enfermedad vergonzosa que propagaban las pelanduscas, sí, pero también los señores constructores. Las casadas, sin los maridos, llamados a filas, se enervaban en la abstinencia. Las solteras no encontraban esposo a unos años en que la carne exige lo suyo. Los constructores las seducían con lisonjas y obsequios, con el descaro arrogante de la gente edu-cada en la ciudad. Y la mujer comenzó a cambiar no sólo en el vestido, adoptando el corto y ceñido, sino también en la conduc-ta y la conciencia. Se hizo libidinosa, fácil al pecado con foraste-ros. Los ingenieros tenían médicos que los curaban. La gente del campo carecía de tiempo: no podía dejar las labores de la tierra, de la casa y someterse a tratamiento en el hospital. Y así comen-zó a pudrirse la osamenta del campesino. Calculando bien, la de muchos. También los soldados volvían a menudo enfermos de la ciudad. Entre la guerra y la construcción, la lujuria y las inquietudes, se ahilaba la población de la aldea. En otros lugares era extirpada de raíz, separada de su quehacer campesino. Por algo Magara había tenido aquella vez la visión de los carros. De leja-nas provincias afluían gentes extrañas, blancuzcas, fofas, calmo-sas. No resistían la comparación con los habitantes del lugar, aunque en su tierra también trabajarían los campos. Aquí te-nían que alquilar un rincón en la isba del mujik o vivir en barra-cas o chozas, aceptar trabajos desconocidos y extenuadores. Se les pagaba mal y comían peor. La guerra diezmaba y la obra consumía. El campesino del lugar, que comprendía aquella desgracia del mujik, tenía ante las dos calamidades —la cons-trucción y la guerra— la misma actitud: debían terminar cuánto antes. Era hostil también a los ingenieros, jefes de la obra.

También en Virka este sentimiento la apartaba del moreno y apuesto señor. Era un extraño, un ser nocivo para ellos, los

campesinos, pero el deseo sano que adivinaba en él la atraía. La mujer que no ha tenido hijos es naturalmente intranquila. Dos veces soñó que se entregaba a él con pasión. Pensaba siempre en él de noche, y de día se indignaba por estos secretos deseos nocturnos y sentía resquemor hacia el hombre que era su causa. Así sucedió que al salir por agua y ver cerca del baño, donde lavaba ropa, al ingeniero, le dijo con dureza:

—¡Aquí, señor, no tiene nada que hacer! No está bien y hasta es vergonzoso para un señor como usted venir aquí. ¿Qué busca en el baño?

Él recorrió con ojos encendidos todo su cuerpo: el cuello de rara blancura descubierto por la blusa de mangas cortas; los brazos, del mismo blancor por arriba de las toscas manos; las piernas, finas y desnudas bajo la corta enagua. Con voz medio sofocada, pero cálida, le dijo:

—He esperado este momento como una fiesta. Te quiero, te deseo, Virineya. Escucha...

Y extendió los brazos codiciosos, se acercó a ella. Virka lo rechazó con un grito rabioso, cortante:

—¡Apártese! ¡Fuera!

Pasó junto a él, erguida y severa, y en la puerta del baño le dijo:

—¡No me vengas con más halagos! Si vuelves te echo un cubo de agua hirviendo. Busca a otra que te caliente la cama. ¡Yo no te necesito!

Cerró la puerta por dentro. El ingeniero sintió que le flaqueaban las piernas y al volver advirtió a dos mujeres de la casa que, por la cara que ponían, sin duda habían oído toda su conversación con Virineya. La sangre le ardió en las mejillas. Espejó irritado:

—¿Dónde está Piotr? Necesito un caballo.

Se fue a pasar la noche en la construcción. Pagó la colada a Virineya por medio de la dueña de la casa.

Mas por Pascua, cuando la gente alborotaba con el aturdimiento de la bebida y la comida abundantes, tropezó casualmente con Virineya en la calle. Iba a pasar de largo, pero ella lo llamó:

—¿Por qué miras a otro lado y no me saludas? ¿Antes demasiado y ahora nada? Ven a pasear conmigo, buen mozo.

La miró y se detuvo. La ceñía un vestido claro de percal, cosido al gusto de la ciudad, y era toda ella gozosa lozanía, como un abedul en Pentecostés. Sus ojos parecían velados por un cendal de embriaguez. Traía el semblante arrebolado, cálido, pecaminoso, y su voz era incitante.

—Virineya... Virka.

—Ven conmigo, vamos a pasear por la hierba verde de la estepa, a descansar en los alcores. Hoy moría por verte y mi deseo se ha cumplido.

Con un solo roce de la mano en el hombro le hizo cambiar de dirección. Se alejaron juntos de la aldea. Ella no reparaba en si les veían o no. Caminaba con paso ingrátido, hablaba sin cesar, como arrebatada.

—Hoy no me da vergüenza nada. Y no será por lo que he bebido, que no he hecho más que tocar el borde de un vasito. Es por el día de fiesta, por el aire puro, por la hierba verde. Me tiemblan las venas y el corazón me late con fuerza. Pienso que, de todos modos, me he de pudrir. He vivido mal mis mejores años de mujer, y ahora, ¿qué?

—Virineya... ¡Virka, amor mío! Sí que me parece que estás mareada. ¿Dónde has bebido, quién te ha invitado?

—Estoy mareada, pero no por haber bebido. Ya te lo he dicho. No me gusta mentir. Además, ni eres mi padre ni mi marido. ¿Por qué voy a tener vergüenza de decírtelo? La sangre tengo hoy borracha, ¿entiendes? Estoy sola, sin hombre y he pensado en ti. He pasado tres veces por delante de tu casa.

—¡Amor mío!

Estaban ya lejos de la aldea. Abril tenía la fragancia de la hierba alborozadamente verde, de la brisa olorosa, de la dulce humedad de la tierra sin arar, del azul leve, traslúcido del cielo. El ingeniero miró los ojos dorados de ella, turbios ese día tras una bruma de languidez, la abrazó, la estrujó contra el pecho y se apoderó en un largo beso de sus labios, un poco pálidos, pero ardientes.

—Espera, déjame respirar. Me da vueltas la cabeza. ¡Ay, cómo besas tú! Ahora he olvidado tu nombre. Y aún me gusta más besarte sin saber cómo te llamas. Deja, deja, necesito respirar.

—Virka, tesoro mío. ¡Qué delicia! ¡Eres un sol! No eres la primera que beso, pero...

—Siéntate, quiero descansar en tus rodillas, respirar así. Pon aquí el brazo. Espera, no me inquietes, no me toques. Tengo el corazón oprimido, déjame descansar. ¡Ay! Los hombres sois como las moscas, sabéis donde están las cosas dulces. ¡Ay, déjame!

—Virka, ¿qué te pasa? Virineya... un instante... ¿Por qué eres así? Creo, ¿verdad?, que también yo te gusto a ti... Venga, no te opongas, mi vida...

—¡Ya te he dicho que no me toques! ¡Suéltame! Bien, ya sabes que sí, consiento... Me gustas hoy. ¡No! Déjame un poco tranquila. Es demasiado dulce, no puedo más. Espera, no me beses...

Y, de pronto, una tercera voz, hostil, ronca por la afrenta y el dolor:

—¡Virka! ¡Putá!

Se separaron instantáneamente, se pusieron de pie. Tenían delante a Vasili, con los pómulos rojos, temblando de ira y dolor, ladeada en la cabeza una vieja gorra.

—¡Con un señor! ¡Puerca! ¡En pleno día, como una perra!

—¡Calla, carroña venenosa! ¿Soy tu mujer, o qué? Me junté contigo, y eso es todo. Y me fui cuando me cansé. ¿Qué vienes a hacer aquí?

Pálida, severa, miraba cara a cara a Vasili, sin miedo.

—¡Vete! ¿Qué derecho tienes a seguirla? Cada paso...

—¡Calla, Iván Pávlovich!

Sonrió con una sonrisa pálida y breve.

—Ya ves, cuando ha sido preciso me he acordado de tu nombre. No grites, no malgastes fuerzas. Vete para casa que yo hablaré con Vasili.

—No tienes nada que hablar con él. ¡Largo de aquí, canalla! Si no...

—¡He dicho que yo hablaré con él! Tú vete. Iré a verte mañana por la tarde. No te engaño. Pero ahora vete. Quiero hablar con Vasili.

—¡Yo no tengo nada que hablar contigo, perra! ¡A una ramera como tú se la trata a estacazos!

—Para eso se necesitan fuerza y ganas. Vete, señor. Si no haces caso haré contigo como con Vasili.

—No puedo dejarte sola con él.

—¿Que no puedes? Si no quieres hacerlo cuando te lo estoy pidiendo por las buenas y porque hace falta, lo mejor es que acabemos para siempre. Vasili, ven a casa de Anisia que he de hablar contigo.

—Pero, ¿a qué viene eso, Virineya? No sabes lo que haces.

—¿Te vas o no?

—Bien. Te esperaré a la entrada del pueblo. Pero no deberías...

—¡Vete ya, que va a ser peor!

—Acaba pronto, entonces. Te esperaré allá...

Se iba volviendo la cabeza.

—¡Anda, va! No tardaré. Tengo que decirle un par de cosas.

Cuando se hubo alejado el ingeniero le dijo a Vasili, que seguía al otro con ojos de lobo rabioso de hambre:

—Te tiemblan las piernas y te doblas, Vasili. Siéntate para oírme con más tranquilidad.

Calmado por la voz acariciadora y la mirada compasiva se dejó caer sumisamente al lado de ella.

—Vasili, me das pena como si no fueras mi amante, sino un hijo nacido de mis entrañas. Créeme, me das mucha pena. Y cuando te grito y te insulto es para que te sea más fácil dejarme.

—Si te doy pena, ¿por qué me has dejado? ¿Por qué vas con otros?

—No te atormentes por mí, Vasili. Es inútil. Por más que habláramos no pondríamos nada en claro. No es cosa tuya ni mía el que nos hayamos separado y no podamos ya juntarnos...

—¡Ahora te gusta revolearte con los señores, gozarla a tus anchas! Con ése...

—Ése no cuenta. Ha llegado a tiempo. Tus reproches no me molestan, Vasili. ¡Me das pena! Lo dices por rabia, pero sabes

que mi deseo era otro. Quería una vida honesta, con hijos, con familia... Cuando lo pienso me da pinchazos el corazón. Bueno, no ha sido ésa mi suerte... ¡Pena me das! Te recuerdo a menudo. Fuiste el primero, cuando yo era una chica. Aunque malo, fuiste el primer hombre en mi vida.

—Te doy lástima y no quieres vivir conmigo... ¿Es mejor, pues, acostarte con los señores? Virka, tú los conoces, sabes cómo nos tratan... ¿Qué te propones?

—¡Calla, Vasili! Lo sé todo. Ya te he dicho que se me ha cruzado en un momento de flaqueza. Lo que por ti siento es piedad, pero mi carne no te quiere. No te enfades, no depende de mí.

—¿Para qué me mareas, pues? ¿Qué tienes que decirme?

—¡Ay, Vasili, pobre hijo mío!

—¡Déjate de ayes, que estoy harto! Sabes que no tengo más que un resfriado en el pecho y me tratas como si fuera el tonto del pueblo... Tienes duro el corazón, Virka.

—Te equivocas, es tierno, pero no sabe engañar ni tiene malicia. Proclama lo que siente. Me das lástima, mucha lástima, pero no puedo quererte. Si no fuese por ti, hace mucho que sería de ese señor...

—¿Y ahora está ya todo hecho?

Sonrió sin alegría:

—No, y otra vez por culpa tuya. Y me parece ahora que puedo pasarme sin él.

—Virka, vuelve a nuestra isba. No te diré ni una palabra, no te reprocharé nada.

—No puedo, Vasili. Lo que quería decirte es que te olvides de la carne, que descanses y cobres fuerza. Eres débil, pero ansioso. ¿Por qué? Descansa. Me alegraría verte mejorar. Yo he roto con Dios, pero a veces pienso que tú deberías hacerte monje. ¿Qué te parece?

—¡Mala víbora, canalla! ¡Para ti el pecado y para mí los rezos! ¡Vas a ver tú...!

—¡Quieto ahí! Que yo soy más fuerte. ¡Aparta las manos! Se ve que las palabras no sirven de nada. Vamos, pues, cada cual a su casa. No tenemos nada que decirnos ya. Cada uno a lo suyo, a sufrir como antes.

Se puso en pie para irse. Imploraba él:

—Virka... ¡Virinéiushka! No he querido a otra mujer...

—¡No seas pesado! ¡No te puedo dar lo que tú quieres! Y tú no aceptas mi compasión. ¡Se acabó!

Se dirigió hacia la aldea con paso rápido y ligero. Vasili iba a seguirla, luego cayó y allí quedó con la cara hundida en la tierra fresca y viva.

Virka encontró al ingeniero en la proximidad de la aldea. Le vio ir y venir febril e impaciente. Le dijo con sequedad:

—Vete a casa, Iván Pávlovich. No tengo ahora ganas de nada. Vasili me ha quitado ese humor...

Lo miró con ojos fríos, despejados.

—Virka... ¿Vendrás mañana? Me lo has prometido...

—Lo he prometido en un momento de ceguera, sin pensar. Si tengo otro igual puede ser que vaya. Pero no me esperes. Búscate otra querida. No me sigas, yo voy al otro lado.

Ya en casa, el ingeniero se desfogaba. ¡Una campesina, y cómo jugaba con él! ¡Imposible, repugnante, humillante! ¡Punto final!

Montó a caballo y se fue al sector, en busca de gente conocida, culta. Pero no pudo distraerse ni con la cuñada del jefe del sector ni con la maestra, una joven llegada de la ciudad. Siguió en su fosquedad, mientras su corazón languidecía de triste amor por Virka.

Vasili permaneció largo tiempo echado en la hierba. Comenzaba a oscurecer. Le penetraba el frío crepuscular de la tierra que el sol de abril no había podido calentar aún. Pero no podía levantarse. Parecía tener trabado el cuerpo y el corazón oprimido por un anillo de hierro. Respiraba fatigosamente y no deseaba ver ya el mundo. Le obligó a levantarse una ronca voz de borracho:

—¿Qué carroña hay ahí? ¡Ah, estás vivo! Creía que...

—Soy yo, tío Saveli... Casi me había dormido.

—Soy yo, soy yo, ya veo que eres tú... El hijato de la partera, ¿eh? ¡Huum! Te he reconocido. La bruja lasciva parió un calandrajó. ¿Qué haces ahí parado? ¡Lárgate!

Luego, como si hubiera recordado algo de pronto, gritó a Vasili, que ya se iba:

—He visto a tu mujer con el ingeniero... De buena gana le hubiera tentado el bulto, pero no porque te engañe a ti, sino porque se lía con ese señor. ¡Le hubiera partido la crisma! A él me refiero. ¡Con sus buenos modales y es un rijoso! El mujik peca por hambre y esos por hartura. ¡No lo aguanto! ¡Lo doblaré a palos!

Vasili volvió sobre sus pasos y dijo estremecido:

—¡Tío Saveli, aporréales, machácales! ¡Su pecado recae sobre mí! ¡Es una afrenta que me quema! Bien a gusto les apalearía, pero me faltan fuerzas, estoy acabado. ¿Por qué no les has roto la crisma hoy? ¡A la vista de todos se estaban manoseando aquí, los indecentes!

—¡Vaya, cómo se ha puesto éste! Quiere que otros se la jueguen por él. ¡Qué gente más ruin! Di que no estoy por ésas; si no te molía a palos. Con una uña te podría aplastar, pero no tengo ganas. ¿Te vas o no? ¡Mira que te siento la mano! ¡Que te destripo! Pierdes el resuello, ¿eh? ¡Corre, corre! ¡Tiene apego a la vida! Yo no le tengo ninguno y ella se agarra a mí. Quiero matar, me lo están pidiendo las manos. No me gusta ver aquí a esos señores, están viciando a nuestras mujeres. ¡Acabará con ellos!

Vasili huía y sus débiles piernas apenas le sostenían. Magara podía darle alcance de un salto. Pero soltó un salivazo y siguió su camino.

* * *

Una semana después, el ingeniero volvía a su casa a caballo. La aldea estaba ya cerca y la cabalgadura iba al paso. Iván Pávlovich había dejado caer las riendas, abstraído. No le seducía volver a su habitación, aneja a la oficina, grande, vacía y aburrida. Una nueva sensación de melancolía le estaba oprimiendo desde aquella mañana. No pensaba en Virineya, ni en nada ni en nadie concretamente. Sólo notaba como un peso físico dentro de él. Y este peso le indisponía, se trocaba casi en angustia.

«¿Estaré enfermo? ¿O me estoy volviendo loco? Qué opresión tan rara...»

Había recorrido las obras. Los capataces notaron en él una extraña distracción, la mirada apagada y ausente. No podía

estar sólo, pero entre la gente tampoco se disipó su vaga ansiedad. Había hecho todo el camino al galope, como si tuviera prisa, y ahora, al acercarse a la aldea, de buena gana habría vuelto atrás. Se había abandonado, sin voluntad ni fuerza.

De pronto, el caballo se alzó de manos y el ingeniero cayó de la silla. Se levantó rápidamente, mientras el animal corría fuera del camino.

—¡Alto, so!

Iba a darle alcance, pero tembló con todo el cuerpo y se detuvo. Un mujik enorme, desmelenado, apareció ante él como nacido de las tinieblas.

—¿Vas de paseo? ¿Te diviertes? ¡Hijo de perra, canalla! ¿Has venido aquí para gozarla, para viciar a las solteras y perder a las casadas? ¿Para eso?

Al oír una voz humana, aunque amenazadora, el ingeniero volvió en sí:

—¡Retira las manos, imbécil! Has asustado al caballo. ¿Qué quieres de mí? ¡Aparta!

Sacó precipitadamente del bolsillo un pequeño revólver negro.

—¡Prueba, dispara! ¡Dispara! A mí me basta el puño. Te enterarás de lo fácil que es matar a Saveli Astáfiev Magara. ¡Prueba!

—¡Suelta, suéltame el brazo! ¡Aparta, borracho!

Disparó al aire, más en aquel mismo instante, un terrible puñetazo en la sien le hizo vacilar. Dio un traspié, manoteó, las tinieblas danzaron delante de él, pero logró recuperar el equilibrio. Se le había escapado el revólver de la mano.

—¡Ah, canalla! ¿Con qué ésas tenemos?

Lo agarró por la barba con una mano y tiró con fuerza, mientras con el otro brazo, que había liberado, se protegía de los golpes. Trataba de agacharse para recoger el revólver. Pero Magara le oprimía y acabó por derribarlo.

—¡Qué fuerte, qué bien cebado! ¡Toma, toma! ¿Resistes aún? No te esfuerces, que con Magara estás perdido. ¡Toma! ¡Tengo el puño duro como el corazón! ¡Toma! ¡Ahora así y basta!

Con velocidad increíble, Magara había cogido del suelo el revólver del ingeniero y le golpeó con la culata en la nuca. El inge-

niero tembló en una última convulsión, percibió fugaz y penetrante el aroma de la tierra, de alguna hierba cercana; ya sin pensar, intuitivamente, mas con claridad cegadora, vio o recordó que algo sucedía, que debía gritar, que debía respirar. Pero ni gritó ni respiró. Quedó tumbado en el camino, inmóvil, apagados los ojos, inánime. Un vacío saco humano.

—¡Uno menos! ¡Ya verán los otros! ¡Ya verán!

Se apartaba del cadáver con pasos resueltos y largos, al tiempo que mascullaba palabras incoherentes. Podrían ser de arrepentimiento o de triunfo o de amenaza. Mas a los pocos pasos se detuvo, gimió, arrojó el revólver y echó a correr. Corría por la estepa alejándose de la aldea. Corría velozmente, pero con la mirada escrutadora y el oído atento. Como el que huye de la prisión o de la muerte.

VII

El invierno se presentó a su tiempo. La aldea quedó envuelta por la nieve, con los cortos días de helada o ventisca y las inmensas noches de sueño pesado en las isbas clausuradas.

No había cambiado el orden de la vida invernal de los campesinos. Sólo las bodas fueron menos que en otros años.

De noche, cuando sobre el monte y en la estepa, sobre el río y en los bosques señoreaba el gélido triunfo de las esplendorosas nieves y del silencio, la calle de la aldea interrumpía aquella solemnidad con la furia del acordeón, de las canciones, del griterío de las mujeres y los juramentos de los hombres. Pero quedaban en la calle ya muy pocos solteros. En ella volcaban su desenfreno, sin verdadera alegría, barbudos padres de familia y soldados de permiso. Había más pendencias, más silbidos fogosos y chillidos de mujeres, pero el holgorio terminaba pronto y las muchachas regresaban a casa descontentas. El bullicio no molestaba a los que permanecían en casa. Sólo en la escuela, la maestra, una jovencita recién llegada de la ciudad, se levantaba despavorida de la cama, revisaba las colanillas de las contraventanas, el pestillo de la puerta y lloraba. También Mokeija renegaba, suspiraba y rezaba en su isba. La aflicción y el dolor le quitaban el sueño. Volvía a estar sola. Se habían llevado a Vasili a la prisión, por sospecha, aunque el día de la muerte del ingeniero y toda aquella noche había permanecido en cama, quebrantado por la enfermedad. Le hubiera sido fácil demostrar su inculpabilidad, pero, con el susto, enredó las cosas. Quiso orientar las sospechas hacia Magara, y de sus palabras se dedujo que él había inducido a Magara al homicidio. Su situación empeoraba después de cada interrogatorio y llegó a ser desesperada. Se puso en duda la supuesta culpabilidad de Magara y Vasili murió en la prisión acusado de asesinato.

En Akgyrovka, unos creían y otros no que fuera Magara el autor del delito, pero nadie quería, para evitar más embrollos, que le echaran el guante. Ya habían tenido bastantes quebraderos de cabeza con los interrogatorios. Ahora el asunto estaba ventilado. Por lo visto, el ingeniero no tenía parientes. Sólo las autoridades buscaban al asesino. Con la muerte de Vasili no se volvió a hablar del sumario ni del juicio. No se hizo más que aumentar el número de guardianes en la obra. Los ingenieros temían salir de noche.

Virka fue puesta en libertad al poco y enviada a la aldea, donde se hallaría bajo vigilancia por carecer de documentos de identidad. Pero se decía que ahora estaba ya en posesión de ellos. Por supuesto, sus parientes no quisieron recogerla, pero tampoco ella lo deseaba. Se puso a trabajar en la construcción. En invierno, las obras se detenían en muchos puntos. Pero cerca de Akgyrovka se estaba abriendo un túnel. Virka vivía ahora en las barracas de los refugiados. Habíase entregado al desenfreno. Los días de fiesta estaba siempre bebida y mostraba una alegría agresiva. Las barracas formaban un poblado: en él bailaba, cantaba y se divertía con los mujiks o los obreros. Para asombro de todos rechazaba a los señores, aunque muchos se encapricharan de ella. El propio *zemski* se presentó y le propuso llevársela como cocinera. Virka no quería ni hablar con él, pero la llevaron por la fuerza a su presencia. Ella lo miró despectivamente, se alisó los cabellos enmarañados y dijo:

—Eres de los que mandan y tienes fuerza. Pero no te sirve conmigo. Nadie, señor mío, me pondrá freno porque no tengo miedo a nada. No me iré contigo. Es inútil que me amenaces.

Se lo espetó delante de tres mujiks y del suboficial de cosacos. El *zemski* se puso rojo como un tomate y, todo confuso, se tiraba de un botón de la casaca:

—¿Qué estupideces estás diciendo? Ni te amenazo ni te llevo por la fuerza. Necesito una buena cocinera y me hablaron de ti. Puedes ahorrarte esas... exclamaciones. Eres muy dueña de no venir. Creía que buscabas trabajo.

—Hasta que llegue al ataúd, me sobrará trabajo. No hay necesidad de venir a buscarme desde tan lejos: tienes mucha gente

a mano y bastará que la llames para que corra doblando la espalda. Tú no me llamas para la cocina, sino para la alcoba...

—¡Sal de aquí, necia! ¡Qué mujerzuela descarada! ¡Y ten cuidado, que si no...!

Contestó desde la puerta, sin enfado, casi como si reflexionara consigo misma:

—¿Cuidado de qué? Ahora no tengo ya miedo de nada: ni de la cárcel, ni de la miseria, ni de la muerte. Y puedo contar de ti cosas que no te darán buena fama. Si quiero encontraré los defensores que haga falta. Se ve que mi madre me parió azucarada y hasta los mandones de la ciudad se me pegan. No patallees, ya me voy.

El *zemski* se marchó enfurecido. La gente creía que había llegado el fin de Virka. Pero no sucedió nada. Aquel representante de la autoridad debió tenerle miedo o, quizá, la olvidara. Corría el rumor de que se consolaba con una joven doctora del hospital.

Se presentó otro señor que quería tomar a Virka de sirviente. Era jefe de los ingenieros de un lejano sector. De aspecto severo, mejor vestido que todos los demás, la cabeza en alto, ya canosa; mantenía de tal modo las manos que parecía temer manchárselas si se rozaba con los demás. Habló a Virka cariñosamente, deshaciéndose en cumplidos y sonriendo bajo el bigote.

Virka le dejó hablar. Luego le preguntó:

—¿Qué sueldo me propones?

—No sé qué decir. ¿Qué suma considera usted suficiente? Me han dicho que es usted una buena cocinera y, por lo demás, me parece que responde a mis necesidades. Me gusta la buena mesa y una doméstica limpia, sana y ordenada.

—Ya sé de qué va. Conozco a los señores y comprendo lo que usted necesita.

—Pues bien, me satisface que sea así. Yo no soy tacaño, le daré veinte rublos al mes. Naturalmente, con todo el mantenimiento. Sólo he de pedirle que se presente primero al médico; ya sabe usted, la sarna o cualquier otra infección...

—¿Y cuántos son en la familia?

—Estoy aquí sin la familia, solo. El trabajo no le será muy pesado.

—Sí, ya veo que no me pesará mucho... ¿Cuánto le pagaba a la otra cocinera?

—Tenía de cocinero a un prisionero de guerra. Bueno, no se preocupe, ya le he dicho que no soy avaro. A él le pagaba diez rublos, pero...

—Pero añade diez rublos para pagar mi cuerpo. Es lo que tiene ser mujer. Ahora que, nosotros, la gente baja, tenemos más decencia que los señores. La de ustedes es que no se ve...

—Perdone, no la entiendo...

—Tan instruido como parece y no me comprende. Tiene familia y llama a una mujer de la calle no por nada, claro, sólo para llevar una vida de santo. Pues a nosotros, la gente baja, la decencia no nos permite cerrar esos tratos ni empleando tales disimulos. Y eso es lo que me da náuseas. ¡Ay, cómo son los señores! Se revuelcan en la porquería poniendo cara de santo. Sólo pecan los pobres, vosotros hasta en el pecado os salváis. ¡Me están entrando ganas de partirme esa jeta lavada y relavada! ¡Te la voy a marcar para toda la vida! ¡Vas a ver lo que son mis caricias, vejestorio! ¿Que no grite? ¡Eh, mujeres, subid aquí! ¡Pronto, venir a ver cómo los señores...! ¡No corras! ¡Puedes reventar y dejarme tu pestilencia! Otra vez llama al pan, pan, y al vino, vino en vez de poner esa cara de oficial de la honradez.

Aquel señor contaba luego cómo tuvo que salvarse de una mujer demente y al contarlo casi perdía su empaque:

—¡Asombroso! ¡Era una loca de atar! ¡Y con erotomanía! ¡Asombroso! En un ambiente sencillo y una erotomanía tan refinada.

Virka iba poco a la aldea. Allí la evitaban. A una mujer como ella era mejor tenerla a distancia. Se podía acabar en manos del juez instructor. Si se cruzaban con ella en la calle pasaban de largo sin trabar conversación ni saludarla. Sólo Anisia, atrevida como ninguna y consumida por la curiosidad, fue a verla un día de fiesta a las barracas.

Había dos hileras de barracas parecidas a establos de ladrillos con unos míseros ventanucos a ras del suelo, entonces casi cubiertos de nieve. Era preciso quitarla si no querían pasarse el día en la oscuridad. Los tejados eran de vertiente muy inclinada y puntiagudos, como en las casitas que se hacen para los estor-

ninos. La gente dejaba en la calle trastos y cachivaches domésticos. No había dependencias para ellos. Un poco más allá emergía la estación del futuro apeadero, sin acabar de construir. Vacía, sus ventanas desnudas parecían mirar las madrigueras humanas y abrir ante ellas las fauces de su portal desguarnecido. Alrededor —sentados en los travesaños de madera— se apiñaban algunos refugiados y tres prisioneros de guerra, con extraños capotes cortos; un poco más allá, las mujeres. El día era tibio y la gente salía de sus tabucos a tomar el sol. Miraban a Anisia entornando los ojos para que no les molestara el resplandor de la nieve. Por el corro de mujeres pasó un murmullo.

—Buenos días, mujeres. ¿Dónde vive Virka, la de nuestra aldea?

Una joven refugiada, con un tocado extraño que daba a su cabeza aspecto de rueda, se llevó con melindre vergonzoso el pañuelo a su cara afilada:

—Busca por detrás de las barracas; donde hay baile y diversión está su casa.

Pero la mirada aguda de Anisia había descubierto ya a Virka junto a una distante barraca. Virka no oyó sus pasos; miraba los montones de nieve, la estepa, con el semblante severo, hondo el surco que separaba sus cejas. Parecía buscar con la mirada algo en aquellos montones de nieve y estar afligida por no encontrarlo. Llevaba un viejo abrigocho y un pañuelo a la cabeza, arrugado y sucio. Contestó a Anisia con voz huraña:

—¡Ah, buenos días, si así quieres! ¿A qué has venido?

—¡Pues sí que estás tú engreída! He venido a ver cómo lo pasas en la vida alegre. ¿Por qué vuelves la cabeza? Vengo a verte como amiga de siempre y tú me pones cara de vinagre. Otras escupen si alguien te menciona, mientras yo...

—¡Tú tienes poca saliva! ¿Me compadeces? ¿Qué quieres de mí, Anisia? ¿Verme para murmurar luego? Bueno, pues mírame. No es la primera vez. Soy como era.

—No, no eres la misma. Eres peor, por fuera y por dentro. Haces mal en portarte así conmigo. Se ve, hija mía, que tampoco aquí lo pasas bien. Ya podías vestir con más cuidado, ¿no? Antes, con toda tu pobreza, ibas vestida con más decencia.

—¿Y a quién le importa cómo visto yo? Además, como si tuviera mucho capital para emperifollarme. Lo que gano me basta para comer, y gracias.

—¿Ves lo que hace estar a mal con Dios? Le faltas, no rezas, no te arrepientes y Él te castiga. No tienes arrimo y ruedas de un lado a otro. ¡Ah, qué amarga es tu vida, mujer! Amarga de verdad. Creía que podía envidiarte, pero veo que te va mal.

—¿Y a ti te va bien? Todos viven mal, Anisia. Cada cual tiene su pena. Y los que dicen que viven bien sólo lo hacen para estar alegres, para no pensar en su vida, porque pensar les corroe. Como te pasa a ti.

—¿Que yo vivo mal? Gracias a Dios, con holgura y en mi casa. Ya sé que sin lágrimas y sin quebrantos no vive nadie. Puede ser que los señores; nosotros, no. De mí puedo decir que vivo bien.

—Los señores están hechos de la misma pasta que nosotros. De carne de hombre y de mujer. También ellos tienen la sangre inquieta. Lloran y se ponen enfermos como nosotros. Sólo que como tienen muchas provisiones viven en la hartura. Lloran, pero por naderías. En su lugar nosotros no lloraríamos.

—¿Sabes qué pienso de ti, Virka? Que no tienes nada de tonta, pero que vives como una tonta. Hablas de los señores... ¿Y qué? En la aldea se murmura que te gusta divertirte. Si al menos lo hicieras con cálculo y te procurases un bienestar... Pongamos que vivieras con un señor de ésos. Ahí tienes a Motka, la de Románovka, que se fue a la ciudad, vive en una casa de ésas, tiene vestidos de seda y una sortija de oro. Se vino a pasar unos días en el pueblo y hay que ver cómo presumía. Y tú ya ves también a las de aquí que viven con los ingenieros. Que si zapatos, que si vestidos... ¡Envidia dan! Y tú... ¡Lástima da de verte! Si te has metido en esa vida, por lo menos sácale provecho. Los señores te buscan.

—¿Y por qué te acuestas tú con el austríaco sólo porque te gusta? También deberías sacar algún provecho...

—¡Pues sí que es una comparación! Yo tengo una casa, algo. Canto y bailo en la calle, pero no voy a la era con el primero que llega. ¡El austríaco! Es mi único pecado. Por lo demás, mujer

legítima, madre de mis hijos y dueña de mi casa. De mí podrán decir que soy alegre, pero nadie dirá que soy una ramera.

—Lo dicen. Y tú lo has oído.

—Si lo dicen es por rabia, pero soy siempre para todo el mundo la mujer de mi marido, me llaman por su nombre, y soy igual que las demás mujeres. Pecaré o no, pero nadie me ha visto pecar. Lo que te conté yo misma puede que te lo dijera por divertirme. ¿Lo podrías demostrar? Lo tuyo es otra cosa: todo a la luz del día. Con Vasili, con el ingeniero, con éstos de aquí, ahora. Aunque no quisieran verlo, lo ven todos. En toda la aldea eres la única en vivir así. Y si tienes tan mala fama, al menos no la regales, que te den algo por ella. Con todo lo que eres, la gente te miraría de otro modo si tuvieras dinero, vistieras bien y pusieras tu casa. A tus espaldas te dirán pelandusca, pero cara a cara te llamarán Avímovna. Sí, Virka, sí. No tienes razón en mirarme con malos ojos. Por tu bien te lo digo. Otra no te hablaría así, pero yo tengo buen corazón. No quiero el mal para nadie.

—¡Déjame en paz con tu buen corazón, Anisia! No me compezcas ni me des consejos. Vete a tu casa, vive a tu gusto y no me sermonees.

—¡Ay, tú serás siempre una desgraciada! ¡Te lo digo yo! Tienes más pinchos que un cardo. Estás creída de que vuelas muy alto y picoteas en las boñigas. ¡Espera, espera! Aún he de decirle unas palabras.

—¿Más todavía? Se conoce que tienes muchas y tan falsas como tu buen corazón. ¿Qué quieres?

—¿Por qué rechazas con tanta rabia a los señores? No te comprendo. Tampoco te gusta ninguno de la aldea. ¿Es que ahora estás penando por Vasili el canijo o es que aquel señor te afrentó de tal modo que aún te duele?

Virka miró a los ojos curiosos de Anisia, torció la boca y gritó con voz rabiosa y desgarrada:

—¡Vete, charlatana descarada! ¡Como si tuviera que confesarme contigo! ¡Voy con quien me da la gana! ¡Lárgate y olvida el camino de mi casa! ¡Antes te quería, ahora no quiero a nadie! ¡Si reventaseis todos los de Akgyrovka, me alegraría!

Dio media vuelta y desapareció en la barraca. Pasó todo el día echada de bruces sobre los andrajos de su rincón. La refugiada que compartía el cuartucho con ella estuvo observándola largo rato. Luego le preguntó asombrada:

—¿Cuándo has bebido tanto? No te he visto salir.

Sin esperar la contestación escupió y se fue a la calle. Se quedó sola Virka con los tres hijos de la refugiada, que se calentaban encima del horno. Cuando Virka se levantó, Gruñka, una niña de ocho años, le preguntó:

—¿Se te ha pasado ya, tía Virka? ¿Vas a salir? Mamá ha dicho que el herrero ronda la barraca oliendo si tú estás aquí. Qué gracioso, eso de que huela.

Y soltó una sonora risa infantil.

Virka suspiró y dijo con voz cansada:

—No escuches, Gruñka, lo que dicen las mayores. No me lo cuentes. Eres demasiado pequeña para ensuciarte con sus indecencias. Hacedme un sitio ahí, quiero calentarme con vosotros. Vivimos en un palacio escondido del sol y abierto a todos los vientos.

Gruñka apoyó la mejilla en una mano y dijo, con aire de persona mayor, palabras escuchadas poco antes:

—Hoy es un día de sol, como en primavera, caliente, alegre...

Y ya con su tono vivaz:

—¿No sales hoy? En la otra fiesta cantaste cosas muy divertidas. ¡Estabas tan mareada!

Volvió a reír alegremente y con ella sus dos hermanitos menores. El semblante de Virka se oscureció, se dilataron sus ojos plenos de ternura. Acarició la cabeza de la niña. El chiquillo más pequeño, vencido por el sueño, se apoyó en la espalda de Virka respirando armoniosamente. Virka temía moverse, no quería despertar al pequeñuelo que se reclinaba confiadamente en ella. Susurró:

—Gruñka, ¿sabes el cuento de la cuna de oro?

—¡Ay, no, tía Virka, cuéntalo!

Se acercó también el niño mayor. Su corazón se estremeció de amarga ternura. Acariciaba a los niños con mirada sedienta de amor, mientras les contaba con voz limpia, cantarina:

—...estaba triste, lloraba a escondidas y se secaba las lágrimas con la manga, y entonces le preguntaron...

Aquella noche, Virka no salió a la calle. Se acostó temprano sobre los andrajos y se revolvió largamente sin poder dormirse.

VIII

La nieve de la estepa, prieta aún, respiraba frío y blancura. En la aldea y en las barracas, sus montones eran todavía compactos delante de las ventanas. Pero la mirada del sol sobre la tierra era cada día más insistente y tibia. Del mediodía comenzaba a soplar un viento anheloso que barría la nieve. La algarabía de los gorriones se hacía más gozosa. En los establos, el ganado se removía impaciente y alzaba la voz. El hombre salía con más agrado de la vivienda. A menudo dirigía la mirada al cielo en busca de un trazo azul entre el gris de las nubes hinchadas.

El día de la Candelaria amaneció soleado y risueño. Pocos se quedaron en casa ni siquiera para descansar después de la temprana comida. La gente se echó a la calle. Pero ya antes del mediodía pasó por Akgyrovka una calesa tirada por dos escuálidos caballos del *zemstvo*. Sonó la campanilla y el carruaje se detuvo delante de la oficina de la comunidad. El pueblo se alarmó. El *stárosta* se levantó gruñendo del poyo de la isba.

—Será algún correo del *zemstvo* o algún personaje de allí. Habrá que reunir otra vez al pueblo. Con tanta visita no le dejan a uno respirar.

Sacudió con gesto de enfado la nieve adherida a la pelliza y se encaminó hacia la oficina. Poco después, los chiquillos corrían bajo las ventanas, golpeaban en los cristales y gritaban agudamente:

—¡Tío Silanti, que vaya a la junta...!

—¡Tía Matriona, manda a tus hombres a la junta, en la escuela! ¡Y tú también! ¡Las mujeres también tienen que ir!

—¡Todos a la escuela! ¡Han venido a hablarnos!

Incluso en la puerta de Mokeija gritó un arrapiezo envuelto en la desgarrada chaqueta de la madre:

—¡Abuela! ¡Que vayas a la junta! ¡Han ordenado que vayan también las mujeres! ¡Todas las viejas a la reunión!

—¡Qué susto me has dado, maldito! ¿Ha venido otro?

—¡Sí, ya te digo! Dirá algo de la guerra, puede ser que enseñen cromos. ¡Corre a la escuela, abuela!

—Volando voy, tonto. Con lo que me interesan los cromos y lo que diga la gente ésa de la ciudad. ¡Cierra la puerta, que entra frío! Te voy a dar un pescozón si no te vas.

Pero también se vistió para ir a la escuela. Hacia allí iban todos renegando, como a desgana. Acabó por congregarse mucha gente. Después de todo, era como una fiesta, algo se podría ver y oír. Llegaron los adeptos de la vieja fe, llegaron los desarrapados de las barracas. Virineya se hizo paso hasta una ventana sin mirar a nadie.

La gente pateaba, maldecía al representante del *zemstvo* que se entretenía en casa del *stárosta*. Pero todo sin acaloramiento, con cierta calma. Estaban acostumbrados ya a las llegadas imprevistas de las autoridades. Al principio de la guerra sólo iban a los pueblos principales. Ahora ponían más celo, y no era raro verlas en aldeas como Akgyrovka.

Sólo el viejo Fedot mascullaba agrios reproches:

—¡Cuántos hay ahora para mandar! ¡Qué desgracia! Los hay de todas las clases y uno no llega a distinguirlos. Antes no teníamos más que al alguacil y al *zemski*. Gente dura, pero de pocas palabras. Ahora hay que ver lo que a ese jefe del *zemstvo* le gusta hablar... Y para cada cosa hay uno. El agrónomo, pongamos, el veterinario, el que viene por las viruelas... Y el mujik tiene que traerlos y llevarlos a todos, contentarlos a todos... Cada día se pasma uno más y ya no se entiende para qué los han puesto a mandar. Unos te leen de no se sabe qué libros, otros te hablan de la guerra, y también mandan. Ni respirar puede uno sin jefe. Se ve que con la guerra a todos les ha entrado el gusto de mandar, y todos los jefes se han hecho más instruidos.

Se apoyaba en el cayado moviendo la cabeza. Se abstraía en el recuerdo del pasado que, por serlo, le parecía ahora pacífico. Sus ojos fatigados vivían en la calma. Enturbiados por la vejez

no buscaban nuevas visiones. Ya habían visto lo bueno y lo malo que la vida les había deparado y ahora dormían en mortecina quietud. Pero el corazón se agitaba aún, se agitaría mientras no se le enfriara totalmente la sangre en las venas. El viejo hubiera querido salvarse y salvar a todos los demás de las nuevas preocupaciones. Y cuando se presentó en la escuela el recién llegado, un hombre flaco con un chufu despeinado sobre la frente arrugada, Fedot lo escuchaba sólo con una oreja y seguía pensando por su cuenta y suspirando profundamente. Antes la vida era más sencilla en aquella comarca. Se vivía lejos de la ciudad, de los que mandaban, del zar. Les separaban de ellos los montes, los barrancos, las torrenteras sin puentes, los bosques bajos, pero tupidos, intrincadas verstras de estepa. Sólo el alguacil y el *zemski* se atrevían a desafiar, en contados viajes, los penosos barrizales de los caminos en verano y la furia de las súbitas ventiscas en invierno. Aquel pueblo de diversas razas e idiomas no conocía más que autoridades subalternas: el síndico, el suboficial de cosacos y el escribano del distrito. Bien es verdad que la insignificancia de sus cargos se compensaba con la brutalidad con que los ejercían. Y hasta los desenfadados bashkires recordaban bien en qué fechas debían llevar sus presentes al distrito y el mordviano enfermo de los ojos reconocía de lejos al escribano. No era menos puntual el impresionante y barbiluengo adepto de la vieja fe en la entrega de las gabelas. E incluso en su propia isba permitía fumar a la autoridad del distrito, aunque el humo del tabaco era tan repugnante a su olfato. Se limitaba a manifestar su descontento mirando obstinada y enfadadamente a un rincón. Así se entendía el ejercicio del poder. La autoridad no buscaba el bien del mujik, sino la sujeción del mujik. Pero esta sujeción, como vieja y usada collera, era ya usual. Ahora que el zar había querido guerrear, su mano llegaba a todos los confines, se llevaba a los mujiks y un revoltijo inusitado lo confundía todo. Y para esta confusión eran muchos a mandar. No dejaban vivir con tanta reunión y tanta junta. Molestaban más que el alguacil. Éste le largaba un guantazo al mujik, recibía luego —en compensación de su celo— un obsequio del campesino, espoleaba al caballo y si te he visto no me acuerdo. El mujik echaría de menos una muela o quedaría aturdido por el gol-

pe. Eso era todo. A éstos de ahora, además de untarles el carro, tenían que aguantarles las soflamas. Como ése que les hablaba de la guerra y quería convencerles de que era preciso continuarla. ¡Qué fogoso se ponía contando las penalidades de Serbia o Bélgica! Como si las propias no bastaran. ¡Y qué parrafadas tan redondas le salían! ¡Ay, Señor, Señor! Has creado muchos pueblos, pero te has quedado corto en darles tierras. Todos se pelean. Un zar le echa la zarpa a las tierras de otro. Las mortandades diezman al pueblo —Fedot recordaba tres grandes epidemias— y aun con eso no hay tierra para todos. También en las guerras había sido grande la matanza de mujiks. Comenzando por su distrito: sería imposible recordar la lista de muertos y heridos, y de desaparecidos que nadie contaba. ¡Y ése del chufo canta ahora la valentía del soldado ruso! Sí, valientes, muy valientes, pero cuidado que no se cansen de ser valientes. El padrecito zar debería sentir piedad, tratar de que volviera la concordia. No, el del chufo no dice nada de la paz.

Como en respuesta a las cavilaciones del anciano, una áspera voz femenina interrumpió al orador:

—¡Nos han contado ya muchas veces cómo maltratan a nuestros prisioneros en Alemania! ¡Hasta estampas nos enseñaban de lo difícil que es! ¿Y es que no se piensa en ponerlos en libertad?

El orador, interrumpido en el momento culminante de su discurso, calló y miró desconcertado a la multitud. Se recuperó enseguida para replicar con voz cordial:

—Bueno, ahora mismo... ¿Quién ha preguntado? Contesto enseguida. Una mujer pregunta, sí, ¡con dolor en el corazón! La mujer, esposa y madre, carga con el peso mayor de nuestra santa guerra. Mas cuando la guerra es necesaria para la defensa...

Se había alterado el auditorio. La pregunta de Virka reavivaba viejas penas. Un rumor sordo de conversaciones, quizá un suspiro común de enfado recorrió la escuela. Fedot se acercó al orador y le interrumpió con voz afectuosa:

—¡Tiene pocos alcances esa mujer, pero su pregunta viene muy a cuento, excelencia! Ocurre a veces que un niño o una mujer suelta una palabra, por ignorancia, y resulta ser la nece-

saría. No se irrite, excelencia. Al mujik le gustaría saber si se habla de paz. ¿No se dice nada de eso en la ciudad?

La multitud, entre la confusión de voces, cercó al orador:

—¿No habrá, por lo menos, un alto?

—Han matado a mi hijo mayor, el Mitka. Ahora, otra carta me comunica que Vaska está gravemente herido. Las cosas se están poniendo muy mal...

—Oiga, no sé cómo llamarle, señor, ¿dónde hay que hacer esta petición? En el distrito me retienen el subsidio y mi marido está impedido. Así ha vuelto de la guerra. No mueve ni los brazos ni las piernas.

Una mujer flaca, amarilla, con un enorme vientre, avanzó hacia el orador. Preguntaba con tristeza:

—Cuando mi hombre vino con licencia me escribió las señas: ejército de operaciones, regimiento doscientos siete. Ahora, Grishka, picado de viruela, que ha vuelto de allí, dice que mi marido no está en ese regimiento... ¿Dónde tengo que escribir? Lo he preguntado en muchas partes. ¿Qué he de hacer? ¿Me lo dice, señor?

El rumor crecía, inquietante, angustioso. El orador no podía ya captar algunas preguntas. Oía el desorden de las palabras sueltas: «paz», «subsidio», «una ciudad alemana, no sé cómo se llama», «un paquete para los prisioneros, las señas», «envié a Vañka galletas y no las ha recibido».

A nadie le importaban las victorias, las derrotas, la marcha del conflicto, la eficacia del ejército, su potencia. Todos se interesaban por lo particular. Cada cual, por aquello que le afectaba. Por ellos, el ejército se dividía en soldados, que se llamaban concretamente Dmitri, Iván o Vasili. Su cabeza no concebía el conjunto, el todo. La guerra, el ejército, las victorias, las retiradas concernían a los jefes y al zar. A ellos, la muerte de Vañka, las heridas de Petka y la urgencia de terminar la matanza. Eso era lo suyo, la sangre de sus venas entregada a la guerra, el sacrificio del que llevaban cuenta aparte.

El orador estaba desconcertado. El ambiente era completamente distinto en la ciudad, donde se comprendía la necesidad de continuar la guerra hasta la victoria final. En la aldea repetían estúpidamente: «paz, paz»; no veían más desgarrones

que los de sus camisas. ¡Para qué diablos habría ido a aquella aldea! Ya le habían advertido que los mordvianos... y, por lo demás, los salvajes... Se enjugó la cara, sudada y roja, mientras pedía turbado:

—Un poco de paciencia, no puedo contestar a todos a la vez. La patria gime bajo el peso de la guerra, pero...

No sabía qué hacer para disolver la reunión y ganar la puerta. La voz estridente de Anisia le gritaba en la oreja:

—¿Por qué los zares no salen a pelear uno contra otro? El que ganara sería nuestro zar. A nosotros nos da igual uno que otro...

Se espantó. ¡Las cosas que tenía que oír! Se había metido en un lío. Si la superioridad se enteraba lo pasaría mal.

—¡Calma, calma! ¡*Stárosta!* ¿Dónde está ese hombre? ¡Hay que apaciguar a la gente!

En lugar del *stárosta* acudió en su ayuda Anísim Kozhemiakin, un tipo fuerte, de espaldas anchas y voz potente:

—¡A ver si os calláis, viejos! ¡Basta de gritar! ¡Si fueran las mujeres solas, pero mira que armar este barullo los hombres! Dejad que el señor termine lo que ha de contar.

La multitud, acostumbrada a ceder ante una voz autoritaria, obedeció.

—¡Callad, no empujéis ahí detrás!

—¡No grites así, hombre!

—¡Espera, cierra la boca!

—¡Yo no quería más que preguntarle al señor...!

—¡Bueno, dispense, excelencia! Nosotros somos gente ignorante...

El rumor de las preguntas francas y de protesta apasionada se apagó en un rezongar descendente.

Pasando las manos por el faldón de su chaqueta de los domingos Anísim Kozhemiakin terminó aleccionado:

—Para nadie la guerra es un dulce, eso está claro. Pero, ¿qué se le va a hacer? Hay que sacrificarse y vencer al enemigo. Están de sobra esas preguntas de cuándo se acabará la guerra y cuándo se hará la paz. Ya nos lo dirán. El mujik ha venido al mundo para trabajar la tierra y combatir en la guerra. Hay que rezar a Dios, hacer ofrendas al ejército y hablar menos.

Alentado por él, el orador terminó en medio de un silencio sumiso:

—Grandes son los padecimientos de nuestros soldados, mas nada puede doblegar el heroico espíritu del ejército. La victoria está próxima.

Cuando se fue, la gente volvió a discutir dentro y fuera de la escuela. Virka, indignada, decía a los refugiados camino de las barracas:

—Ha hablado por los codos, pero no ha dicho ni una palabra de nuestra miseria. ¡Y no le preguntes! ¡Habría que darle una paliza, para que aprendiera! Al menos, si no conoce las balas sabría lo que son los puños. Seguro que no ha olido ni de lejos las trincheras.

Una corta risa hizo volverse a las cuatro mujeres. Un mujik alto, vestido de soldado, con el mentón raso y los bigotes rubios preguntó a Virka sonriendo amistosamente:

—¿Y tú has estado en las trincheras? ¿Qué sabes de ellas? A lo mejor no se está allí tan mal.

—Para uno como tú, que a buen seguro no ha estado, puede ser. ¡Mira qué jeta pelada! Se conoce que te has librado de las trincheras en algún taller o sirviendo en la ciudad. ¿Quién eres? Veo por primera vez tu catadura antipática. No pareces de nuestro pueblo. ¿Quién te ha dado vela en este entierro?

—¡Pues sí que eres tú envirotada y faltona! Pero con la cabeza hueca. Ya te he visto armar gresca en la escuela. ¿Para qué? Ese chisgarabís no pinta nada.

—Pues si es así que cierre la boca. ¿Para qué vienen a molestar y a escupir al mujik? Si yo pudiera...

—Si tú pudieras te pondrías a mandar, ¿no? Oye, yo tampoco te conozco a ti. Ésas no son de la aldea, pero tú pareces de aquí...

—¡Déjanos en paz y sigue tu camino! ¡No quieras meter baza en lo que no te importa! ¡A mí no me gustan los presumidos como tú! Mientras unos padecen en la guerra, otros como tú se salvan aquí, bien arropados. ¡Uf! Habría que molerte a palos, como al charlatán ese...

El soldado torció por un callejón, riéndose. Virka continuó todo el camino maldiciéndole a él y al orador. Las refugiadas,

con la cabeza baja, iban en inusitado silencio. Su preocupación era otra: ¿cuándo comenzaría el retorno a sus tierras?

Por la tarde, el soldado se presentó en las barracas. Virka bailaba y se abrazaba al herrero de Akgyrovka, hombre de mala fama. El soldado echó una ojeada y se fue. Virka perdió la alegría en el acto. Rechazo al herrero:

—¡Aparta ya, cerdo pelirrojo! ¡No haces más que sobar! ¡Estoy harta! Tu mujer está coja y no puede contigo, si no te habría partido ya la cara por buscar a otras mujeres. ¡Ojos de buey!

El herrero sacaba aún más los ojos:

—¡Pero si tú misma querías...!

—Si quería, ahora no quiero. ¡Mira cuántos amigos hay de levantar las faldas ligeras! ¡No te arrimes más a mí, pelirrojo! Búscate otra.

Lo apartó de un puñetazo en el mentón, se liberó del abrazo y se fue a la barraca. Allí encontró a Anisia que, pese a la hora tardía, estaba esperándola. Tenía los ojos hinchados de llorar y la cara estirada.

—Iba ya a buscarte al baile... Pero no tengo hoy el corazón para ver alegrías.

Se detuvo. Virka la miraba con animadversión y le preguntó agriamente:

—¿Por qué lloriqueas? ¿Una paliza de tu galán?

—¡Ay, no me lo nombres, no me atormentes! ¡Qué desgracia tan grande la mía, Virka! Mi marido está herido de gravedad. Me manda decir que vaya a buscarlo al hospital, en la ciudad.

—¡A qué ciudad? ¿Cómo lo sabes?

—Ha vuelto Pável Súslov y me lo ha dicho. Cuenta que estaban juntos en el hospital de Moscú. Pável se ha curado, no se le nota nada, pero mi Silanti está acabándose. Lo mandan para casa a morir. Pável ha venido solo, pero a Silanti hay que ir a buscarlo con el carro. Manda que vaya yo. ¡Ay, pobre corazón mío! ¡Cuánto lo he esperado, cuánto he rezado! Y puede ser que no llegue ni para cerrarle los ojos...

Un sollozo le truncó las palabras en la garganta. Pero se secó las lágrimas rápidamente, sofocó el llanto y soltó la tarabilla:

—Mañana, a primera hora, tengo que partir. ¿A quién dejaré el cuidado de la isba, de todo lo que hay que hacer? ¿Y a quién

confiaré los chiquillos? Una vaca está enferma, hay que estar en todo. Virka, he venido a pedirte que te hagas cargo de la casa. Sé que en la vía trabajas a jornal.

—Ahora no tengo ni trabajo. Y me tiran de la barraca. Hay poca faena, y no quieren mujeres. Se dice que este año no terminan la vía. Faltan medios, por culpa de la guerra.

—¡Sí, ya lo sabía! No lo he querido decir, pero sabía que no tienes dónde ir.

—Me llaman a servir en una taberna...

—¡Hazme este favor, por amor de Cristo! Tú conoces mi casa, y aunque estás mal de la cabeza te das buena maña en el trabajo. En medio de mi desgracia, no me deja tranquila la preocupación de la casa. Toma tú las riendas...

—Los hombres irán por allí a alborotar. Por culpa mía son capaces de romperte los cristales.

—Pediré ayuda a los vecinos y echarán un vistazo. Lo primero es la vaca enferma, y tú tienes mano con el ganado. Procura desenfadar a tu herrero, si es que no tienes otro ahora, con un par de caricias y mirará por ti.

Virka sonrió:

—¡Basta, mujer, no me des lecciones! Ya me las arreglaré yo. Bueno, mañana al amanecer me planto en tu casa, ya que están así las cosas.

—No, no, vente ahora conmigo. Vente, querida. No sabes qué peso tengo en el corazón. Pasaremos por casa de Pável para que me explique bien cómo se va a ese hospital. Venga, recoge tus cosas y vamos.

—¿Qué quieres que recoja? No tengo que llenar baúles. Todo lo mío lo llevo puesto. ¡Eh, Uliana, que me voy a la aldea! ¡Mañana no iré contigo a trabajar!

Caminaban deprisa. Anisia lloraba, se secaba las lágrimas, suspiraba y, al mismo tiempo, daba minuciosas disposiciones a Virka sobre lo que debía hacer en la isba. Dos casas más allá de su isba, Anisia se metió en un corral ajeno.

—Yo iré a preguntar a Pável y tú vete para casa. Tengo a los críos solos. Estarán llorando. Al austríaco lo he despachado hoy.

Virka la siguió con la mirada y de pronto recordó: aquel soldado debía ser Pável Súslov. Lo había visto raras veces y hacía

mucho tiempo, por eso no lo reconoció. Estaba sirviendo al zar cuando comenzó la guerra. Cuatro años de servicio y tres, bien cumplidos, de guerra. Hacía, pues, siete años que no estaba en la aldea. Sí, era él. Su mujer había muerto aquel verano. Los chiquillos quedaron solos en la isba, esperando al padre. ¡Uno de la aldea, pobre donde los había, y qué aires se daba! Pensó con inesperada rabia: «De todos modos, seguro que no ha estado en el frente. ¡Quién sabe dónde le habrán herido! Muy pagado de sí mismo está».

IX

Había transcurrido casi una semana. Anisia no había vuelto de la ciudad. Virineya atendía sola todo el quehacer de la casa. Al fin de la jornada se sentía agotada. Le pesaban las piernas y le dolía la espalda. Pero se dormía satisfecha: se sentía madre, aunque fuera de hijos ajenos, y cumplía el trabajo habitual de la mujer campesina, aunque fuera en casa ajena. Las primeras noches, algunos muchachos fueron a escandalizar frente a la isba. Con palabras obscenas le gritaban que saliera. De una pedrada rompieron el cristal de una ventana. A la noche siguiente, Pável Súslov se presentó allí, pero no para defender a Virka, sino a Anisia:

—¿Qué venís a hacer aquí, canallas? ¿A emporcar la casa de uno que ha padecido en la guerra y se está muriendo ahora? ¡Ya os llamaré yo ante la junta, y veréis cómo os escarmientan en el distrito! ¿Qué? ¡A mí me harán caso! Mientras tú, pecoso, has estado aquí divirtiéndote con las chicas, Silanti y yo abríamos los ojos cada día pensando que era el último. Mucho cuidado con hacer porquerías aquí. Si queréis a esa mujer, buscadla en la calle, pero no en esta casa. Por Silanti, sin acudir al distrito, sabremos meteros en cintura otros soldados y yo.

Se alejaron vomitando las palabras más soeces de su repertorio, pero no volvieron ya a molestar. Al herrero fue la propia Virka la que le despidió. Una noche alborotó delante de la isba de Anisia y Virka fue a buscarlo al día siguiente por la mañana. Delante de todos, en voz alta y dura, le dijo:

—Soy una perdida, Nefed, y cualquier persona de bien tiene derecho a avergonzarme allá donde me encuentre: a escupirme en mis ojos desvergonzados y a insultarme con las peores palabras. A una persona de bien se lo perdonaré todo, cualquier ofensa, y hasta me retiraré inclinándome. Pero personas de bien hay pocas. La mayoría son canallas, rijosos y malvados. No tienen, pues, nada que esperar de mí. Mientras he querido acostarme contigo me he acostado. Ahora no quiero ver ni tu sombra. ¡Y no me molestes más! ¡Te clavaré los dientes en la garganta, si no! ¡Con las uñas te sacaré los ojos! No tengo miedo a la muerte y sabré apartarte de mí. ¡Más vale que te vayas por las buenas! Te lo advierto: duermo con el hacha a mano y sé manejarla. Yo no soy de las que se achican. Que sean testigos todos los presentes. Cumpliré lo que he dicho.

Tenía los ojos encendidos en una llama de oro, pálidos el semblante y los labios. El herrero que, al verla, había puesto cara satisfecha, se echaba hacia atrás. Nunca se había oído a una mujer decir tales palabras a un hombre, delante de todos, sin miedo a nada. Nefed era grande y forzudo, pero apocado de ánimo. Se envalentonaba con los débiles y se acoquinaba ante los fuertes. Escupió al suelo y gruñó:

—¡Mucha falta que me haces! ¡Fuiste tú la que viniste a buscarme, desvergonzada! ¡Lárgate antes de que te sienta la mano!

—Ya me voy, pero acuérdate de lo que te he dicho.

—¡Vete o esto acaba mal! ¡Es ella la que busca a los hombres y ahora viene con ésas! Borracho estaría si pequé contigo, así es que se me ha olvidado. ¡Ea, fuera de aquí!

Virka sacudió la cabeza y se fue. Los hombres gritaban:

—¡No hay que dejar escapar a esa víbora!

—¡Habría que darle una paliza, para que no venga más con amenazas! ¡La mala pécora!

—Antes, a las mujeres de su ralea las quebraban a palos y, luego, las ataban desnudas a una cruz en el cementerio. Para que se murieran de vergüenza.

—¡Con tanto rezo a la antigua, y qué malas crías les han salido a éstos de la vieja fe!

—En todo el distrito no encontrarás otro canalla igual, aunque lo busques con candil.

Mas la temeridad de Virka, ese valor que nace en el que ni siquiera tiene ya apego a la vida, sugestionaba a los demás, desarmaba a los hombres suscitando en ellos un sentimiento mezclado de temor y admiración. Nadie la molestó más. Y ella dejó de salir por las noches a la calle.

Una vez se encontró con Pável en el río. Había sacado agua por el agujero practicado en el hielo y él se dirigía al mismo lugar. Virka lo miró con indiferencia y pasó de largo.

—Espera, quiero preguntarte algo.

Virka se detuvo sin interés:

—Bueno, ¿de qué se trata?

Alejada aquellos días de las barracas, de los escándalos, de las injurias y las furiosas borracheras, unos días de trabajo para el que se juzgaba nacida, Virka había dejado de pensar en los hombres y había olvidado incluso a Pável. Por esta razón le contestó sin aspereza, sin saludarle y sin mostrarse provocativa.

—¿Qué piensas hacer cuando vuelva Anisia? ¿Volver a las barracas?

—No tengo un puesto comprado allí. Ha terminado el trabajo. Quizás me ponga a servir en las obras donde trabajan los señores. O que vaya a la ciudad. Tengo la documentación en regla. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿No vendrías a vivir en mi isba?

Virka lo miró a los ojos, claros y tranquilos.

—¿Es que no puedes encontrar una buena mujer? Deberías casarte. Tienes hijos y casa que atender.

—Si encuentro una que me convenga, me casaré. En cuanto a la casa, no da mucho trabajo. Un caballo y una vaca. Mientras no estaba yo, los vecinos les daban el pienso. Ahora lo he pagado ya y he recogido los animales. Es todo lo que tengo.

—Pues entre tú y tu hija os bastáis. No tienes bastante para pagar un jornal.

—Falta una mujer en casa. Cuando me case será otro cantar.

—Tu hija es ya casi una mujer. Tendrá ya doce años, ¿no? Una como ella puede hacer mucho en la casa.

—La voy a mandar a la ciudad, a casa de su tía. Quiero que vaya a la escuela. Quedarán solos los dos pequeños.

—Sí, que eres tú rumboso. ¿Has conseguido mucho dinero? ¡Una chica a la escuela! Si fuera un chico, valdría la pena. Pero a las chicas no les sirve de nada. De todos modos, terminan ca-sándose y quien manda es el marido.

—Yo hago las cosas como a mí me parece. Tú habla por ti. ¿No quieres venir? ¿Prefieres una vida de corretona?

Virka frunció las cejas.

—No me atrae lo poco que me puedes dar. Conozco la vida y sé que si me llamas no será sólo para el trabajo de día. Querrás que te contente también de noche. En cuanto a lo de divertirme, lo hago cuando quiero y me gusta. No me vendo por un trozo de pan ni por regalos. Busca a otra.

Se acomodó en los hombros el balancín de los cubos y se puso en camino.

—¡Espera!

—¿Qué más quieres?

Pável aguardó un momento, la miró y luego dijo con tono sencillo, afectuoso:

—Haces mal, mujer, en elegir siempre lo peor para ti. Si se presenta algo bueno, para los demás. Prefieres tirarte de cabeza a la barranca. Lo sé todo de ti. No quiero hablar mucho y te diré que tienes buena fibra para el trabajo y aún no te has agotado. Vive, pues, y trabaja en lo que te está destinado. No soy un señor ni un negociante y no te mantendré por el gusto de verte. Tu trabajo te dará de comer y comerás lo que yo consiga con estas manos. En cuanto a la noche, no lo niego. Yo soy joven aún, tú también, y si vivimos juntos, ¿no vamos a tener ganas? Una cosa te aseguro: por la fuerza no será. Si tú no quieres te dejaré en paz. Pero, te lo advierto, mientras estés en mi casa, no quiero que te entiendas con otros. Vivirás sin conocer hombre, por tu salvación. Te lo repito, yo no te obligaré.

—El pecado propio no huele y el ajeno, apesta.

—Así será. No puedo admitir otra cosa. Si no puedes resistir esa vida, podrás irte, no estarás atada. Mientras tanto tendrás un poco de sosiego. No me puedo arreglar sin una mujer en casa. He visto que eres cariñosa con los críos. No digas que no por un repente. Piénsatelo hoy y me contestas mañana.

Virka movió la cabeza y dijo en voz baja:

—La gente se reirá de ti. Se ha hablado mucho de mí y nada bueno.

—La culpable eres tú, por hablar demasiado. Vive quieta y los demás no te molestarán. Cuando te miro pienso que lo que has aireado por ahí es peor que lo que has hecho. ¿Tantos hombres has tenido?

—Eso no. Hice que la gente me viera, para que rabiase, con un refugiado, pero no me enredé con él. Lo del herrero sí es verdad. Luego he dado muchos escándalos: me han visto todos bebida en la calle, he armado grescas con los hombres. Bueno, preguntas como un pope, ¿quieres que me confiese o qué? ¡Uf! Y yo me dejo conmover, como una tonta. ¡Vete ya, rijoso! Quieres lo mismo que los demás y lo disimulas con buenas palabras. ¡Uf, qué asco! ¡Sal de mi vista, maldito canalla, más que canalla!

Subió a toda prisa la cuesta del río. No sentía la pesadez de los cubos llenos. El corazón le daba golpes en el pecho y las lágrimas le velaron los ojos.

Aquella noche también lloró.

Anisia regresó pálida e insólitamente taciturna. Desenganchó el caballo en el corral, entró las compras, preguntó a Virka por las labores de la casa. Después se sentó junto a la mesa y llamó a los niños. Los abrazaba y acariciaba, mientras declamaba conforme a los usos de las plañideras:

—¡Hijos míos, pobres huérfanos! ¿En qué regazo os abandonó vuestro padre, Silanti Pajómovich, luz de nuestros ojos? ¡Oooh, no pensaba, no esperaba que la noche oscura acongojara nuestros corazones! ¡Blanco palomo, deseado, halcón mío, amado esposo Silanti Pajómovich! Mis pobres piernas saben andar, mis tristes ojos saben ver, pero no me llevarán a ti ni harán que te vea ya, y nunca tendrán sosiego. ¡Has abandonado a tu esposa, has abandonado a los hijos de tu sangre, te has ido para no volver! ¡Yaces en la tierra madre, en la tierra húmeda, lejos de aquí, en un remoto camposanto! Yaces en honda fosa, cubierto de tierra, acerrojado por la cruz. No te alzarás ya, no mirarás, no nos llamarás, ni gozaremos ya de tus caricias. Están inmóviles tus fuertes piernas, tus manos no trabajarán ya, tus claros ojos dejaron de mirar al mundo. ¡Oh, qué angustia, qué angustia la mía, no quiero nada del mundo! ¡Cubridme las ma-

nos blancas con el sudario, cerrad mis ojos, bajadme a su lado en la tierra madre! No es el triste abedul que tiembla solitario en el campo y gime y se dobla al viento: es tu esposa, la viuda desconsolada, que golpea la tierra con su pobre cabeza y grita, y te llama a ti, su halcón, y tu voz no oye, y tu voz no llega. Callas para siempre, para siempre reposas...

Fue largo el plañir. Con patéticas frases, con gemidos melancólicos y con lágrimas abundantes, desahogó toda su aflicción, puso de manifiesto toda la tristeza y todas las preocupaciones de la viudez. Las vecinas llenaron la isba. Cuando se agotaron las palabras y las lágrimas, Anisia, con detalles de la muerte de Silanti, comunicó noticias de la guerra y de la ciudad. Después se puso a amasar la pasta para el convite funerario. Trasteaba por la isba. Virineya abrevaba a los animales en el corral. Pensaba en la muerte de Silanti. Suspiró: «A todos nos espera nuestra hora y nadie sabe cuándo le llegará. Puede ser que mañana me toque a mí...».

De golpe percibió con extraña intensidad el mugido de la vaca, el rebullir del cerdo en la porqueriza, el olor del estiércol y de la nieve, su cuerpo cálido, vivo. Un pensamiento se abatió como ala negra y fría sobre su cerebro: ¿cómo puede suceder, cómo puede ser eso? ¿Se enfriarán las venas, se detendrá la sangre y desaparecerá de la vista todo lo que vive? La vaca mugirá, rebullirá el puerco, el sol calentará a todos, pero ella, Virka, yacerá bajo la tierra...

Se estremeció de pavor. Arrojó el cubo y salió corriendo del establo, a la plena luz del día. Respiraba ávidamente, como si se hubiera desasido del abrazo de la muerte. Y hasta el fin de la jornada continuó en ella la percepción clara y alborozada de su cuerpo, sano y fuerte. Por la noche censaba: «Las bestias, los hombres, las plantas, todo nace para morir, pero las bestias por lo menos no piensan: sólo el hombre piensa en todo, quiere vivir bien agarrado al mundo, quiere durar todo lo posible. Nuestra hora es corta. Y, encima, nos quitamos el sosiego, nos hacemos daño, atormentamos nuestro corazón».

Al día siguiente, bien temprano, llamó a la ventana de Pável.

X

Pável entró en la isba transfigurado. Una vaga sonrisa le distendía los labios y sus ojos delataban cierta embriaguez. Virka quedó sorprendida. Hacía un mes que vivían bajo el mismo techo sin que nunca le hubiera visto borracho. Había oído decir a la gente que él no bebía.

—¿Qué te pasa, Pável? ¿Te han hecho beber?

—El *stárosta* trae del distrito noticias que nos han emborrachado a todos. ¡Han echado al zar!

—¿Cómo que lo han echado? ¿Para poner a otro?

—¡No, a nadie! ¡Estamos sin zar!

Virka se dejó caer en una banqueta.

—No te sabía tan amigo de bromear...

—Que no es broma, mujer. El *stárosta* trae una comunicación del distrito. Han ido a buscar a la maestra para que la lea en la junta de la aldea. ¡Ya no hay zar! Uno se ha ido y el otro ha renunciado; bueno, los han echado a todos. Mañana iré a la ciudad para enterarme bien.

Y añadió como impulsado por una súbita y alegre necesidad de revelar algo muy sentido:

—Yo ya sabía algo... Lo esperábamos, lo olíamos en la ciudad. Y aquí también hablábamos entre nosotros, los que hemos vuelto. Lo curioso, Virka, es que los mujiks no se han asustado. Eso sí que me ha sorprendido. Sólo se pasman: «¿Cómo han podido tener más fuerza que el zar?».

—Nosotros vivimos apartados, nos da igual que manden unos que otros; en otras aldeas puede ser que esos cambios den miedo. A nosotros, a mí pongamos por caso, más que el zar me interesa el alguacil, a quien tenemos cerca. ¿Se quedarán éstos?

—¡Ca! Unos han huido y otros han sido detenidos por los mujiks.

—¡No digas mentiras! ¡Eso sí que es un milagro! ¿Qué pasará ahora, Pável? ¿Cuándo es la junta? ¿Dónde tengo el pañuelo?

Nunca se había visto tan concurrida la escuela. Había gente en las ventanas, en la entrada, delante del edificio.

La maestra, una jovencita pequeña y rubia, leía con voz débil y temblorosa de emoción:

—«...hemos juzgado procedente renunciar al trono de todas las Rusias...»

La gente no captaba más que palabras sueltas y se inquietaba. Uno grito:

—¡No se oye! ¡No entendemos nada! ¡Que lea un hombre!

Le apoyó la multitud:

—¡A ver, un hombre que sepa leer!

—¡Las mujeres no tienen voz más que para gritar! No pueden decir nada claro...

—Si fuese de la aldea, aún. Pero a ésa no se la oye más que «ti-ti»...

—¡Venga! ¿Quién sabe aquí leer?

—Que salgan los soldados. Ellos saben.

—Están ahí delante. ¿Dónde van a estar ahora, si no?

—¡Que lea Pável Súslov! Él sabe más que Lepe.

—¡Pável! ¡Pável! ¿Dónde está Súslov?

—¡Anda, sal a leer! Tú tienes buen gaznate.

Pável, estirado, con cara adusta, se puso a leer, pronunciando con energía y claridad, los manifiestos y periódicos llegados a Akgyrovka con retraso. Leyó largamente en medio de un expectante y profundo silencio. Más de una hora permanecieron en pie hombres y mujeres como un muro compacto. Jamás habían guardado en la iglesia un silencio como aquél. Después se disgregaron con inusitada compostura, hablando a media voz. Sólo un joven soldado, con rostro femenino, iba de un grupo a otro y decía atragantándose:

—Ya no existen los inferiores. En adelante «soldado» será un título de honor. Nada de inferiores. Ni superiores ni inferiores. Quiero ir a Románovka, ya veréis por qué. El hijo de Kovirshin Alexéi Petróvich fue nombrado subteniente. Volvíamos juntos de permiso. En el mismo vagón. Voy y le digo: «Stiopa, dame de fumar». Y él me dice: «Para ti no soy Stiopa. Soy un oficial, un

superior tuyo. ¿Es que no conoces las ordenanzas?». ¡Delante de toda la gente en el vagón! Me puso rojo. Quiero ir adrede para preguntarle qué va a ser ahora de él. ¡Y de la madre que lo parió! ¡Se acabaron los inferiores!

Aquella noche, Pável y Virka no podían conciliar el sueño. El día que ella llegó para vivir en la isba, él le preguntó:

—¿Qué has decidido? ¿Vienes sólo a gobernar la casa o a todo, como para tu propio hombre?

Virka no contestó enseguida. Luego dijo en voz baja, sinceramente:

—Viviremos juntos y dormiremos juntos. Lo malo es Aniutka. Es ya muy mayor.

—Ella duerme.

—Da lo mismo. Cuando de pequeña sorprendí por primera vez a mis padres juntos, sentí una gran vergüenza y no podía ni respirar. Y yo soy aquí una que viene de fuera y de la que, además, hablan mal. Se sentirá ofendida por lo que piense la gente de ti. Los primeros agravios no se olvidan nunca. Espera a que se acostumbre un poco a mí.

Pero Aniutka no se rendía a las muestras de afecto que Virka le prodigaba. La seguía con mirada hostil. No contestaba a las preguntas o replicaba con rabia. Cuando el padre la llevó a la ciudad y estaba sentada ya en el trineo, se volvió a mirar a Virka que les despedía. Fue una mirada de odio, desprovista de toda inocencia infantil, que Virka llevó largamente clavada en el corazón. Era el castigo peor, el castigo más doloroso por sus pecados. Siomka y Panka, que tenían cinco y tres años, respectivamente, se acostumbraron pronto a cogerse de su falda como lo hacían con la madre. Y ella, para asombro de las mujeres, los cuidaba bien. Anisia se reía:

—Sabes, entre nosotras decimos que los viudos, en vez de volver a casarse, deberían tomar para madre de sus hijos a rondonas como tú. Las hay muy cumplidoras.

Mas las pullas duraron poco. Pável no prodigaba los denuestos, pero tampoco se mordía la lengua si lo creía necesario. Les paró los pies a un par de comadres y éstas dejaron de zaherir. Los ojos de Virka adquirieron una expresión más reposada. Pero parecía apagada en la quietud. Hablaba poco y, a menudo,

se hundía en cavilaciones. ¿Por qué nuestro corazón no se siente nunca hartado? Rara, muy rara vez sabe contentarse con lo que le das. Siempre esta insatisfecho, siempre le falta algo: y amarga las alegrías. Pável era de carácter tranquilo, trabajador. No pecaba de ignorante, por lo cual, aunque era pobre, se le respetaba. También lo temían un poco. Virka notaba que él sentía compasión por ella. Cuando Aniutka se fue, durmieron juntos por primera vez. Pável fue tan cariñoso que Virka estaba maravillada. Ni siquiera Vasili sabía ser tan discreto y revestir de tanta delicadeza aquel acto. Pável no era hombre de muchas palabras tiernas. Dijo sólo con un suspiro cálido: «¡Amor mío!». Pero se lo dijo como si fuera la esposa largamente deseada y que no hubiese conocido cama de otro hombre. Virka se sintió halagada, pero también confundida. La turbación corroyó el halago. Y desde aquel día le pareció ser culpable de algo. Era la sensación de haberse vestido con galas ajenas y el temor de que la gente, al notarlo, se las arrancara entre risotadas e insultos. Por ello, entre Pável y Virka había siempre algo que los separaba.

Un día, presa de la desesperación, recurrió a la bebida, como en otros tiempos. Por la noche gritaba:

—¿Por qué te das esos aires de zar? ¿Crees que no lo veo? ¿Crees que estoy muy contenta de que me retengas aquí? Me dan asco tu jeta orgullosa y todos tus modales tranquilos. ¡Mañana mismo me voy! No quiero verte más.

Pável, sin alterarse, se quitó el cinto y la amenazó:

—¡Calla o te doy como a un perro! ¡Las mujeres borrachas son algo repugnante! ¡Vete a dormir y no metas más ruido! Hablaremos cuando tengas la cabeza despejada. Quizá sea yo el que te despache.

Hablaba con dureza y claridad, aunque sin levantar la voz. Sus miradas se cruzaron. Los ojos de Pável, habitualmente claros, se habían oscurecido. Pero no brillaban como los febriles de Virka: se habían hecho duros, opacos. Fue Virka la primera en bajar la mirada. Al día siguiente anduvo de un lado a otro por la isba, preparó sus cosas para irse y se quedó. Pável la trataba y le hablaba como de costumbre. De noche, por primera vez en su vida, Virka lloró sobre el pecho de un hombre.

—No sé cómo debo vivir contigo... Cuando estamos como ahora podría lavarte los pies y beberme esa agua. Pero cuando no puedo aguantarte me iría a cualquier parte con tal de no verte.

Él contestó en voz baja:

—No des tantas vueltas a las cosas y no digas tonterías. Vive como se debe vivir. Trabaja, cuida de mis hijos y piensa también en ti. Ahora tengo sueño. Basta ya de razonar. Nunca he perdido tanto tiempo hablando con una mujer. ¡A dormir!

Así vivían. Juntos, pero no compenetrados. Hablaban poco entre sí. De noche, menos. Él era ardiente y cariñoso, pero de pocas palabras.

Aquella noche, sin embargo, hablaron largamente en la cama. Pável, en esta ocasión, más que Virka. Le contó todo lo que conocía de la ciudad, lo que sabía del mal gobierno de los zares, de toda la vida. El porqué de la vida difícil para el pobre y especialmente mísera para el campesino. Hablaban de los mujiks. Virka escuchaba sus palabras como se escucha una canción en un idioma conocido, casi propio, aunque no del todo comprensible. Emociona el sonido, la melodía, pero no entiendes todas las palabras. Y hubiera querido escucharla una y otra vez para descifrar el sentido. Mas al día siguiente Pável volvió a hablar poco con ella. Luego se fue a la ciudad y estuvo dos semanas ausente. Para cubrir los gastos de aquel viaje tuvieron que vender la oveja que habían adquirido poco antes. Virka se enfadó, pero no se atrevió a decirle nada. No era la esposa, sino una mujer tomada para atender la casa. Que hiciera lo que le diese la gana. De nuevo pareció que se aislaban uno de otro.

XI

Hasta la primavera reinó en el pueblo el desconcierto producido por el nuevo orden de cosas. Las juntas se amaban ahora mítines; los componentes del *mir*, «compañeros» y hasta «ciudadanos». Las nuevas palabras surgidas al calor de la nueva situación tenían extrañas resonancias: instrucciones, resoluciones, Asamblea Constituyente. Al principio, la gente se reunía con agrado, se acaloraba en las discusiones. Luego comenzó a cansarse. Todo eran elecciones y congresos, mientras la tierra ordenaba preparar la sementera. Poco a poco empezó a ausentarse de las reuniones. En realidad, fuera de las elecciones para tales o cuales cargos, no se veían verdaderos cambios. Subían los precios en la tienda del sector. Y escaseaba lo que el campesino necesitaba. En toda la comarca no se encontraban clavos y la sal estaba carísima. La cuestión del reparto de la tierra era siempre la misma: unos tenían mucha y otros poca o ninguna. Las reuniones de los mujiks eran tumultuosas. El viejo Fedot dijo en una de ellas, dando trancazos en el suelo:

—¿Para qué sirve que nos reunamos cada día de fiesta como si viniéramos a misa? Y hasta días de trabajo perdemos en estas reuniones. Ahora hay que preparar los carros. La tierra empieza a aparecer por debajo de la nieve. El campesino de verdad tiene que preocuparse de la tierra, y nosotros no hacemos más que elegir diputados. La aldea está llena de soldados, pero no se oye hablar de la paz. Me temo que los llamen otra vez, y justamente en la época de la labranza. Escuchad mi consejo: ya hemos elegido bastantes comités. Que en vez del *stárosta* de antes, Pável Súslov responda de todo. Y que procure que no se vuelvan a llevar a los soldados y mande como diputado a esos congresos a los que son menos necesarios, los que no tienen tierra ni nada. La gente con buenos brazos debe trabajar.

Todo cayó sobre los hombros de Pável. Se pasaba los días enteros en la escuela. De la ciudad llegaban más señores que antes, pero a las reuniones acudía muy poca gente. Sólo los soldados se presentaban, todos juntos, ante los «oradores» —así los llamaban— llegados de la ciudad y exigían una tregua. Pero no escuchaban las explicaciones hasta el final. Los refugiados de las barracas y los campesinos pobres de Baja Akgrovka se reunían por su cuenta cada día de fiesta delante de la herrería. Horas enteras hablaban, en medio de gran confusión, de la tierra, de los grandes propietarios, de que, en otros lugares, éstos habían sido expropiados en favor de los pobres, mientras en Akgrovka no se hacía nada: no dejaban tocar ni la finca del *zemski* y hasta habían enviado guardianes para impedirlo. Comenzaron a mirar de reojo a Pável Súslov, aunque no tenía más bienes que ellos. Por el contrario, la gente rica y los adeptos de la vieja fe, le visitaban con visibles muestras de respeto y deseo de ganárselo para su causa. Pável había adelgazado y su cara tenía ahora un tinte oscuro. Por las tardes volvía a su casa rabioso. Hablaba a Virka entre dientes y trataba desabrido a sus hijos. Un domingo se levantó muy temprano y mandó a los chiquillos de la aldea a llamar casa por casa a reunión:

—Insistid hasta que vayan. Decidles: «Pável tiene que decirnos algo muy importante».

Cuando se reunió la gente, no toda pero si bastante, comunicó con voz resuelta:

—Aquí están, honorable *mir*, camaradas, ciudadanos, todos los papeles, todas las aclaraciones y disposiciones. Aquí tenéis a nuestro escribano, el mismo que había antes de la revolución; es el que he tenido yo, y sigue en funciones. A mí, licenciadme. No tengo yo querencia a este trabajo.

Y por más que le dijeron y rogaron, permaneció firme en su decisión:

—Los soldados tenemos otras ideas.

Un anciano de la vieja fe carraspeó y dijo en voz alta:

—¿Queréis tomar la tierra fusil en mano?

—Eso ya lo veremos, lo que digo es que no puedo ser el guía de todos. Quiero estar al lado de mis iguales.

El anciano contestó con rabia:

—Todo anda revuelto, pero aún se mantiene el orden. Llevad cuidado de que no os pase algo malo por esas reuniones de la herrería. Sé lo que me digo. Tus compañeros se esconden aquí de la guerra. Sé que a muchos se les ha acabado el permiso y que otros están aquí sin ningún permiso que valga.

Los soldados se revolvieron:

—¿Es que nos espías?

—Si tienes tantas ganas de que haya guerra, ¿por qué no vas tú al frente, vejestorio?

—¡Nosotros ya hemos padecido lo nuestro, basta!

—¡Ojo con meterte con nosotros, que no somos mancos!

La discusión fue larga. Luego los soldados se marcharon. Los viejos creyentes eligieron a uno de los suyos. Pável volvió a su casa de buen talante. Dio a Virineya una palmada cariñosa en la espalda:

—Me he quitado de encima un asunto. Ahora la emprenderé con otro.

Virineya se rio:

—¡Vaya unas ganas! Yo, con mis pocos alcances, no llego a comprender esa libertad. No terminan nunca la guerra, la tierra no la reparten y los ricos continúan aplastándonos con sus barrigas llenas. Si se sacude el árbol hay que sacudirlo de raíz. He encontrado a mí tío Antip, el que fue mi tutor, y no he podido contenerme: prepárate —le he dicho— que vamos a repartirnos tus bienes; si somos iguales, hay que ser iguales en todo.

—¿Y qué te ha contestado?

—Me ha contestado con insultos y poniéndome ojos de lobo. Pero no se ha atrevido a tocarme. Eso ya dice que los tiempos son otros, aunque los cambios no se noten mucho. Antes me hubiera sacado el alma por la boca, a fuerza de palos. Ahora ha sido él quien se ha ido.

Se rieron los dos. Pável miró a Virineya con una expresión nueva de ternura.

—Creo que podrás ayudarme no sólo en la casa, sino en otros asuntos —le dijo.

De la ciudad llegaban cada vez con más frecuencia maestros, agrónomos y hasta señoras muy instruidas a hablarles de la Asamblea Constituyente y de partidos políticos. Distribuían

proclamas y folletos. Los mujiks acudían a Pável y se los enseñaban:

—¡No se entiende ni jota! ¡Fíjate lo que dicen de la tierra!

Pável se lanzó febrilmente a la acción. Hacía propaganda en favor del Partido bolchevique. Y formó un grupo bastante numeroso. Entraron en él casi todos los soldados, algunos de ellos hijos de campesinos ricos, y la mayoría gente ocupada en la construcción de la vía. Los campesinos pobres de Akgyrovka se dividieron. Unos seguían a Pável; otros, a la maestra de la escuela y se inscribieron como socialistas revolucionarios. Quizá incluso fueran éstos más que los bolcheviques. En casa de Kozhemiakin se reunía la gente más acomodada, que tendía hacia el partido de los señores. Se llamaban los demócratas constitucionales. Se producían grandes discusiones y, una vez, hasta llegaron a las manos. Delante de la herrería se acometieron socialistas revolucionarios y bolcheviques. Fue una reyerta sorda, a puñetazo limpio. Tres hombres quedaron en tierra, pero ninguno murió. Fue Virineya la que provocó la riña. El hecho de que algunos mujiks se hubieran separado del grupo de Pável la irritó como si le hubieran ofendido a él personalmente. Toda acalorada se presentó en la escuela cuando algunos de ellos estaban reunidos allí y comenzó a avergonzarles alzando la voz con gran vehemencia:

—¿Con quién vais? ¿No estáis hartos de la guerra? Los soldados apenas acaban de volver. ¡Y cuántos inválidos llegan! Ahora que han arrojado al zar Nicolás, el primer culpable de la guerra, donde tenían que arrojarlo, vosotros queréis meteros en la misma collera de antes, pero con otra retranca. ¡Se ve que no habéis conocido la miseria! ¿Os pegáis a la tierra? ¿Y quién la trabajará si no acaba la guerra? Los bolcheviques son los únicos que quieren la paz. Y vosotros... ¡hasta el fin victorioso! ¡Buen fin os van a dar! ¡Vosotros mismos estáis buscando la muerte!

Les tocó en lo vivo, por lo que aún se enfurecieron más. Estaban ya acostumbrados a las señoras instruidas que llegaban a explicarles los problemas públicos, pero que una mujer de la aldea, y con su pasado vergonzoso tan reciente, viniese a predicarles...

—¡Ah, canalla! ¿Qué entiendes tú de nada?

—Los bolcheviques lo juntan todo. Dicen que hasta a las mujeres tendrán en común. ¡Eso es lo que a ti te gusta!

—¡No pierdas el tiempo hablando con ella! ¡Dale una buena lección! Tres hombres saltaron a golpearla. Ella les plantó cara con un furor inaudito. Con arañazos, a mordiscos. Aunque sangrándole la boca, un ojo tumefacto y los riñones doloridos, logró salir viva y con los huesos sanos. Los hombres, excitados, se fueron hacia la herrería. Allí se produjo la pelea.

Pável le gritó, se indignó, pero acabó por reír:

—¡Qué oradora! ¡Te han aplaudido bien, pero en la cara! ¡Y todos juntos!

Durante mucho tiempo, las mujeres de la aldea se burlaron de Virineya, que había querido dar lecciones a los mujiks. Anisia hasta se encorajinó:

—Siempre he creído que, por lo menos, tenían sentido común, pero ahora veo que estás loca, loca de verdad. No consigues nunca vivir bien con la gente normal.

Virineya se reía.

Llegaron de la ciudad nuevas autoridades policiales para enviar a los soldados otra vez al ejército. La policía tuvo que marcharse sigilosamente de noche sin haber logrado nada. Pero en la aldea cundió la agitación y el malestar.

Mientras tanto, la tierra exigía brazos. Se extinguieron en Akgyrovka las discusiones y reuniones. En el duro trabajo, el mujik olvidó las novedades. Incluso los que tenían poca tierra y los braceros que, como antes, trabajaban tierras ajenas, se entregaron por entero a las faenas del campo. Sólo la pequeña parcela de Pável estaba abandonada, sin semilla. Había aceptado ir como delegado al congreso campesino que se reunía en la capital del distrito... Así, hasta la cosecha de otoño, la vida de Akgyrovka se desenvolvió con el antiguo ritmo. En otoño volvió la agitación. Se hablaba con insistencia de las elecciones a la Asamblea Constituyente. Pável estuvo mucho tiempo ausente. Dejó totalmente el trabajo del campo y tuvieron que vender el caballo. Se terminaban las últimas reservas de harina. Virka volvió a trabajar a jornal: tenía que mantener a los chiquillos. La censuraban, pero no le faltaba trabajo. En la temporada de labor, el campesino aceptaba la ayuda de Satanás. Pável fue de

nuevo elegido, esta vez para la comisión comarcal de las elecciones a la Constituyente.

Se doraban las hojas de los árboles, la tierra se enfriaba lentamente. El sol tenía aún destellos cálidos, acariciadores, pero no era ya el estival, sino un sol plácido, sin ardor. Y se percibía tristeza en el aire. Estaban recogiendo las mieses, y en su tonsura, los campos aparecían melancólicos, otoñales. Pável volvió a Akgyrovka portador de unas papeletas llenas de números. Nadie podría recordarlos todos. Habría que llevar las papeletas un día determinado al distrito y depositarlas en un cajón. Al principio la gente se sublevó: no quería saber de nada ni molestarse por nada. Pero de nuevo la confusión se adueñaba de los corazones. No terminaba la guerra. Surgieron discusiones con los bashkires por la propiedad de la tierra. Akgyrovka se encontraba en tierras que fueran tomadas en arriendo a los bashkires. El propio nombre de Akgyrovka no era ruso. «Ak-gyr» significaba caballo blanco. Pronto vencería el contrato de arriendo y los bashkires amenazaban con recuperar la tierra, y repartírsela entre ellos y destruir por completo la aldea rusa. De ahí que la cosecha fuera recogida entre amarguras y discordias. La Asamblea Constituyente debería resolver el problema de la guerra y de la tierra. Y cuanto más se aproximaba el día de las elecciones, mayor era la inquietud. Comenzaron a estudiar las papeletas y lo que significaban. No se podía depositar en la urna más que una: por lo tanto, era preciso decidirse, optar. Las mujeres iban a la isba de Virka para pedirle explicaciones:

—Dime lo que he de hacer. Al principio me parecía una vergüenza que las mujeres nos metiéramos en esto. Pero ahora nos obligan los hombres, sin explicarnos nada.

—Virka, ¿qué papel de éstos sirve para que acabe la guerra?

—Mi hombre quiere que meta en el cajón el número uno. Dice que como nosotros somos de los acomodados, debemos elegir ese número. He venido a escondidas para preguntarte cuál es el de los bolcheviques. Nuestro hijo aún está en el frente. Meteré a escondidas la papeleta.

—El cinco, tía. Echa el cinco. Es un número que va contra vosotros, pero mételo. Los bolcheviques quieren acabar con la guerra. Eso es lo que cuenta.

—¡Qué más da que estén contra nosotros! Ya veremos luego. Lo que quiero yo es que vuelva mi hijo. Ya se sabe, los padres tienen el corazón duro. La madre irá por su hijo contra un puñal, tanto más contra una papeleta de éstas. Que hagan lo que quieran, pero que mi hijo vuelva vivo.

Las mujeres se dolían de no saber distinguir los números:

—¿Cuál es el número cinco? ¡No se me queda en la cabeza! Yo rompería los demás, pero mi hombre está por el tres. Virka, echa una gota de aceite en el cinco. Meteré ese papel.

—Pável dice que no servirán las papeletas marcadas.

—Puede ser que sirvan. Son pocos los que saben leer y todos pondrán alguna señal. Tú hazlo de modo que se note poco, en una punta...

Y Virka echaba una gota de aceite o hacía alguna señal ligera.

El día en que salieron de Akgyrovka los carros con la gente que iba a votar al distrito era claro, limpio y soleado. Los carros formaron una larga cadena. Hombres y mujeres iban vestidos de fiesta. Algunas mujeres llevaban los niños de pecho en brazos.

La casa de madera sede de la comisión electoral se encontraba a la salida del pueblo, casi en pleno campo. La rodeaban ya los carros formando un auténtico aduar gitano, rumoroso y variopinto. En la terraza de entrada, bajo el colgadizo, predominaba el gris de los capotes de los soldados.

En el espacioso vestíbulo, en cuyas paredes pendían los marcos vacíos de los retratos del zar y la zarina, un gran icono polvoriento y los nuevos decretos, había una mesa larga y, al lado de ella, un cajón de madera, traído de la ciudad y recién pintado. A lo largo de la mesa estaban sentados los miembros de la comisión, con caras de palo por el esfuerzo que hacían para mantener la máxima seriedad y compostura. Presidía la mesa el maestro de la escuela distrital. Un tic nervioso le hacía saltar la ceja izquierda. Pero hablaba gravemente, y explicaba sin cesar el modo de acercarse al cajón y de depositar la papeleta. Cortaba en seco las preguntas:

—Deberías haber estado atento en las reuniones donde se explicó.

Pável, rojo y sudado, pero con la mirada segura y tranquila, estaba sentado al lado mismo de la urna. De la calle y la terraza llegaban exclamaciones, risas y rumores confusos. En la salita donde estaba el cajón reinaba el silencio, interrumpido sólo por los votantes. Los hombres se aproximaban con paso rápido a la urna y dejaban caer en silencio la papeleta. Las mujeres sonreían confusas, murmuraban algo. Primero rezaban ante el icono, en el ángulo de la estancia, luego miraban la urna y metían con mano temblorosa la papeleta en la ranura. Casi todas preguntaban:

—¿Dónde se mete? ¿En ese cajón? ¿De qué modo?

Una avispada y risueña mujer de soldado depositó la papeleta y, brillándole los ojos, dijo:

—Ahora contamos también las mujeres. ¡Hala, mujeres, es nuestra hora: metamos el cinco!

El maestro gritó enfadado:

—¡Está prohibida la propaganda junto a la urna! Deposita tu voto y sal.

—¿Qué dices ahí? No grites demasiado, que han pasado esos tiempos. El cinco es el más justo.

Entraron en la sala dos mujeres jóvenes llevando por los brazos a una anciana de cuerpo fuerte, pero ciega. La anciana hacía girar los ojos, de un color azul desleído, y preguntaba:

—¿Dónde está el icono? Del susto no sé cuál es el rincón del icono...

Se santiguó ceremoniosamente y luego dijo con solemnidad:

—¡Señor, ayúdame a hacer el bien! ¡Ilumíname!

Hizo una profunda reverencia y llamó:

—Marka, condúceme al cajón. Dirige mi mano.

El presidente se removió en su silla y gritó:

—¡Alto, no se puede! ¡La ley no consiente el voto a los ciegos!

La vieja le replicó autoritariamente:

—¿Quién eres tú y de qué leyes hablas? Si Dios me ha castigado, eso no quiere decir que los hombres me hayan de castigar. He recorrido diez verstas a pie para venir aquí... También yo he parido hijos para la guerra, y he doblado el espinazo en el campo. ¿Por qué, pues, no tengo derecho? Marka, dime dónde tengo que meter el papel. ¡Nadie me lo impedirá!

—Yo no estoy facultado para permitirte. Lo prescribe claramente la ley...

Decían ya detrás de la mesa, en la puerta y hasta bajo las ventanas aciertas:

—¡Déjala! Habéis dicho que estáis con los pobres y ella es pobre entre los pobres.

—Es verdad que ha venido a pie. No han encontrado caballos y los carros estaban ya llenos.

—¿Qué culpa tiene ella de ser ciega?

—¡No le hagas caso, abuela! Ahora hay libertad, y éstos aún insultan.

—¡Enséñale el agujero del cajón! ¡Mete el papel, abuela!

—¡No le deja ése del medio! ¡Habrás que tirarlo de ahí si se mete con los pobres!

Súslov se puso en pie y confirmó en voz alta:

—¡Deposita tu voto, abuela! En todas las leyes hay salvedades según los casos y las circunstancias. Los tiempos han cambiado. Ahora se pone fin a los agravios, se ayuda a la gente...

El presidente hizo un ademán de resignación y la ceja le tembló con más fuerza:

—Bueno, que vote. Pero yo no quiero responsabilidades.

La anciana dejó caer la papeleta en la urna y rehízo la plegaria:

—¡Señor, ayúdame!

Las mujeres la acompañaron a la calle.

Entró corriendo hacia la mesa un chiquillo bizqueante, de cabeza rapada, con un largo látigo en la mano.

—¡Eh, tú! ¿Qué quieres aquí?

—Papeletas para los bashkires, el número dos. Nos han dado de las vuestras, no las queremos. Faltan de las nuestras. Aquí están las vuestras.

Se sacó del enfaldo de la camisa un puñado de arrugadas papeletas y las tiró sobre la mesa.

—Deprisa, deprisa, por favor. Nuestro distrito está esperando. He venido al galope.

El presidente lanzó un taco, agitado. El escribano, sentado en un extremo de la mesa, se levantó, sacó del armario un mazo de papeletas y se las dio al pequeño bashkír.

—¡Arreando!

El chiquillo, con los ojos relampagueantes, salió como una exhalación.

El presidente suspiró enjugándose la frente con la mano y movió la cabeza.

Continuaba llegando gente. Aumentaba el ruido en la calle. Los soldados miraban por las ventanas y definían en voz alta:

—Ese gordo rubicundo lleva el número uno. ¡Eh, Pável, apártalo del cajón!

La voz irritada del hombre respondió:

—¡Por el cinco no votan más que los andrajosos! Un ladrón de caballos que conozco llevaba el número cinco. ¡Lo he visto!

—Nada de propaganda, por favor. ¿Dónde está el guardia del orden público?

Un soldado que estaba junto a la urna dijo en voz alta y aleccionadora:

—Cuando se hicieron las elecciones en el frente, nosotros decidimos...

El presidente gritó:

—¡Oiga usted, compañero, apártese de la urna! ¡No tiene derecho a votar dos veces! ¡Maldita comarca ésta! Se vota ya con retraso y encima... ¡Le digo que no tiene derecho! ¡Lo comunicaré y serán anuladas las elecciones, serán protestadas!

—¿Y quién te manda a ti informar?

—¡Estoy obligado a hacerlo!

—Tú ponte de nuestro lado y no contra nosotros. Nosotros hemos combatido en el frente. No se te ocurrirá, en nuestra casa...

Se acercó a la urna. Súslov lo sujetó por la manga:

—Sin escándalo. Realmente puedes echarlo todo a perder.

—¿También tú estás contra los soldados?

—Lo que te digo es que no escandalices. ¡Vete!

El otro escupió, pero hizo caso a Pável. Arrugó la papeleta y la echó al suelo.

Mientras tanto, un mujik de encorvadas piernas, con las greñas revueltas, mostraba al presidente seis papeletas que tenía en la mano:

—¿Cuál es el número tres? Con las prisas las he mezclado. La tenía separada y ahora no sé cuál es. Dímelo tú.

—¡Debéis comprender que la elección es secreta! No se puede enseñar...

—¿De qué secreto hablas ahí? Si todos lo saben. Yo antes quería el número cinco, pero me han convencido de que vote por el tres. Bueno, ¿cuál es el mejor?

El presidente, desesperado, se echó las manos a la cabeza:

—¡Es imposible! ¡Hemos recorrido todas las aldeas dando explicaciones! ¿Qué se puede hacer ahora?

Riéndose, Súslov se levantó y acompañó hasta la puerta a aquel hombre, abrazándolo amistosamente por los hombros. Luego fueron mejor las cosas. Sólo los rumores de la calle turbaban el silencio.

De pronto, una voz aguda se sobrepuso a las demás:

—Makrushkin ha llegado de su casería trayendo en el carro a los que votan por el número uno. ¡Tres caballos ha tenido que enganchar! ¡Hay que cerrarles el paso!

Pero la multitud, habituada a la sumisión, dejaba pasar a Makrushkin, que bromeaba modulando su voz de tenor y tala-draba a la gente con la mirada de sus ojos vivaces y oscuros:

—¿Quién ha visto que es el número uno? Yo traigo el dos. Votaré por los bashkires, que es gente de buena ley. Son mejores que nosotros, los rusos. Se puede decir que gracias a ellos he comenzado a vivir. Mi número es el dos.

Un soldado, gigantón de aire fosco, lo interrumpió destemplado:

—¡Las tierras que tienes se las has robado a ellos! ¡Los engañaste! ¡Sabemos que la escritura de venta está firmada con nombres de difuntos!

El mujik de las piernas torcidas lo apoyaba:

—¡Espera un poco que ya sacaremos a relucir todo! ¡Te quitaremos la tierra y la daremos al que la trabaja! ¡Tú tienes quince jornaleros!

Pero Makrushkin, que, efectivamente, había llegado con dos coches tirados por sendas brigas y con otros cinco carros, se abría paso, seguido de su gente, mientras seguía bromeando:

—Pues yo cambiaré de fe, me haré bashkir. Ahora hay libertad de culto y, a cambio, ellos me regalarán más tierras. En este mundo hay crédulos para dar y tomar. Sí, sí, me paso a los bashkires...

Las elecciones duraron dos días. Las pasiones se desataron en toda la comarca. El día del escrutinio, los soldados asediaron la mesa de la comisión. Miraban afanosamente las papeletas, gritaban, imprecaban. Por fin se logró concluir el recuento. Voluntarios de todos los matices políticos acompañaron a caballo el cajón por miedo a cualquier cambalache.

Después de las elecciones ya no hubo tranquilidad. Un día era más tumultuoso que otro. En Akgyrovka alzaron la voz los que antes no se atrevían ni a hablar: los campesinos pobres, los obreros de la construcción. Exigían tierra y paz. Les dirigía Pável Súslov. Hacia finales de invierno, cuando el régimen bolchevique prevaleció en todo el país, Pável también tomó las riendas del distrito. Turbios rumores agitaban a una población formada por diversos grupos étnicos. Virka decía a Pável:

—¡No saldrás vivo de ésta! Vas por un camino peligroso. ¡No saldrás vivo!

—Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Esconderme detrás de tus faldas?

—Yo sería la primera en no consentírtelo. Aguanta, ya que has empezado. Lo tuyo es eso. Te lo digo porque cuando tengo miedo por ti se me encoge el corazón de tristeza.

—Pues no tengas miedo. Cuida de los chiquillos. Ahora ya se ve que nos haremos viejos juntos. Me he acostumbrado a ti. Ni a mi primera mujer ni a ninguna otra me había pegado tanto. Además, ¿no eres realmente tú mi mujer, la que me ha tocado hasta la hora de la muerte? Lo único que te falta es tener hijos. ¿Por qué no los tienes?

Los ojos de Virka perdieron su brillo habitual. Agachó la cabeza como si fuese culpable de algo y dijo con un profundo suspiro:

—Debo ser estéril. Yo culpaba a Vasili, pero debo ser yo...

Estuvo sentada mucho tiempo con la cabeza baja.

Se extendía la inquietud por el distrito. Los cosacos cerraron filas contra los bolcheviques y, con diversas promesas, se atraje-

ron a los bashkires. Una vez asaltaron las oficinas del distrito, pero fueron rechazados. En invierno estalló una guerra en toda regla. Comenzaron combates a cuarenta verstas de Akgyrovka.

Pável Súslov volvió de aquel frente para pasar un día en casa. Llegaba sombrío, preocupado. Habló toda la noche con Virka. Ella se levantó de la cama con el rostro amarillento, pero con un rictus de firmeza en los labios. Le aparecieron surcos profundos en las comisuras, que no se distendieron ni cuando mediado el día confesó a Pável en voz baja y medrosa:

—Escucha, estoy preñada. No quería creerlo, pero resulta que es verdad.

Él miró sus ojos dilatados e inquietos, su cara suplicante y rio:

—¡Bueno, pues a parir! Venceremos a los cosacos y el hijo será para mí una gran alegría... Anda, prepárame cualquier cosa para comer, tengo que irme.

Iba ya a partir cuando de improviso entró en el corral un hombre tocio encanecido, pero aún robusto: era Magara. Virka dio un grito, palideció. No era asustadiza, pero la inesperada aparición de Magara le había recordado el pasado, y el corazón se le oprimió en un mal presentimiento. Magara se dirigió a Pável:

—Llévame contigo. Tengo aún fuerzas y quiero defender la verdad. ¿Dónde está vuestro ejército?

Pável había oído hablar de Magara y lo conocía de vista. Esbozó una sonrisa forzada:

—¿Qué tienes que hacer tú, hombre devoto, en nuestro ejército? Mejor es que defiendas a tu yerno y los bienes que tú le dejaste. ¿De dónde vienes?

—De la cárcel. He salido ahora.

Virka le preguntó con voz temblorosa:

—¿Por aquello..., por el ingeniero estaba en la cárcel?

Magara no se volvió a mirarla. Fijaba en Pável sus ojos inflamados. Pero le contestó:

—Me prendieron por blasfemo y sacrílego. Antes de toda esta revuelta. Escupí en la iglesia a un icono y blasfemé. Era la imagen de un santo parecido al que me hizo apartarme de todos y rezar...

Añadió con voz ronca:

—Dios me ha perdido. Ahora quiero servir otra vez su verdad. Combatiré por la gente pobre, por los campesinos. Han despertado al mujik, pero no le abren el camino. El rico y el comerciante hacen negocios, y al pobre no le dan tierra para que pueda... Iré con vosotros a servir a Dios. Por Dios pequé matando a un hombre. Él me ha dado este destino y mataré a otros por la causa justa.

Pável suspiró:

—Estás mal de la cabeza. Debe ser verdad eso de que Dios te ha tocado. Bueno, si quieres, ven. Dudo que te quedes con nosotros mucho tiempo, pero ahora puedes valer de algo. Tienes fuerzas para combatir. Te buscaré un caballo.

Se fueron juntos. Magara murió poco después: dando gritos de loco arremetió solo contra un destacamento de cosacos. Pável le llevó la noticia a Virka en su última y breve visita a casa. Virka suspiró:

—Sabes, Pável, había mucha gente en la aldea echada a perder, cada uno a su modo. A fuerza de estar tanto tiempo sin moverse comenzaban a pudrirse. Ahora hay quien reniega por el miedo y la inquietud en que se vive. Pero yo creo que esta hora debía llegar. El mujik ya no podía vivir más tiempo como antes.

Pável no contestó. Se levantó para preparar sus cosas y marcharse. Besó a los niños. Virka le abrazó con fuerza. Pável la besó deprisa, como si la mordiera, la separó con suavidad y se dirigió a la puerta. Quedó allí y sin volver la cabeza, de espaldas, dijo:

—Cuidate. Estoy muy acostumbrado a ti. No vuelvas a las andadas. Cuando nazca el niño sé una buena madre para él. Me preocupa este hijo. Lástima que no pueda yo esperar para verlo.

Y, volviendo la cabeza, añadió con una sonrisa triste y afectuosa:

—Sirve también a nuestra causa. Si hay algo que decir, te lo haré saber para que lo digas a la gente. Bueno... Dame un beso. Adiós.

Partió. Ella lo siguió con la mirada. Y, de pronto, toda su vida con Pável se iluminó ante ella con una claridad nueva, una claridad que los ojos humanos, de ordinario un tanto cegatos,

rara vez alcanzan a ver. Toda esa vida pasó en un instante ante ella tal como había sido en realidad sin que ella, Virka, lo hubiera llegado a comprender. Durante el tiempo en que habían vivido juntos, ella a menudo se irritaba, se atormentaba insatisfecha y hostil. Lo deseaba e incluso se había acostumbrado a él. Pero nunca le había abrazado con el corazón tan henchido de dolor y de arrobamiento como lo había hecho poco antes, cuando él se iba ya. Ahora, cuando Pável no podía oírla ni ella podía alcanzarlo y quizá no se vieran más, comprendió cuánto lo quería. Como una mujer quiere una sola vez en su vida a un solo hombre.

—Pável... Páshenka...

Pasó el día entero como entre la niebla. Le remordía el no haberle dicho nunca estas palabras que ahora ardían en su corazón. Si volviera... Sólo por una hora, para decírselas todas.

XII

Toda su ardiente pasión, toda la nostalgia que sentía por Pável las depositó en la causa que recogía de él. Akgyrovka quedaba muy a trasmano y los cosacos no habían llegado aún. Pero los viejos creyentes de la montaña, Kozhemiakin y otros cinco ricos de la aldea se ensañaron brutalmente con los partidarios de Pável. Iban en los carros al campamento cosaco y volvían de allí con órdenes precisas. Se llevaron a la cárcel de la ciudad a diez campesinos pobres y a ocho jornaleros de las barracas. En el distrito azotaron atrozmente a otros diez hombres. A Virka también se la llevaron al distrito para interrogarla. Respondía moderada y sumisamente, para no comprometer a Pável. Con la mirada baja:

—No sé nada. No estamos casados. Soy su amante y eso es todo. Quiso irse y se marchó. Puede ser que ahora se divierta con otra. No sé dónde. Estoy embarazada y me ha dejado con sus dos hijos. Si supiera dónde está iría a buscarlo para vengarme. No callaría, lo denunciaría. De todos modos, no volvería a vivir conmigo.

El nuevo presidente de la administración del distrito dio un puñetazo sobre la mesa:

—¡Mientes, ramera! La gente vio cómo lo despedías.

—Lo despedí pidiéndole que no me abandonara sola con los chiquillos, sin provisiones, pero no sé a dónde iba.

La tuvieron tres días encerrada en la fría cárcel del distrito. Después fueron los campesinos los que la interrogaron para conocer los nombres de los partidarios de Pável y de los que actuaban en favor de los bolcheviques. Ella alegaba obstinadamente que nada sabía y continuó lamentándose de que Pável la hubiera abandonado con las criaturas y sin medios. Al cabo de algún tiempo la dejaron en libertad. A pesar del embarazo, Virka continuaba viéndose a escondidas con los amigos de Pável, iba de un lado a otro, trabajaba para poder sustentarse ella y dar de comer a los chiquillos. Además, Pável le había enviado dos órdenes secretas que debía cumplir. Primera: llevar una carta a un pueblo que distaba diez verstas de allí a un fiel compañero. Segunda: tener durante una semana escondido en casa a un campesino. Cuando le hicieron saber la primera orden suspiró y luego dijo al viejo refugiado llegado con la orden:

—Iré yo misma. No sabría a quién mandar. Hay que tener picardía y no dejarse ganar por el miedo.

Fingió tener necesidad de hacerse ver en el hospital y recorrió a pie las diez verstas de camino cubierto de nieve profunda. Regresó a duras penas. Pero el encargo quedó bien cumplido.

El otro resultó más difícil. Pese a todo tuvo escondido al campesino, y con tanto secreto que ni las vecinas olisquearon nada. Y cuantos más riesgos corría más se encariñaba con su vida secreta. Ahora podía decir con plena seguridad a la gente de su confianza:

—Aunque nos pase algo, debemos ayudar a los demás. Otra vez estrujan a los pobres.

Era difícil entrevistarse con los compañeros: en la aldea se oye todo, se ve todo. Llegó la noticia de que el destacamento de Pável se aproximaba a Akyrovka. Pável mandó a decir mediante un chico aún imberbe, pero de mirada segura:

—Estaría bien que empezaraís vosotros con alguna revuelta.

Virka llevó la noticia a las barracas. La construcción del ferrocarril había sido abandonada tiempo atrás, pero los refugiados y jornaleros que trabajaban en la vía se quedaron allí.

Iba deprisa, miraba alrededor y no hacía ruido. Llegó sin cruzarse con nadie por el camino. En una barraca grande vivían tres hombres solteros y cuatro casados. Todos eran partidarios

de los bolcheviques. Virka entró sin temor, pero empezó desde lejos la conversación:

—¿Estáis bien? Y tía Daria, ¿está en casa?

Daria respondió desde lo alto del horno:

—¡Estoy aquí, Virka! ¿Qué quieres?

—Quiero que me palpés tú. Sabes tanto como las comadronas. A veces me falta el aliento. ¿Pariré pronto?

—No tengo nada que palpar. Con verte me basta. Tienes aún para una semana, pero no más. Bueno, puedes decir lo que quieras, no hay nadie extraño. Voy a llamar a los hombres.

Cuando estuvieron todos reunidos, Virka les dijo con voz emocionada:

—Tenemos que echarnos a la calle, amigos.

Y ya con voz tranquila y pausada les comunicó lo que Pável había mandado decir.

No le contestaron enseguida. La gente meditaba. Vaska Derguntsov, rubio y enclenque, habló el primero:

—No, camaradas, no tenemos fuerza para hacer eso. La gente tiene miedo y no conseguiremos moverla. Sufren, pero se aguantan.

Otro, con el pelo canoso y desigualmente cortado, confirmó.

—No hay ni que pensarlo. Nos aplastarían como a chinches.

—Hay que esperar a que los nuestros estén cerca. Entonces se podrá intentar. Ahora es imposible.

Virka se puso en pie. Les preguntó frunciendo el ceño:

—¿Es todo lo que podéis decir?

—Y tú, ¿qué esperabas?

—No hay más que hablar.

—No saldría nada.

—Que ellos, como ejército, traten de acercarse. Entonces les ayudaremos. Ahora no se puede hacer nada.

—Sois unos perros. ¿Es que yo, una mujer, o cualquier otra, ha de enseñaros cómo se hacen estas cosas? De palabra estáis dispuestos a todo, pero cuando suena la hora os acobardáis. ¿Cuál es vuestra vida? ¿Cuánto podréis durar? No se puede seguir con los brazos cruzados. ¡No se puede, compañeros, hermanos! ¿No os decíais dispuestos a entregar la vida? ¡Qué débil es el alma cuando se tiene miedo! ¡Sois unos canallas! Si no

queréis, lo mismo da. Encontraré a otros. No creerán en mí, pero mirando su propia vida verán que no se puede esperar más.

Sus ojos quemaban e imploraban, pero su voz era dura:

—Los nuestros volverán. Entonces sí os pondréis de cara a ellos y no de espaldas como ahora, ¿verdad? Bueno, ya me las arreglaré sola yo, una mujer preñada. ¿Os gusta seguir viviendo así, hambrientos y apaleados? Allá vosotros. ¿No graznabas tú, cachorro enclenque, que te ardía la sangre ante la violencia de los viejos creyentes? ¡Pues ahora espera a los cosacos! ¡No, aunque les beséis los pies no os perdonarán! Os miran de reajo y saben lo que pensáis. Cuando se acerquen los nuestros acabarán con todos nosotros. Bueno, no tenemos nada más que decirnos.

Se dirigió hacia la puerta. Pero los hombres hablaron de nuevo. Insultaban a Virka, discutían. Por último, decidieron hacer lo que Pável pedía.

Virka se iba con el rostro iluminado por la sonrisa. Como si fuera no al encuentro de una empresa arriesgada, sino de una gran alegría. El hombre canoso le había dicho riendo:

—Ahora resulta que eres nuestro comandante y nuestro pope regimental. ¡Qué manera de hablar! ¡Nos has soltado todo un sermón!

El comandante casi no pudo llegar a casa. Por el camino comenzaron los dolores del parto. Aún tuvo fuerzas para llamar ella misma a Kozlija, la comadrona:

—¡Ven enseguida! ¡Estoy a punto de parir!

Ya en la isba no quería acostarse. Iba de un lado a otro apretando los dientes.

La comadrona le gritaba:

—¿Por qué callas? ¡Grita, mujer, grita! Te sentirás mejor. Nunca he visto a otra como tú: eres de piedra. ¡Quiere parir sin dar voces!

Virka ponía una sonrisa deslucida. Crispada por nuevos dolores decía con palabras entrecortadas:

—Quiero que venga al mundo con alegría... Lo he esperado mucho... No quiero gritar, quiero parirlo con ternura.

No gritó más que una vez. Un grito corto y fuerte. Más de alborozo que de dolor. Tenía su cuerpo una ligereza indescriptible cuando oyó el grito maravillosamente sonoro del recién nacido.

—¡Qué vozarrón ha sacado! ¡Y qué grande es! Su padre estará contento. ¿Qué te pasa a ti? ¿Te has desmayado?

—Nooo. ¡Enséñamelo! ¡Hijo mío!

—Lo has adivinado. Eres una mujer lista. Bueno, déjalo así. Ahora he de ocuparme de ti.

Fue breve la alegría materna de Virka. A los cinco días, cuando esperaba noticias de sus compañeros, oyó de noche llamar quedamente a la puerta. Virka se acercó y preguntó con un hilo de voz:

—¿Quién es? Una asustada voz femenina contestó:

—Abre pronto, déjame pasar.

Era Daria que, sin entrar, preguntó en voz baja:

—¿Está aquí la Kozlija?

—Sí, pasa la noche conmigo. ¿Por qué?

—Despiértala enseguida, dale el crío y tú huye por el huerto, hacia el río. Allí te espera Parfen.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Cómo voy a dejar al crío?

—Tú verás, pero date prisa antes que acaben contigo. Hay que avisar a Pável, si no estará todo perdido. Pronto, despierta a la vieja. ¡Apresúrate, mujer!

—Pero así, de pronto...

—Han llegado los cosacos, ahora están donde Kozhemiakin. Lo hemos sabido por uno de sus jornaleros. Anísim nos ha descubierto y ha ido a contarlo al campamento cosaco. Sólo te ha nombrado a ti y a mi marido. El mío se ha escondido ya. Tienes que irte, ahora mismo. Baja por el huerto al río. ¡Que no me pillen a mí aquí!

Desapareció en las tinieblas. Virka sacó al niño de la cuna:

—¡Abuela, abuela! ¡Tómalo!

—Pero, ¿qué es lo que pasa? ¿Quieres que duerma conmigo? Dámelo...

La madre se estremeció al entregar a la vieja el envoltorio cálido como si se arrancara un trozo de carne viva. Con el rostro alerta, sin lágrimas ni suspiros, se cubrió la cabeza con el pañuelo, se puso la zamarra de piel y salió corriendo de la isba.

—¡Virka! ¡Virka! ¿Dónde vas? Dios mío, ¿qué habrá soñado?

Comprendió cuando la puerta, que al salir Virka no había quedado cerrada por dentro, dejó paso a un grupo de cosacos y mujiks. Comprendió y, con calma, se puso a tranquilizar al niño que gritaba:

—¡Calla, calla, mi cielo, no llores...!

—Tú, vieja zorra, ¿dónde está la patrona?

—Ha salido corriendo. Pensé que volvería enseguida y no le he preguntado. ¿A mí qué? No tengo yo piernas para seguirla.

Un cosaco de bigote rubio la amenazó con el sable:

—¡Cuenta la verdad o te salta la cabeza de los hombros!

—La tengo ya poco segura. ¿Qué voy a contar? Se ha ido sin decir nada. Aunque me arranques las entrañas no puedo decirte más. No me empujes, maldito, que aplastas a esta criatura inocente.

Anísim Kozhemiakin dijo al cetrino oficial:

—No vamos a conseguir ya nada, señoría. Ella no le puede haber dicho la verdad a la vieja. Hay que vigilar la isba.

El viejo creyente Antip, magro y austero como los santos de los iconos antiguos, sentenció:

—Dejad aquí al crío con la vieja. Ya volverá ella. La leche de madre la conducirá al hijo.

Así se decidió. Ocultaron hombres en el establo. De día tampoco pudieron encontrarla. Estuvieron al acecho tres noches. Mediada la cuarta, en la hora más tenebrosa, el cosaco de bigotes rubios oculto bajo el cobertizo del corral alargó el cuello escrutando la oscuridad. Desde el huerto llegaba una figura femenina. Retuvo la respiración como el cazador a la espera. Virka caminaba con el paso cauteloso y alertado de la loba que busca a su cachorro. Parecía rastrear las huellas y, como atraída por su propio olor, el olor de la sangre salida de sus venas, iba a amamantar o a socorrer a su criatura.

Había subido ya la escalerilla de la isba cuando el cosaco de bigotes taheños gritó a los demás, ocultos en la oscuridad:

—¡La atrapé! ¡Todos aquí! ¡Sychiev, corre a avisar al oficial!

Resonó un grito desgarrado de Virka, que se debatía en los robustos brazos del cosaco.

—¡Quieta, quieta! ¡Qué víbora! ¡Ah, muerdes! ¡Quieta ahí!

Virka logró desprender un brazo y golpeó con todas sus fuerzas al cosaco entre ceja y ceja, enarcó el cuerpo y le descargó un puntapié en la ingle. El hombre aulló de dolor y la soltó, pero otro cosaco llegó a tiempo de retorcer a Virka los brazos en la espalda. Ésta siguió debatiéndose y zarandeaba de un lado a otro al cosaco, que acabó por perder el equilibrio, enganchar un pie en un escalón y caer, arrastrando consigo a Virka. Virka volvió a emitir un grito agudo, penetrante; luego calló. Se había golpeado con la nuca en la cortante estregadera de hierro que, clavada junto a la escalerilla, servía para quitar el barro del calzado. En aquel momento llegó del interior de la isba el llanto vivo y exigente del niño. Los ojos de Virka se animaron en un último temblor y se extinguieron para siempre.

LA VIEJA

Se encontraba la vieja en el corral y, cuando su hijo volvió a casa, llevaba agua para dar de beber al cerdo. Vio a su hijo en el dintel cuando franqueaba el portal y le reconoció en el acto; era su propia sangre, pero no salió a su encuentro. Se enderezó, se secó las manos en la falda y dirigió a su hijo una mirada interrogante.

El hijo, por su parte, la contempló y en una rápida mirada advirtió que su madre había envejecido. Su encorvada espalda hacía joroba y su pecho estaba seco y hundido. Bajo su cofia de campesina, los cabellos, antes negros, que apenas empezaban a volverse grises, eran ahora blancos; pero la mirada de los ojos grises, perspicaces, seguía viva y se hubiera dicho que en ellos ardía un carbón. Él bromeó:

—Buenos días, madre. Tu acogida es muy fría. Diríase que es un extraño de paso el que ha entrado en tu corral.

La vieja apretó sus delgados labios y respondió fríamente:

—En algún tiempo los extraños eran bien recibidos aquí y no les negaba la hospitalidad, hasta el día en que los tuyos me han dejado sin un trozo de pan.

Y añadió:

—¿Vienes con permiso?

—Sí, tenía ganas de volver a ver a mi madre; pero seguramente no me dejarás entrar en casa. He oído decir que estabas molesta, pero nunca hubiera creído que mi propia madre...

—¿Por qué no he de dejarte entrar? Es la casa que tu padre construyó para la familia, para los hijos. Eres el hijo de tu padre. Entra. Quizás seas tú quien me echés a la calle.

Antipa se echó a reír:

—Esperaba esta acogida, madre. ¡Qué importa! No me asustas. Por algo tu rostro se parece al mío. Puede decirse que la mamá ha fabricado al hijo a su imagen. Tengo sed. He venido a pie desde la estación y mi garganta está seca. ¿Te queda algo en el samovar?

Habían franqueado el dintel de la isba y Antipa había dirigido una mirada más clara y como dulcificada a la habitación oscura y los severos rostros de los viejos iconos, los bancos y la mesa tosca y el mantel usado que la cubría. Su rostro expresaba mezcladas alegría y confusión, y se encontraba como enternecido; pero la vieja estaba aún más sombría y dijo con cólera:

—Los camaradas aún no me han quitado el samovar. Cuando mi hijo era niño, era realmente mío. Le he mantenido y cuidado; pero ahora que se ha levantado contra sus mayores y causado la muerte prematura de su padre, no quiero mantener ni cuidar la serpiente. La casa es tuya y tienes derecho a vivir en ella. En cuanto a la comida, búscala. Todo me lo han quitado y si como, es gracias a mi trabajo. No lo compartiré con nadie.

La cólera rejuvenecía su rostro. Antipa arrojó sobre el banco su gorra de sol dado.

—Está bien. Si es todo lo que tienes que decirme después de cinco años de separación, no me impondré. Me marcharé enseguida, pero dame té. Te digo que tengo la garganta seca; y búscame algo que llevarme a la boca: lo pagaré.

La vieja echó una rápida mirada al rostro curtido y los secos labios de su hijo y oyó un suspirar profundo y cansado.

Se mostró un poco más dulce y dijo de un modo pensativo:

—Está bien. Pagarás más tarde. Voy a encender el samovar.

Pero mientras se consagraba a su tarea miraba a su hijo de reojo y de nuevo en su corazón ardieron la tristeza y la cólera.

—No, hijo mío, no. Te he traído al mundo para mi desgracia. No me harás cambiar. He conservado mi fe hasta la vejez. Mi vida no ha sido dulce. Mi espalda está encorvada, mis manos nudosas y mis huesos quebrantados por la fatiga; pero hasta la vejez he conservado intacta mi fe; el hombre debe obedecer a Dios. Cada uno tiene su sitio y su carga. Está escrito que el campesino debe traer al mundo a sus hijos para que continúen viviendo vidas parecidas a las tuyas. Así hemos vivido y trabajado.

No hemos sido los primeros, tampoco los últimos. Tres hijos he dado a Dios. Las hijas es otra cosa. Han dejado la casa, han marchado. Trabajan para otro; las he casado y se han ido del país. No me han dado ni beneficio ni daño y nada hay en ellas que preocupe mi corazón de madre; pero no han hecho nada por la raza, por la familia. Toda nuestra esperanza la teníamos puesta en nuestros hijos. Dios no ha querido que esta esperanza se realice. Los mejores se los ha llevado consigo. A uno lo aplastó una carreta; al volver del molino cayó en un precipicio con su tiro. Otro murió en la guerra, sirviendo al zar, y no ha dejado hijos porque su mujer era mala, estéril. No nos queda sino el hijo menor. Era inteligente, despejado, pero sin duda tenemos sobre nuestra conciencia un pecado que Dios no quiere perdonarnos, pues, en el hijo que debiera ser nuestro consuelo, hemos sido castigados. Cuando destituyeron al zar y su Imperio se sublevó, ese hijo llegó a casa con permiso y de momento todo marchó bien y todos estaban contentos. Antipa era instruido y los campesinos creían que se le podría emplear en los asuntos del pueblo. Habíamos sufrido mucho durante la guerra y aun con los obreros que habíamos contratado necesitábamos un patrón joven y perspicaz en casa. El viejo padecía una hernia y no tenía ni las fuerzas ni la vista de otros tiempos; pero pensaba que, si sus asuntos marchaban mejor, recobraría la salud. ¡Ay!, nuestro hijo nos arruinó. Aquel permiso fue corto y cuando de nuevo volvió, estaba cambiado. «Soy “bolchevique”», decía, «y haréis bien en juntaros a mí. No sois ricos. ¿Para qué proteger las riquezas de los demás?».

El padre era de temperamento pacífico. A decir verdad, la madre era quien gobernaba la casa, tanto que en el pueblo se reían de ello.

—No hay que hablar a Damián, sino a su mujer, porque ella es la patrona.

Pero era un hombre de gran rectitud y que no gustaba de los trastornos. Se mostraba muy devoto y su mujer demostraba una piedad ardiente, pues su corazón era apasionado. Pasaba noches enteras en pie, recitando oraciones. ¡Cuántas veces había lamentado no haber entrado en un convento! Cuando joven no había pensado en ello y cuando casada había compartido con su

esposo la dulzura del pecado. En aquella época no había sentido remordimientos; pero de vieja sentía de pronto la nostalgia de Dios.

Por grande que fuera su cólera contra el hijo, era tanto lo que le quería que quizá hubiera cedido. Por su hijo habían trabajado y reunido sus bienes, y si los tiempos venían bien todo se arreglaría. Antipa cambiaría de ideas y se ocuparía de la casa y cultivaría la tierra sin cuidarse de las cosas públicas, que no le importaban. Pero fue por la cuestión de Dios por lo que estalló, pues Antipa había dicho que los bolcheviques pensaban no sólo renegar del zar, sino también de Dios mismo. Aquellas palabras habían ofendido gravemente a su madre; pero Antipa contestó riendo:

—¡No llores! ¿Te ha servido alguna vez de algo tu Dios? Le implorabas, golpeando el suelo con tu frente, lo cual no impidió que mi hermano muriera.

Había añadido con voz irónica:

—No los hay más trabajadores ni más devotos que vosotros en todo el pueblo y, sin embargo, en casa del vecino, que reza muy poco, disfrutan de la riqueza y la felicidad. Sin duda puede hacer que sus pecados le sean perdonados pagándolo en dinero. Dios es como nuestro antiguo presidente del *zemstvo*. Le gustan los barriles de vino.

Estas palabras sublevaron el corazón ardiente de la anciana. Golpeó el suelo con el pie y señalando al icono con gesto amenazador, renegó de su hijo.

—¡Ya no eres mi hijo! No quiero albergar bajo mi techo la blasfemia. Vete y no vuelvas por aquí mientras estemos vivos.

El viejo por su parte le dijo amargas palabras:

—Toda nuestra vida la hemos pasado sufriendo y trabajando y he aquí la recompensa de nuestra vejez. No podemos tolerar pecado semejante. Nuestra familia siempre ha venerado a Dios, y no podríamos vivir bajo el mismo techo que un descreído. Cuando muera serás mi heredero, puesto que eres mi hijo; pero mientras tanto, Dios prohíbe que sigas a nuestro lado. Vete. ¡Vuelve a la ciudad! Sin nuestro hijo viviremos la vieja y yo hasta el día de nuestra muerte.

Pero cuando el hijo marchó, quedó triste. Adelgazó, se debilitaba y no se interesaba ya en las cosas de su casa. Los días en que, al levantarse, su rostro era más sombrío que de costumbre, sabía la vieja que en sueños había visto a Antipa.

En cuanto a éste, daba mucho que hablar. En la ciudad era notoria su conducta y las gentes se quejaban amargamente de las requisas que ordenaba. Decían a sus padres:

—¡Vaya hijo que habéis echado al mundo! ¡Por las calles corre el mal que habéis ocasionado!

Por el contrario, los campesinos pobres del pueblo, entre los que reinaba poco antes sorda agitación, acogieron a Antipa con benevolencia:

—Según dicen el camarada Antipa vendrá en persona en la época de las cosechas. Ése no nos traicionará ni nos hará daño. De él puede decirse que es un hombre seguro de veras.

¡Mezquina alabanza! Los que vivían pacíficamente y con orden, los que trabajaban seriamente, se separaban de él; pero los otros, los hombres inquietos y ruidosos, que no eran del país y que hacía poco habían ido a instalarse en el pueblo, le trataban como un hermano.

El viejo suspiraba y tosía tristemente; su mirada cansada se fijaba constantemente en el corral vacío, sin ganado. Aquel año casi no se hablaba de sementera y la vieja rezaba con redoblado ardor:

—¡Padre mío! ¡Dios de Misericordia! No descargues tu cólera sobre nosotros, no tengas en cuenta el pecado de Antipa. No nos castigues por él.

Pero Dios no quiso perdonar el pecado del hijo y castigó a los padres.

Pronto los bolcheviques triunfaron en toda la línea y se cumplió el voto de Antipa. En el pueblo, los nuevos agitadores populares le tuvieron en gran estima y el día en que celebraban su fiesta, que no era una fiesta ortodoxa, sino un aniversario profano recién instituido, levantaron cinco arcos de percalina roja en la escalinata de la alcaldía y un pintor ambulante escribió allí en letras blancas:

VIVA CARLOS MARX Y EL CAMARADA ANTIPA

Aquel pintor había sido socorrido en la ciudad gracias a Antipa, y por eso pintó el nombre de su bienhechor al lado del más grande de los bolcheviques. Aquel nombre no sabían ni siquiera pronunciarlo los viejos y los muchachos del pueblo, los hijos de los campesinos ricos, se burlaban de Antipa y le llamaban Karl. Temblaban ante la vieja, sabiendo que en su cólera era temible; pero conocían el carácter pacífico del viejo y le perseguían, gritando:

—Ahí va el papá de Marx.

El viejo hundía la cabeza entre los hombros y se encerraba en casa. La vergüenza le impedía aparecer en la calle y no se preocupaba para nada de sus asuntos. Sin embargo, cuando los bolcheviques llegaron a incautarse de los bienes de los campesinos, se inquietó de pronto:

—Hay que esconder lo que tenemos para conservar al menos una ínfima parte. Bastante pobres somos ya.

Y añadió con dulzura y con voz temerosa y desolada:

—Sin duda llegará el día en que Antipa mismo se alegrará de encontrarlo.

Se calló, esperando contestación; pero la vieja no abrió la boca.

Entonces escondió sus bienes; pero la gente que le ayudó en su tarea le vendió enseguida a los bolcheviques, para vengarse de Antipa, y el viejo fue conducido a la ciudad, donde murió de miedo o de tristeza. Su propio hijo le había ocasionado la muerte, pues sin él el viejo hubiera podido vivir aún muchos años, y ese hijo se encontraba ahora ante la mesa y se hacía servir. Ni siquiera pensaba una sola vez en su padre. Se había sentado junto a los iconos, sin quitarse la gorra, como un infiel. Eso bastaba para explicar la cólera de Dios. Todo se hundía y sólo le quedaba la cólera y la tristeza. La vieja sentía el corazón consumirse en el pecho. Desvió la mirada ardiente, la fijó en el icono, y dirigió a Dios una plegaria apasionada.

—¡Oh, Dios mío, no tengas en cuenta este pecado! Devuélvenos la paz después de nuestra muerte. Ábrenos la puerta de tu paraíso; no nos lances a las llamas del infierno.

Después contempló a su hijo como a un enemigo y le sirvió sin dulzura.

La dirigió él una mirada tranquila y pensativa y dijo:

—No eres transigente, madre; no hay modo de arrancar lo que entra en tu corazón, y yo me parezco a ti. Ni tu crueldad, ni tus palabras hostiles, pueden hacerme cambiar. No podemos vivir bajo el mismo techo. Está bien. Me has dado de comer y me voy; ya encontraré alojamiento. Dime cuánto tengo que pagarte por mi comida.

La madre le miró con rencor; pero su voz era tranquila:

—No tengo la intención de gastar mis cosas contigo. Has comido huevos y has bebido leche. Además, pan. Voy a hacer la cuenta a los precios de la ciudad.

Fijó la cantidad y con voz dura añadió:

—Puede decirse que vuestros billetes no sirven para nada. Si los aceptamos es como si no nos pagaran. Tan bien habéis hecho las cosas que ya no puede uno comprar nada, ni aun pagando el precio.

Antipa se echó a reír:

—Te daré mi camisa. Tengo una muda en mi mochila. Ve y coge la ropa de tu propio hijo, puesto que las cosas son así.

Aceptó con calma la camisa, la repasó, la plegó y la guardó en el cofre. Antipa se levantó y dijo sordamente:

—Adiós.

Marchó tranquilo hacia la puerta; después se detuvo y dirigió una última mirada a su madre. El rostro de ésta parecía de piedra, y cuatro ojos casi iguales se encontraron; pero la vieja desvió la cabeza y dijo secamente:

—Adiós.

El hijo apretó los labios como si de pronto le dolieran los dientes, y su parecido con la madre se hizo más vivo. Parecía más viejo, más severo. Salió.

Por la noche un pensamiento cruel atormentaba el corazón de la vieja. Había echado a la calle a su propio hijo, la carne de su carne. Sin duda no podría volverle a ver.

Arrodillada al pie de los iconos, golpeó el suelo con la frente y poco a poco recobró la firmeza.

Después de todo, los santos habían sufrido tormentos, mucho mayores que los suyos, en nombre del Señor.

El hijo no volvió al pueblo. Pero antes de partir se alojó en una casa extraña, de donde se llevó una chica y vivió con ella sin casarse. Se habló de ello en el pueblo, pero la vieja puso fin a las murmuraciones:

—Yo no tengo hijo. Un infiel no puede ser hijo mío. No me habléis de ello.

Pasó un año y los cosacos se apoderaron de la región. Durante algún tiempo reemplazaron a los bolcheviques y trajeron a la vieja noticias de su hijo:

—Se cree que han matado a Antipa, a no ser que se haya escondido; pero se cree que ha muerto. Dicen que lo cogieron. Su mujer ha sido llevada de una prisión a otra. Ahora la han soltado y vive en la ciudad.

Aquella vez la vieja no expulsó al mensajero; bajó su pañuelo sobre la frente y dijo con dulzura:

—¿Tiene un hijo o es estéril?

—Dicen que está encinta y que vive miserablemente...

La vieja interrumpió secamente:

—Tengo que ir a ayudar a una vecina que está dando a luz. Me han llamado y me voy. Hoy los hijos no mantienen a sus padres y tengo que ganarme mi pan y no tengo tiempo de charlar.

Salió de la isba y desde ese día comenzó a declinar. Al cabo de una semana quiso ir a la ciudad y preparó su equipaje, pero cayó enferma. Hubiérase dicho que al llegar la muerte se deshacía. Dijo a una vecina que había ido a verla:

—En la ciudad me ha nacido un nieto. Hubiera querido verle; pero el Señor no me lo ha permitido. Sin duda no ha perdonado aún a Antipa. Hágase su voluntad. De pronto empezó a sollozar y quejarse como un niño, lo cual sorprendió a la vecina, pues la vieja era dura para el sufrimiento. Sólo lloraba cuando la costumbre lo ordenaba y he aquí que desfallecía la víspera de su muerte. Dos días después murió.

INFANCIA DORADA

Son seis.

Los han llevado a las nueve. El miliciano que los ha llevado ha querido en un principio esperar a que le den recibo, pero después se ha impacientado y se ha ido escupiendo, y todos han quedado allí. ¡Qué les importa a ellos! Se han quedado allí; no es la primera vez que van, todos han ido otras veces a aquel vestíbulo. Hoy los han reunido en un grupo. Están sentados en el suelo.

Las losas están heladas y hay corrientes de aire. Sin embargo, hace más calor en aquella habitación que en la calle. ¿Por qué no quedarse allí? No tienen prisa, nadie les espera y allí a veces dan un trozo de pan. La conversación versa sobre los negocios y cada uno habla de su especialidad:

—Vale más robar a las mujeres —dice en tono sentencioso Vanka, chico de diez años.

—¿Lo crees así? ¡Hum, gritan mucho! —contesta con voz ronca el más pequeño del grupo.

¿Qué edad tiene? ¿Ocho años? ¿Doce?

Una mirada apagada y sagaz, una carita encogida y un cuerpo encorvado, minúsculo.

Pero Vanka no se da por vencido:

—Gritan, es verdad, pero, ¿y después? No saben luchar y siempre es posible huir antes de que tengan tiempo de volver la cabeza; pero un hombre es diferente: sabe contestar.

—Una señora ha querido llevarme a su casa y que sea su hija —dice la pequeña Mania.

Unos ojos azules brillantes son lo único que parece vivo en aquel rostro adelgazado, terso. Brillan siempre, sin duda lágrimas no derramadas les han dado aquel brillo.

Vanka la mira de reojo, pues en su desprecio no se digna volverse hacia la chiquilla.

—¡Que seas su hija! Seguramente será esa señora la que te ha vestido tan bien. No tienes encima más que piojos y harapos.

—Cállate. ¡Pues sí que tú vas bien vestido! Te juro que la señora ha querido llevarme.

Kostia, a quien llaman en la población «el aborto», interviene en la conversación:

—Te ha engañado tu señora, espérala sentada. Señorita, ¿quiere usted darme un tiro de su pití?

La señorita que está en pie, cerca de los cristales, se vuelve con el cigarrillo en la mano:

—¿Fumas ya? ¡Tan pequeño! Es horrible.

Su cabeza se mueve y la indignación hace resaltar el ondulado.

—Los hay más pequeños que yo.

—Por nada en el mundo te daría. Es un horror.

Se separa. Vanka la define, siguiéndola con la mirada:

—¡Podrida!

La conversación cesa.

Desde la mañana tres niños están sentados en un rincón de la habitación. Dos chiquillos vestidos con largas túnicas, desgarradas, sin pantalones ni calzado. Uno de ellos lleva una gorra de soldado y el otro una toca. La chiquilla viste una túnica, y sus ojos oblicuos brillan en la sombra. Los tres pequeños bashkires siguen inmóviles, agazapados unos junto a otros.

Kostia los mira:

—Son mahometanos; hay que enseñarles una oreja de cerdo.

Se callan de nuevo; tienen hambre y ya pronto darán las tres. Los empleados se marcharán y todo quedará silencioso en la oficina de Instrucción Pública. Y los seis volverán a la calle. Irán a la estación del ferrocarril, a los cuarteles (los soldados son buenos). Pasarán la noche cerca de la puerta de las iglesias o al abrigo de las empalizadas. En cuanto a la comida, quizá la encontrarán al paso o quizá no.

Salió una mujer; llora ruidosamente y la sigue un niño de tres años, que se agarra con miedo a sus faldas, y en los brazos lleva otro niño:

—¿Qué quiere usted que haga? No puedo estrangularlos.

Grita con voz penetrante, histérica y agita un brazo mientras que con el otro sostiene el fardo vivo.

—Es de mi país —dice Mania con dulzura.

—Mi madre también lloró, ha llorado, ha llorado y se ha muerto. Hay otras que aún siguen.

Kostia habla con los dientes apretados.

La pequeña bashkir se echa a llorar con sollozos largos, desgarradores. Los empleados acuden. El vestíbulo se llena de gente y de rumores.

La mujer que lleva al niño continúa gimiendo y sollozando. Una vigilante le habla con consideración:

—Son muy numerosos, centenares de niños, una verdadera nube que ha caído sobre nosotros, ¡y la niña no llora ya!

Suena el teléfono. Un hombre con lentes contesta:

—Aquí, Instrucción Pública... ¿traer niños? No trabajamos hoy... para mañana... que se las arreglen como puedan... que pasen la noche en otra parte... veremos mañana... no puedo hacer nada... mañana...

Después se volvió hacia los seis:

—Idos y volved mañana.

Se levantan dócilmente y marchan en fila hacia la puerta. Oyen al vigilante decir:

—Han colocado hoy cincuenta y siete, mañana habrá más.

La pequeña bashkir se ha callado, pero continúa llorando, sin ruido, mientras sigue a los demás. La puerta se cierra con estrépito tras de los niños.

Mañana volverán.

ÍNDICE

7 / NOTA EDITORIAL

9 / VIRINEYA

125 / LA VIEJA

135 / INFANCIA DORADA

